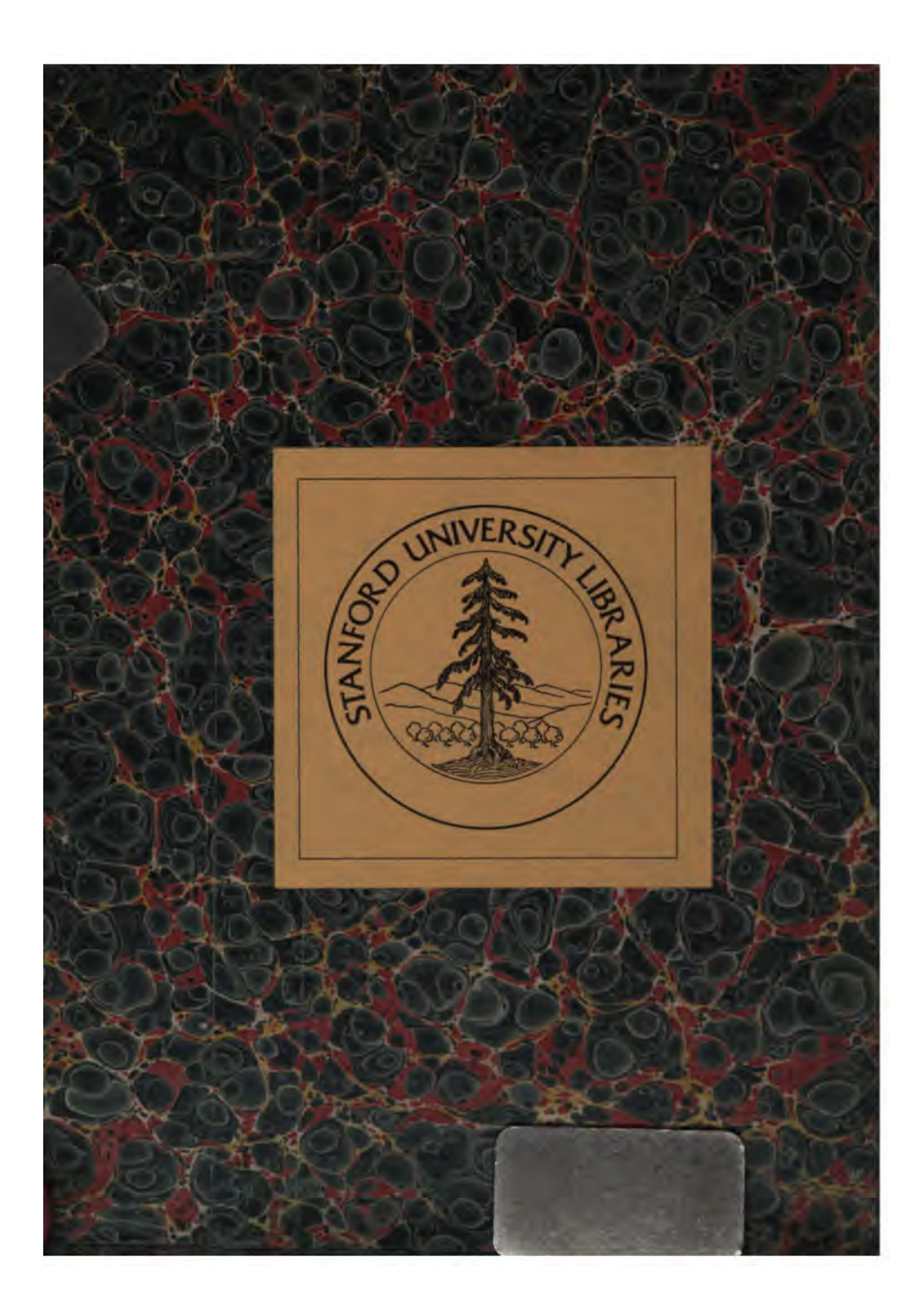



STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES



REPÙBLICAS AMERICANAS

EPISODIOS

DE LA VIDA PRIVADA, POLITICA Y SOCIAL

EN LA

REPÚBLICA DEL PARAGUAY

POR

D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO



1873

REPÚBLICAS AMERICANAS

REPÚBLICA DEL PARAGUAY

PREFACIO

Antes de comenzar, suplico á mis lectores que me crean, que ha de ser lo que refiera tan raro y no concebidó, que tomarán á fábula lo que yo mismo he visto y tocado en sus mas menudas partes. No es mi propósito interesar con la inventiva, sino con la verdad, condicion de todo escritor honrado y que tenga en lo que vale su reputacion, si no de suficiente, de puntual y bien intencionado. Acaso me abonen los nómbres de personas respetables, de algunos viajeros y diplomáticos europeos, que han sido testigos y actores de las escenas que me propongo describir. Ellos podrán justificar mi narracion, ¿y quién sabe, si me tacharán de olvidadizo por la omision de cosas no apuntadas? Cinco años viví en la República del Paraguay, durante cuyo tiempo estudié y analicé el pais con prolijidad extremada, siendo para mis investigaciones mas afortunado que Azara. Este, al arribar al Paraguay, le tuvo el Gobernador español por un espía del Gobierno, mas que por un arreglador de límites, y le hostilizó de todos los modos para que nada viera ni examinára. Yo tuve la fortuna de merecer del Presidente de la República, D. Cárlos Antonio Lopez, la confianza mas ilimitada, y nada me negó de cuanto le pedí para el auxilio de mis observaciones científicas y mis estudios sobre las costum-

bres. Es verdad que yo remuneré tan señalada asistencia mas con el consejo que nace de la buena intencion que con el que proviene del entendimiento; que ni entonces ni ahora blasoné de entendido en trances gubernativos ni en apuros diplomáticos, pero este señor se manifestó casi siempre dócil á la lealtad de mis apreciaciones. Yo se lo agradezco.

Los que conozcan, como yo, en todos sus pormenores el período dictatorial del doctor Francia en el Paraguay, desde la emancipacion de la metrópoli hasta el fallecimiento del dictador, comprenderán lo fácil y hacedero que sería para su sucesor, D. Cárlos Antonio Lopez, seguir las trazas de aquel hombre en contraposicion de las costumbres políticas de nuestras modernas escuelas, pero así y todo fué blandísimo comparado con aquel tigre voluntariamente enjaulado en la propia tierra de que fué señor absoluto por tantos años. De este raro y escondido período tengo recogido y apuntado lo que nadie ha podido lograr en Europa; y emprendo la historia de mis viajes por la América del Sud, y en ella asentaré la dictadura de la República del Paraguay que ha de ser lectura de buen sabor y de instruccion grave y entretenida.

Conocí en Paris al Sr. D. Francisco Solano Lopez, hijo del Presidente de la República del Paraguay, á la sazon Ministro Plenipotenciario de su tierra cerca de Napoleon. Hubo de agradarle mi proceder modesto, ó movióle lo inmerecido de mi desgracia de emigrado, y me aseguró que era capaz de hacerme *muy rico* en pocos años si le acompañaba á su país y le daba el socorro de mis luces en las reformas que pensaba introducir en la República.

Manifestéle que me creia oscuro para dar claridad; que no tenía mas luz que la que me habia alumbrado el camino de los desengaños; me repuso que eso le bastaba, y yo, que noté tanta caridad y empeño tan

reiterado en ejercerla, en cambio de tan menuda labor, dije para mis adentros: «¡Qué diablos! cojeré la fortuna, que tan propicia y tenaz se me viene á las manos.» Y en un periquete quedó concertado el empeño, sin mas solemnidad que la de una aceptacion verbal por entrámbos contratantes. Me dió una carta (cerrada) para su padre el Presidente, me trasladé á Lóndres, de Lóndres á Liverpool, me embarqué en un vapor llamado *Pampero*, y pian pianito, con este ó aquel temporal, llegué con felicidad á Buenos Aires, y en otro vapor llamado *Manolita* arribé sin accidente digno de particular anotacion. Y aquí principia lo curioso.

CAPÍTULO I

PRIMERAS IMPRESIONES

No bien desembarcamos los pasageros (26 de febrero de 1855), pasamos á la Capitanía del Puerto, y salió á recibirnos un paraguayo de color algo mas que trigueño, que con un ancho sombrero de paja en la cabeza, un casaquin de cortos faldones y desabrochado para dejar ver su camisa de listas azules y amarillas, pantalon de lienzo blanco, y descalzo, nos mandó con ceño entrar en una habitacion, donde á la luz que penetraba por una ventana sin hierros ni cristales fué examinando los rostros de los viajeros, incluso el mio, y despues de pulsarnos, nos mandó sacar la lengua, que estuvo examinando con escrupulosidad indescriptible. Era un curandero de la tropa con honores de doctor en medicina, que hacía este servicio al Estado para cuidar que no penetrase en la Asuncion, capital de la República, algun viajero inficionado con los males endémicos de otros pueblos americanos.

Terminado este reconocimiento facultativo, se si-

guió el de los equipajes, sin que hubiese en él mas accidente que la detencion, como mueble sospechoso, de una máquina fotográfica que llevaba un jóven aleman que se dedicaba á sacar vistas de paisajes para el estereóscopo. Mas adelante escribiré el andar de este desventurado instrumento, la alarma que produjo en Consejo de ministros y el dichoso desenlace que tuvo, merced á mi pobre intervencion en el asunto, y el crédito que se dió á mis observaciones; pues de otro modo ya estaba sentenciado el pobre aleman á ser encerrado en un calabozo. En otro equipaje encontraron dos pistolas, que recojió el capitan del puerto, apuntó el nombre de su dueño, que era un comerciante argentino, púsose una señal en la culata de las armas y dijo el capitan del puerto al interesado : « Cuando se ausente vd. del pais le serán á vd. devueltas las pistolas.» Frunció el entrecejo el argentino y no replicó, que como hijo de otra República vecina, sabia que en la del Paraguay es la réplica delito de lesa nacion y suele costar hasta la vida.

En acabando estas operaciones, el mismo Capitan del Puerto descolgó de la pared una tabla, en la que habia, pegado con engrudo, un papel retraido por los años de su primitiva blancura, y algunos renglones manuscritos, que mas adelante copié, y que aquella potestad paraguaya leyó con hueco y entonado acento. Decia de esta manera : «¡Viva la República «del Paraguay! ¡Muera el asqueroso é inmundo Ro«sas, titulado Presidente de la Federacion! ¡Muera «el traidor Urquiza! (Habia hostilidad con estos per«sonajes cuando se escribió aquella órden). Como «Presidente de la República del Paraguay, ordeno y «mando : Todo estranjero, al entrar en los dominios «de la República, observará las disposiciones siguien«tes : 1.ª Se descubrirá respetuosamente siempre «que pasare por delante de un centinela en faccion. «2.ª Tan pronto como haya oscurecido, no podrá re-

«correr las calles de la poblacion sin llevar linterna «con luz. 3.ª Cuando montare á caballo no podrá ga«lopar por la poblacion. 4.ª Si dentro ó fuera de la «poblacion encontrase al gefe supremo del Estado, si «el transeunte fuese á pié, hará alto y se descubrirá; «si á caballo, se apeará y usará de igual ceremonia. «5.ª Las multas en que incurriesen los contravento«res de esta órden se satisfarán conforme á tarifa «constante en el departamento de policía—Asuncion, «7 de mayo de 1843.—*Cárlos Antonio Lopez.*» La firma del poder ejecutivo se prodigaba lo mismo en decretos que en órdenes de este linaje, pasaportes, pases, licencias para vender, etc., etc.

La correspondencia pública que venia en el vapor fué conducida sin demora á la casa presidencial, adonde se llevaba, y de cuyo local salia uno ó dos dias despues para distribuir las cartas á los interesados, tiempo mas que suficiente para enterarse del contenido de aquellas cartas cuyo sobrescrito revelase sospecha. De aquí nacia que los viajeros fuesen estafetas reservadas, y que yo mismo fuese conductor de treinta y seis cartas, que recibí en Buenos Aires, para otros tantos comerciantes estranjeros y paraguayos. Mientras duró la inspeccion de los equipajes y la lectura solemne del reglamento policial, tuvo el Presidente tiempo para repasar la correspondencia de su hijo el general residente en Paris y notar en alguno de los pliegos el aviso de mi llegada con la conveniente recomendacion. Así sucedió que, cuando mas apurado inquiria yo donde encontrar una fonda ó parador en que dar el reposo debido á las molestias de mi espedicion, y cuando acrecia mi confusion por habérseme dicho que tales establecimientos no tenian uso conocido en aquella capital de le República, se me presentó un señor paraguayo, que, con sonrisa forzada y sombrero en mano, me preguntó si era yo *caraí* Bermejo.

La palabra *carai* hubo de llamarme la atencion por la novedad, lo cual conoció otro viajero que á mi lado estaba, y que no era la primera vez que habia visitado el pais. Éste, sonriendo, me dijo: «*Carai* es una palabra *guaraní*, que quiere decir *señor*, aun cuando su traduccion literal sea *hombre*; el señor Colector, que es la persona que á vd. se dirige, pregunta si es vd. el señor de Bermejo.» Despues de mi respuesta afirmativa, añadió el señor Colector: « Tengo órden « de S. E. el Exmo. Sr. Presidente de la República « del Paraguay, de saludarle en su nombre y llevarle « á la casa que le están preparando.» Dí las gracias al mensagero por la prevenida atencion del Sr. Presidente, y me dispuse á buscar gente para el trasporte de mi equipage; pero el señor Colector me indicó que no era necesario, y dando una voz á dos soldados que estaban á cierta distancia de la Capitanía del Puerto, se acercaron éstos y les habló en *guaraní*, con que los soldados cargaron con mis maletas y baules, y caminaron delante hasta desaparecer, porque ya sabian cuya era la casa á donde debian conducir aquellos objetos.

Supe que el Colector, mi acompañante, se llamaba el ciudadano don Manuel Gonzalez. Era hombre que frisaba entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, de no elevada estatura, rechoncho, blanco de linaje, rostro melancólico por mas que procurase disfrazar su tristeza con una especie de sonrisa postiza, que acusaba la máscara con que revestia su inclinacion; blando en sus palabras, que por ser españolas las espresaba con alguna dificultad, por ser el idioma *guaraní* el que mas cultivaba. Cubria su cabeza un sombrero de elevada copa, con una grande escarapela tricolor, símbolo con que distingue la República á todo funcionario del Gobierno; ceñia frac de largos faldones, sin tronzado, y cuello alto y enroscado, chaleco negro, pantalon de lienzo blanco y borceguí de becerro.

En tanto que caminábamos, le manifesté mi estrañeza viendo que la capital de la República no tuviese empedrado, y que el transeunte se viese obligado á caminar con tanta molestia, teniendo que hundir sus piés en una cuarta de arena. El Colector, sin mirarme, sonreia y repuso: «Sí, señor.» Llegámos á una calle, que supe se llamaba del *Atajo*, y de una casa de planta baja, cubierta de tejas y de oscura fachada, salian unos cuantos soldados, amen de los que me habian conducido el equipage, de lo cual colegí que aquella era mi morada. Para penetrar en ella habia que subir tres altos escalones de piedra tosca. Cuando estuve dentro de mi residencia, se despidió el Colector, haciendo uso de una cortesía mas embarazosa que tímida por el poco hábito de su ejercicio.

Comencé á examinar mi residencia y me encontré en una sala sin baldosas, cuyas oscuras paredes atestiguaban la antigüedad del yeso que las habia acicalado. Vi una mesa de cedro, cubierta con una bayeta azul, á guisa de tapete de jugador; sobre este paño un tintero de cristal negro, dos pliegos de papel con barbas y una pluma de acero. Conocí que los que me habian traido el ajuar, aunque modesto, no habian olvidado los menesteres de un hombre de letras. A cierta distancia de la mesa, que la situaron en medio de la sala, habia una especie de tinaja de barro encarnado, sin tapadera y llena de agua, pero sin vasija para beberla. El mueblaje de la sala se completaba con dos sillas de madera pintada. Esta sala no tenia mas luz que la que entraba por la puerta, bien que cerrándola podian abrirse sus postigos, que daban entrada á la suficiente claridad para ver por donde se andaba. Seguido á la sala habia otra habitacion que allí llaman oficina, donde vi un catre de palo, un colchon, una almohada sin funda y una colcha de percal con ramos estampados.

Mi esposa (hasta este momento no dije que yo era

casado), mi esposa repito, que habia formado propósito heróico de disimular su angustia para no duplicar la que, á su parecer, me dominaba, sentóse sobre uno de los baules y comenzó á llorar con tal desconsuelo que hube de dar al traste con toda mi resignacion, pues como siempre la amé, y mas entonces por estar recien casado, la animé, asegurándole que el mismo vapor que nos habia traido nos sacaria de aquella reclusion. En esto, como estaba la puerta abierta, entraron algunas personas, que dándome sus respectivos nombres, me preguntaban si traia cartas para ellas. Registré mis bolsillos, fuí distribuyendo mi correspondencia, y entre las cartas que traia venia una para D. Sinforiano Alcorta, comerciante argentino, á quien me recomendaban con eficacia inesperada. Este caballero, dolido de mi situacion y de la de mi esposa, cuando nos quedamos solos me habló en esta sustancia: «Amigo mio, yo lle«varia á vds. á mi casa, y en ella encontrarian «mas comodidad y mejor asistencia que aquí; pero «esta atencion podria proporcionar á vds. desabri«mientos, que estoy en el deber de evitarles. El go«bierno de esta República no está en buena armo«nía con el de Buenos Aires, de cuyo Estado soy na«tural, y por lo tanto soy sospechoso, vijilado y «aborrecido. Presumiria el Presidente murmuracio«nes contra este pais, y nos perjudicaríamos mútua«mente. Soy comerciante, y tengo enseres con que «adornar su casa mas dignamente, y lo que yo no «tenga lo tendrán mis compañeros. Mientras carezca «vd. de sirvientes, los mios estarán á sus órdenes y «comerán vds. conmigo.» Di gracias por hospitalidad tan digna de agradecer, y mi pobre compañera recibió consuelo.

Pocos momentos despues me vi con mas muebles de los que necesitaba, y cuando sonó la campana de oraciones vino don Sinforiano por nosotros, nos llevó

á su casa y cenamos con él y con el señor don Francisco Ramirez, Cónsul de la Confederacion Argentina.

En cenando regresamos á casa, acompañados de nuestros comensales y de otros comerciantes de la Asuncion. Se encendió la luz, nos sentamos á la puerta en sillas de balancin y empecé á recibir instrucciones acerca de los usos del país. Estando en esto se puso delante de mí un jóven mulato, que, con sombrero en la mano, me rezó el *Bendito* en castellano, y cuando acabó esta oracion devota cruzó sus manos sobre el pecho y me pidió la bendicion. Extrañé verme tan de súbito convertido en obispo, pero accedí á peticion tan cristiana, mayormente cuando las personas que me acompañaban me indicaron que debia hacerlo. El mulato me habló despues en *guarani*, y como yo no le entendia, el Cónsul de la Confederacion, que hablaba este idioma, tradujo la relacion del muchacho y me dijo que venia de parte del Colector á manifestarme que, siendo él un esclavo del Estado, le ordenaba el señor Presidente se pusiese á mi servicio.

Mostréme reconocido al agasajo : pero, segun observaciones muy atinada de don Sinforiano, no debia aceptar al sirviente hasta verme establecido y haber regularizado mi plan de vida doméstica. Entonces me esplicaron que el Estado era propietario de mas de mil quinientos esclavos, que utilizaba y vendia segun le venia en antojo, y que los tenia reunidos en un lugar llamado *La Rancheria*, á manera de yeguada, con distribucion de sexos, edades y castas, para comerciar con ellos como pudiera hacerse con el ganado. Si las impresiones que iba recibiendo me aterraban por una parte, me inclinaban por otra á no desesperarme de un viaje que me proporcionaba asuntos para graves y provechosas inquisiciones.

Llamó mi atencion el ruido continuado de un tambor y un pito, y me dijeron que era la retreta, que

paseaba por derredor de la plaza de Gobierno pausadamente, á fin de terminar á las nueve, hora en que una gran campanada, á que daban el nombre de *queda*, indicaba la señal de silencio, lo mismo para la tropa acuartelada que para la poblacion.

Sonó la *queda* y se despidió la concurrencia, y permanecimos solos mi esposa y yo, haciendo cálculos profundos acerca de nuestro inmediato porvenir en aquella República. Mientras tanto veíamos pasar alguno que otro transeunte con su linterna en la mano, y poco despues varias patrullllas, compuesta cada una de diez y siete ó veinte soldados mandados por un oficial. Lo mismo el gefe que la tropa no llevaban calzado.

Cerré la puerta y nos recogimos.

CAPITULO II

EL MINISTRO DE HACIENDA Y LOS MURCIÉLAGOS

Mi cama estaba situada en lo que hacia oficio de alcoba, arrimada á la pared en lo alto de la cual habia un postigo que se abria y cerraba por medio de una cuerda atada al pestillo: el calor sofocante que reinaba aquella noche me obligó á no cerrar el postigo. No bien amaneció escuché una voz ronca que decia con entonacion forzada: «*¡Pitauguá!*» alcé la cara y vi con asombro qué se habia introducido por la abertura del postigo la cabeza de un hombre que tenia un casco de metal. Me miró sonriendo y me dijo: «*Caraí guasú te llama*, y desapareció. Me levanté y supe poco despues que aquel fantasma era soldado de la escolta del Presidente, que habia venido á llamarme de parte de aquella autoridad suprema, y que adivinando donde estaba mi dormitorio, para mayor eficacia, se habia

encaramado sobre unas grandes piedras y dádome el aviso de la manera que llevo referido. Pregunté lo que queria decir *Carai guasú*, y me dijeron que *hombre grande*, de donde deduje que *carai guasú te llama* equivalia á decir el señor grande te llama: y me dispuse á visitar al Presidente á pesar de lo intempestivo de la hora.

La palabra *Pilauguá*, con que me llamó el soldado, significa *extrangero*.

Con el auxilio de mi aturdida y dilijente esposa, removí el equipage y me vestí con aquello que mejor correspondía á la elevada principalidad que me llamaba; y guardando en la cartera la carta *cerrada*, que en Paris me habia dado para su padre el general Lopez, salí de casa apresurado para dar cumplimiento á mi visita. Puesto en la calle, ignoraba donde vivia el Presidente; pero mi vecino D. Sinforiano, que en mangas de camisa estaba tomando *mate* sentado en los escalones de la puerta de su casa, se arrimó adonde yo estaba y llamó á uno de sus sirvientes para que me acompañase á la *casa de Gobierno*. En tanto que caminaba, vi pasar una cuerda de presidiarios, atados de dos en dos á gruesas y pesadísimas cadenas, conducidos por un capataz. Conté hasta el número de setenta y dos condenados, todos andrajosos, unos mulatos y otros enteramente negros. Preguntéle á mi guia (que sabia español) á donde se encaminaba aquella gente, y me dijo que á trabajar en las obras del Estado.

Llegué á la *Casa de Gobierno* que era un tosco edificio de planta baja, con muchas ventanas sin cristales, y una gran puerta precedida de un ancho y espacioso corredor, cubierto de un tejado sujeto á varias columnas de ladrillos blanqueados. Habia en la puerta un centinela de caballería, con casco antiguo de metal, casaca encarnada, calzon blanco, botas de montar con grandes espuelas y un fusil ó tercerola,

que esto no lo recuerdo. El oficial de guardia y otros soldados que estaban sentados en un banco situado en el zaguan se pusieron de pié, y adelantándose el oficial me alargó la mano sonriendo afectuosamente, y me suplicó que esperase un momento á que regresase el comandante de la escolta, que habia entrado à dar cuenta á S. E. de mi llegada. Mientras llegaba, me cedió la punta del banco, que era el sitio que él ocupaba antes, y los soldados se colocaron en hilera frente á mí y me estuvieron contemplando de hito en hito sin decir una palabra.

Salió en esto el comandante de la escolta con los mismos arreos que tenia el centinela que antes describí, pero con una gorra de visera en lugar de casco, y revelando su graduacion de comandante por los galones de plata que llevaba en sus bocamangas. Salúdome con mucha cortesía dándome la mano; cojió un cigarro puro que habia dejado ardiendo detrás de la puerta para avisar mi llegada al Presidente, le llevó á su boca, y mientras chupaba y rechupaba para encandilarle, sacaba de los bolsillos de su pantalon otro puro en forma de torcida de candil, lo introdujo en la boca, le encendió con el otro, y así que le hubo chupado á su sabor, con la humedad que habian producido sus labios, me lo entregó en son de obsequio. Comprendí en lo inocente del agasajo que aquello era mas una costumbre que un agravio; y le manifesté que estaba en ayunas y seria nocivo para el estómago usar de obsequio tan generoso. Tiró al suelo su puro y fumó el que me ofrecia, sin tomar á desaire mi observacion, de lo cual me holgué. Díjome que S. E. estaba tomando *mate* y mudándose de ropa blanca, y que ya el *mulatillo* me avisaria cuando se encontrára el Presidente en disposicion de recibirme. Me preguntó si yo era español; le respondí afirmativamente; añadió que su abuelo habia sido español, nacido en Bilbao; pero el diálogo fué interrumpido por la llegada de un

joven mulato, descalzo y en mangas de camisa, que nos anunció que el señor Presidente podia recibirme.

Fuí conducido por este rapaz, despues de haber atravesado un gran patio, á una sala muy espaciosa, bien blanqueada, enladrillada, adornada de unas cuantas sillas con asientos de mimbre, una mesa con tapete de paño encarnado, sobre la cual habia un tintero de plata, papeles, libros y un sombrero de copa, de felpa blanca, en forma de campana y con su correspondiente escarapela tricolor. Sobre una silla habia un frac de paño azul con botones dorados y un pantalon de lienzo blanco, y á los piés de esta silla unos zapatos. El Presidente estaba sentado en calzoncillos blancos, en una hamaca; teniendo á su lado otra silla, que sostenia una palmatoria, una campanilla de plata, pliegos abiertos y algunos periódicos franceses.

Recibióme el Presidente con una sonrisa cariñosa; dijo al *mulatillo* que acercase una silla, me mandó sentar á su lado y despidió al esclavo, diciéndole que llamara al barbero, y estando solos, me dijo : «Por lo que me dice Pancho en su carta (Pancho quiere decir Francisco), veo que vd. va á ser de la familia : por eso le recibo á vd. sin etiqueta ni ceremonia. Además, somos republicanos.» Puse en manos del Presidente la carta que su hijo me habia dado en Paris : la leyó y me dijo : «Es una corroboracion de la que particularmente me escribe, solo que en la otra carta añade que vd. puede sernos muy útil.» «¿En qué?» le pregunté. «Eso allá lo veremos,» repuso. Y dando otro giro á la conversacion, me preguntó cómo habia pasado la noche, le dije que los techos de mi habitacion, por ser de caña y tierra, estaban llenos de nidos de murciélagos, y que estos animales no me habian dejado dormir en toda la noche, porque, á pesar de haber dejado el postigo abierto, habian escojido el cielo de mi dormitorio para campo de sus traviesas excursiones.

Sonó la campanilla con ademan rabioso, acudió el comandante de la escolta presuroso y gorra en mano, y díjole el Presidente con airado acento: «¡Al Ministro de Hacienda que venga inmediatamente!» «¡Sí, señor!» repuso el comandante, y á pesar de ser un anciano voló como un zagal de viente años. Seguidamente llamó al mulatillo; tambien acudió éste presuroso, y le dijo: «Llévate el sombrero blanco, que está sobre la mesa, y pon en su lugar el negro.»

Obedeció el jóven esclavo, y por mas reflexiones que yo hacia no acertaba á comprender la significacion que encerraba aquella mudanza de sombrero. Andando el tiempo, la esperiencia me dió á conocer que el sombrero blanco en la cabeza ó al lado del Presidente era símbolo de contentamiento, y el negro señal de irritacion y deseos de castigos. Llegó el Ministro de Hacienda, hombre de cincuenta ó mas años, encanecido, de fisonomía venerable, vestido de negro y en viendo el sombrero sobre la mesa, aquella autoridad palideció como un difunto. Quise ponerme de pié á su llegada, pero me lo estorbó el Presidente, mandando imperiosamente que me sentara.

Cuadrado el Ministro como un recluta, oyó de boca del poder ejecutivo la siguiente rociada: «No me «sirven vds. mas que de estorbo. ¡Son vds. los minis«tros unos badulaques, y vd. un animal!» El Ministro inclinó la cabeza y respondió sumisamente: «Sí, señor.» «Acabo de saber, prosiguió el Presidente, que una «de las mejores fincas del Estado la están destruyen«do los murciélagos. En este momento se ocupará vd. «de buscar otra casa para este caballero, y en segui«da llevará dos albañiles esclavos para que levanten «las tejas y limpien el techo de esos nidos destructo«res.» El ministro de Hacienda queria preguntar algo, pero le temblaban los labios y no acertaba con la palabra. Mirábale el presidente, y esclamó: «¿Qué me mira vd., so bárbaro? «Obedezca vd. lo que se le ha

mandado, y quitese de mi presencia antes que vaya la campanilla á su cabeza.» «Si señor,» dijo el ministro, y se ausentó rápidamente. Yo, entonces, deploré haber sido causa de aquella desazon, y añadí que me serviria de escarmiento para meditar en lo sucesivo lo que hablara.

Se anunció al jefe de policia: mandóle entrar don Cárlos sin demora, pues presumió que algo grave ocurria cuando tan temprano le venia á visitar. Penetró un capitan de infanteria con uniforme á la francesa, jóven y bien parecido, de gallarda presencia, pero por lo que despues supe y vi, tenia un alma feroz y un corazon depravado. Habiéndole preguntado el Presidente lo que ocurria, manifestó aquel funcionario que habia venido á la República un aleman con una máquina infernal, acaso pagado por los traidores de Buenos Aires para asesinar con ella al Presidente; que todos los ministros habian analizado el instrumento, y que tenia toda la forma de un invento para fines desastrosos. Que el aleman estaba detenido en la policia, y venia á que S. E. confirmase la órden de su prision. Viendo yo al Presidente predispuesto á un fallo tan injusto y cruel, me permití indicarle el uso que en Europa se hacia de aquella máquina, al parecer sospechosa, con que pudieron mis demostraciones salvar al pobre aleman de la prision que le preparaban.

Se anunció la llegada del barbero, el cual penetró, previa licencia, con sus menesteres de rasurar, y hasta el agua caliente prevenida. Era un viejo encartonado, blanco, calvo, de nariz aguileña y labios muy delgados, vestia una chaqueta de lienzo rayado; no llevaba chaleco ni corbata; ceñia pantalon blanco y el pié lo llevaba completamente desnudo. Detrás del barbero entró la presidenta, á la cual fui presentado por su ilustre marido; saludóme esta señora con una lijera inclinacion de cabeza; le traia á

su marido el paño de barba y un atado de puros, que, segun espresó, habian sido elaborados por ella misma. Era un manojo de torcidas semejantes á la que el comandante de la escolta habia querido regalarme. La señora presidenta contaria unos treinta y cinco á cuarenta años, su color revelaba ser hija de padre europeo y madre india. Vestia un trage de percal oscuro con un delantal blanco; llevaba el pelo recogido y terminado en un gran moño con un lazo de seda azul; calzaba zapato de escote pero no llevaba medias.

Sospeché que la presidenta, queria entrar con su esposo en diálogos de familia, por lo cual me apresuré á indicar al Presidente que en otra ocasion hablariamos con mas detenimiento, á lo que accedió D. Cárlos, anunciándome que me llamaria. Me despedí, me encaminé á mi casa, y en ella encontré al ministro de Hacienda subido en el tejado, escudriñando, en compañía de un albañil, los sitios en donde estaban los nidos de los murciélagos. Descendió de su altura, y afectuosamente me anunció que me habia escogido otra morada, ocupada por un relojero aleman, al cual se le habia dado órden de mudarse en el *término de dos horas*; añadió que era la mejor casa que tenia el Estado, asegurándome que allí no habia murciélagos. Quise oponerme á un deshaucio tan violento, pero me dijo el ministro que no podia revocarse la órden.

CAPÍTULO III

ARISTOCRACIA PARAGUAYA

Ausentóse el ministro de Hacienda, despues de haberme dicho cuál era mi nueva morada, y cuando me aparejaba á poner en órden de mudanza los útiles de

mi vivienda, para trasladarme á la que me dejaba el relojero aleman, volvió el ministro presuroso para manifestarme que el señor Presidente habia dado contraórden, porque teniendo el artista germano en su misma casa, y en son de compostura las principales piezas del reloj de la catedral, habia solicitado dilatar la permanencia en su casa para no alargar el reparo de la máquina ni exponerla á nuevos y graves entorpecimientos; razones que juzgó el Presidente muy atendibles, y las que no dejó expresar al Ministro de Hacienda, ni éste insistió en revelar, temeroso de que la campanilla volase á la cabeza de su democrática pero abatida principalidad.

Díjome, no obstante, que alistase los muebles, puesto que la mudanza tenia que llevarse á término de todos modos, porque me estaban aderezando otra vivienda, finca del dominio particular del general ausente, y que se avisaria en el momento en que debian conducirse á la nueva morada los objetos de mi actual habitacion. Suspendí la tarea, y saludé al ministro con mas cariño y compasion que cortesía, porque dignidades tan servilmente democratizadas no me inspiraban otro linaje de acatamiento.

En este intérvalo entró en mi casa un tanto apresurado D. Sinforiano, para anunciarme que su vecina Doña Ramona Gil y sus hijas se disponian á visitar á mi esposa, por ser costumbre en casi todos los pueblos de América que el indígena salude él primero al extrangero, caso de serle gratas sus relaciones. Añadió que la familia Gil pertenecia á la aristocracia de la poblacion, y que no me maravillase su llaneza, ni que por ella amenguase mi consideracion. Advirtióme al paso que en aquella cortesía notaba él un tantico de interés, pues siendo panadera, se proponia ganar la palmeta á otras aristocráticas damas de su misma profesion, á fin de que nosotros nos abasteciésemos de los productos de su sustancial elaboracion.

Llegó, en efecto, doña Ramona Gil, seguida de sus dos hijas y de una mulata. La matrona era de poca estatura, rechoncha y blanca. Vestia un traje de seda color café y sin adornos, y cubria sus hombros un grande pañuelo de rebozo con flecos. Sus hijas entrambas casaderas, llevaban el mismo equipo, aun cuando de distintos colores. La mulata no llevaba mas que una especie de camisa blanca de algodon, llamada en el país *tipoy*, sujeta á la cintura por una ancha faja encarnada de estambre, á la cual dan el nombre de *chumbé*, y una sábana blanca, doblada, que cubria su cabeza á guisa de manto. Llevaba en la boca un cigarro de hoja encendido.

Penetró la visita haciendo mil reverencias á cual mas ridículas, hablando las tres á un tiempo, medio español, medio en *guaraní*. Mi esposa se apresuró á corresponder á sus saludos y á ofrecer asiento á las huéspedas paraguayas, sentámonos todos, y dió principio un diálogo, de cuya sustancia quiero dar cuenta menuda, por ser la mejor manera de comprender lo que allí pasó y dar mas interés á la conferencia. Y dijo Doña Ramona Gil: « ¡Qué pareja! ¡bendígala «Dios y su santa madre! ¡Qué matrimonio tan el uno «para el otro! ¿No es verdad, hijas mias?» Y respondieron las niñas: « Sí, señora, tan el uno para el «otro.» Dimos las gracias, y prosiguió Doña Ramona: «Ya veo que no tienen vds. hijos. Descuiden vds., «que pronto los tendrán, que en el Paraguay toda es«tranjera que come *mandioca* al momento se queda «preñada y pare hijos á docenas.» Y siguióse á este vaticinio tan poco culto una série de testificaciones, citando infinidad de señoras estranjeras que, reputadas por estériles en Europa, habian sido madres muy fecundas, y todo ello por haber comido *mandioca*.

Conviene advertir que la *mandioca* es un tubérculo en forma de zanahoria de superior tamaño, que lo mismo se asa que se cuece, una especie de patata

insípida, que hace oficio de pan entre los campesinos y el alimento principal de los paraguayos.

Doña Ramona Gil interrumpió su diálogo para sacar de su bolsillo un manojito de cigarros puros, y brindó con un puro á mi esposa. Esta le dió las gracias con voz temblorosa y ruborizándose, á pesar de haberle dicho yo por el camino que las americanas fumaban. Doña Ramona entonces dijo : «¿No *pita* vd? ¡Qué lástima! Ya se acostumbrará.» Y dando otro puro á cada una de sus hijas, mandó á su esclava que buscase mi cocina y trajese un *fueguito*. Yo entonces le advertí que no tenia lumbre en la cocina, y don Sinforiano encendió un fósforo, y todos fumamos menos mi esposa. La hija mayor de doña Ramona llevaba en la mano un ramito de flores, y se lo entregó á mi mujer en son de agasajo, añadiendo : «Esta noche he soñado con vd.» Esto suele ser mentira, pero es frase muy generalizada en el país para indicar el aprecio particular que se tiene á una persona. La otra jóven desdobló un papel y sacó de él una especie de torta, fabricada en su casa y tostada en su horno, cuyo obsequio sirvió de pretexto y preliminar para elojiar el pan de su casa, y la peticion de surtirnos del artículo que ella elaboraba con tanto primor y prometimos hacerlo así tan pronto como nos encontrásemos establecidos. Conseguido el objeto que se habia propuesto doña Ramona, se despidió la visita con saludos amistosos y promesas de pagar visita tan singular.

Cuando estuvimos solos mi esposa, yo y don Sinforiano, me indicó éste que esperase dentro de mas ó menos tiempo otras visitas aristocráticas del mismo jaez, y que serian la lavandera y planchadora y la surtidora de dulces.

A todo esto no venia órden para mi traslacion de domicilio, á pesar de tener dispuesto el ajuar de mi casa para la faena. Sonaron las doce, hora en que se paraliza en el Paraguay todo género de tareas, en la

que todos comen, para entregarse despues al reposo de la siesta. Echamos la llave á nuestra casa y nos fuimos á la de D. Sinforiano, y al atravesar por una calle vimos que marchaban juntos el Ministro de Relaciones Exteriores, que nosotros llamamos de Estado, el Ministro de Hacienda, el Escribano de Gobierno y el Colector, como cuatro empleados subalternos que salen de su oficina y van á comer á su casa, para regresar despues de la siesta, esto es, á las dos de la tarde. Desde las doce hasta las dos se nota en la Asuncion del Paraguay un silencio tenebroso; no se oye mas que el canto del gallo en su corral y el murmullo de los árboles.

Despues que comimos, preparó Don Sinforiano tres hamacas, en una misma habitacion, bastante espaciosa, nos echamos en ellas vestidos, y estuvimos largo rato conversando acerca del pais, y como la murmuracion era lo que mas campeaba en nuestra plática, hablábamos con cierto sigilo y con medroso recelo, pues acontece] que los espías del Gobierno se apostan en las ventanas de las casas sospechosas para dar cuenta despues al Gefe de Policía de lo que dicen los estranjeros acerca del pais, y acontece tambien que el mismo sirviente es un espía disimulado para iguales fines; razon por la que son pocas todas las precauciones que se toman para evitar multas inesperadas, encarcelamientos imprevistos, despojos injustificados y espulsiones violentas de estranjeros.

Díjome Don Sinforiano que estas cosas contribuian á que el Presidente de la República se encontrase indispuesto con todos los Estados con quienes habia celebrado tratados de amistad, porque vejaba á los representantes de aquellas potencias con actos de esta clase.

Encontrábase á la sazon reñida la República con el Estado de Buenos Aires, con la Confederacion Argentina, con el Imperio del Brasil, con el Imperio

Francés, con España, con Inglaterra y con el gabinete de Washington. Aun cuando las relaciones no estaban enteramente rotas, habia no obstante, quejas mùtuas, cambio de notas mas ó menos desabridas, siendo las paraguayas las que mas entorpecian el camino de un arreglo pronto y satisfactorio. Como el motivo que daba márgen á estas desinteligencias estribaba en alguna frivolidad ó en alguna ridiculez, los Gobiernos no daban importancia á estas querellas, cuya procedencia nacia, por ejemplo, de que el Cónsul Francés habia dicho en una tertulia que la Presidenta fumaba y que era india; que el Ministro residente de Buenos Aires habia dicho con mofa que el Presidente era muy obeso; que el Cónsul del Brasil no se habia quitado el sombrero al pasar por delante de la casa del Presidente, cuya irreverencia era acuerdo anticipado en una apuesta hecha con otro representante estranjero.

La desinteligencia fundada con motivo algo grave era la que existia entre la República y el Gobierno Norte-americano.

Habia pasado lo que voy á contar: Mr. Hopkins, Cónsul Norte-americano, paseaba á caballo por el campo, en compañía de la esposa de Mr. Guilmot, Vice-cónsul Francés en la República. Se interpuso á la pareja una *mita* de vacas, toretes y becerros y la señora del Vice-cónsul, para abrirse paso, amenazó con la fusta ó látigo que llevaba en la mano al ganado, y hubo de escaparse un ternero asustado con el ademan, de cuya huida resultó descarriarse todo el ganado, que pertenecia al Estado. El conductor, que era un soldado paraguayo, reconvino á la dama con aspereza; ésta hubo de responderle con acritud, y le llamó salvaje; y como esta palabra es allí sinónimo de indio, y el soldado tenía color de tal, se creyó ofendido altamente en su linaje, por lo que, tirando del sable, dió tres ó cuatro cintarazos á la señora, y se apa-

rejó para hacer lo mismo con su acompañante, que la defendia sin conocer á ninguno de los dos.

Mientras que el soldado conductor y otros compañeros trabajaban para poner en órden la dispersa hueste, regresaban á la ciudad el Cónsul, lastimado en su amor propio y dignidad, y la dama en sus costillas. Es Hopkins hombre arrojado y brioso, calidades que aumentaban la categoría y la vanidad del Estado á quien representaba, por lo que hubo de acudir en queja privada al Presidente, solicitando nada menos que la órden para que fuese fusilado el atrevido soldado. El Presidente dijo al agraviado representante que formulase su peticion por medio de una nota diplomática, y lo verificó con tal desabrimiento, y escribió tales cosas contra un poder que consentia delegados como el apaleador, que mirando don Cárlos solamente su agravio, y olvidando la agresion del paraguayo, contestó «Que despues de tomadas las debidas informaciones, si aparecia culpado el hombre á quien se acusaba, seria castigado conforme á justicia.» El Presidente buscó con maña testificaciones contrarias á las afirmaciones del Cónsul, ensayó à los declarantes, dictó él mismo las actuaciones del proceso á su antojo, ó al cabo de ocho ó diez meses de investigaciones, y de un proceso donde salió á relucir la vida privada de madama Guilmot, el acusado fué sentenciado á unos cuantos dias de arresto en uno de los cuarteles de la Asuncion.

Mientras duraron estas actuaciones, Mr. Hopkins vejaba de palabra al Presidente y á toda su familia con descaro inaudito, y el Presidente irritado le despojaba de los terrenos que habia comprado al Estado; le mandaba cerrar una fábrica de cigarros que habia construido, fundándose en que su calidad de extranjero no le permitia la creacion de tales establecimientos. El Cónsul protestó, y reclamó de su Gobierno reparacion del agravio y el pago de daños y perjuicios;

se dieron al Cónsul sus pasaportes y siguió el litigio adelante, y en él se encontraba el Presidente cuando yo arribé á las costas del Paraguay.

Sonaron las dos y volví á mi casa para esperar la órden de mi mudanza, y mientras esta llegaba nos entretuvimos mi esposa y yo en recibir lecciones de una mulata, á fin de tomar con la perfeccion debida lo que allí llaman *mate*, que es una yerba tostada y pulverizada, que echada en una calabacita hueca con agua caliente y azúcar, se aspira por medio de un cañuto semejante al de los asiáticos para tomar el ópio. Esta yerba es de la que se surten las Repùblicas vecinas y la que contituye la principal riqueza del Paraguay, que, estancada por el Gobierno, con sus inmensos productos ha lenvantado fortalezas, ha comprado armas y ha tenido recursos para sostener la guerra con el Brasil el tiempo que ha durado, aun cuando su desenlace haya sido al fin tan siniestro al Paraguay.

Llegó por fin el Colector con una docena de soldados que cargaron con mis muebles para trasladarlos á la finca, propiedad del general Lopez, que se me había ofrecido. Mi esposa se trasladó á la nueva casa para recibir el menaje, y yo me quedé en la otra para su remision. Eran las cuatro y media de la tarde, estaba comprándole á un indio una cotorrita, cuando se acercó un dependiente de la Colecturía para anunciarme que su excelencia iba á salir de paseo y queria hablarme antes. Acudí á la casa del Presidente, dejando suspenso con el indio el contrato de la cotorra, y hallé á la puerta de la morada presidencial un coche, semejante á los simones que nos describe Quevedo, al cual estaban enganchados seis caballos, cuyos arneses eran cordeles, y créanme por Dios lo que digo. En cada caballo de los tres de la izquierda iba montado un soldado de la escolta; el primero llevaba un látigo tremendo, y los otros dos

sujetaban la brida con la mano izquierda, y con la derecha empuñaban la espada larga, que apoyaban sobre el hombro. El pescante iba vacío, y supe despues que el Presidente no queria llevar ningun *estafermo* que tan de cerca le volviese las espaldas.

Como esperaban la salida del Presidente, estaban formadas tres guardias: la de honor de su casa, la de la Casa de Gobierno, que estaba en frente, y la de un cuartel de infantería situado á la izquierda de la residencia presidencial. Las cabezas de los tres Ministros estaban asomadas á la reja de una ventana de la Colecturía, esperando con ánsia la marcha del Presidente para tomar ellos su sombrero y correr á sus casas. No estaban ociosos, pues tenian sobre el pretil de la ventana un gran monton de naranjas, y las estaban chupando; y digo chupando, porque lo mismo en el Brasil que en el Paraguay, á la naranja se liba el zumo y no se comen sus gajos.

Cuando subí á los corredores de la casa del Presidente salía éste, vestido de capitan general, y tan pronto como asomó á la puerta sonaron las dos trompetas de su escolta, la de la guardia de la Casa de Gobierno y el tambor de la guardia de prevencion del cuartel de infantería. Los trompetazos de la escolta estaban muy á nuestro lado, y aun cuando el Presidente me hablaba, yo no le entendia, impidiéndomelo el ruido desagradable de aquella marcha estrambólica que entonaban, hasta que, exasperado el Presidente, se vuelve á los trompeteros, y exclama: «¡Callad, demonios!» ¿No veis que estamos hablando?» Los trompeteros entusiasmados con el ruido que ellos mismos hacian, no oyeron la voz de su señor, y continuaban oprimiendo con sus labios la boquilla del instrumento, dando ocasion á que S. E., en el lleno de su enojo, levantase el baston, diera con él en la mano de uno de los trompeteros, cuya trompeta cayó en tierra, y cesó de tocar el compañero, la

corneta de la guardia de enfrente y el tambor de la prevencion. A lo cual exclamó don Cárlos Antonio Lopez : «¡Miá, miá qué animales! Tambien aquellos «callan, como si el mandato fuese general, ¡Si serán «brutos mis paisanos!» El comandante de la escolta, que habia oido esto, corrió al medio de la plaza y habló en *guarani* á las dos guardias; luego supe que les habia gritado diciéndoles que con ellas no iba nada, y que continuáran su música.

Hecho esto, me dijo el Presidente: «Le he llama«do á vd. para decirle una cosa esencial que se me «olvidó indicarle en nuestra anterior entrevista. Si «vd. necesita dinero á cuenta de sus futuros haberes «puede vd pedir al Colector la cantidad que nece«site.» Dile las gracias por su atencion, y le añadí que tenia dinero, y que, si alguna vez me hacia falta, entonces haria uso de su ofrecimiento. «Yo he cumpli«do, me dijo inclinando su cabeza. Hasta mañana.» Entró en el coche, y mientras se acomodaba en el asiento se dirijió á los trompeteros diciendo: «Ya po«deis tocar, estúpidos.» Estos obedecieron. Y rodó aquel colosal vehiculo, y salieron de su reclusion los Ministros, corriendo como alumnos de colegio, chupando el de Relaciones Exteriores su última naranja; y yo me retiraba á mi casa, y me preguntaba don Sinforiano Alcorta: «¿Qué tal, amigo don Ildefonso? Se «me figura que está vd. un poco triste.» Y yo entonces le respondí: «Triste, no; pensativo, sí. Creo que «no ha de pesarme haber venido á esta tierra.»

Y como mi primera habitacion estaba completamente desalojada, me encaminé, previas las oportunas indicaciones, á la nueva que me habian preparado.

CAPITULO IV

MIS PRIMEROS APUNTES.—HISTORIA DE FERMIN DUARTE

Instalado en mi nueva casa, pude concertar mi plan de vida doméstica; acepté la servidumbre que me proporcionó el Estado, y procuré vivir lo mejor posible á pesar de la carencia general que habia en aquella tierra para el mantenimiento y regalo de la vida.

Mi nueva morada, propiedad del general don Francisco Solano Lopez, hijo del Presidente de la República, era un edificio aislado y situado en una eminencia que daba vista al rio y á su márgen opuesta, dilatadísima extension que se denomina el Gran Chaco, residencia de varias tribus salvajes, y cubierta de una pintoresca vegetacion.

La vista de estos encantadores y amenísimos paisajes y de una naturaleza vírgen y espontánea dulcifica en algun tanto los sinsabores de la vida material del emigrado.

Instalado en esta casa, como dije mas arriba, despues de haber colocado los enseres de la vivienda en el mejor concierto posible, antes de que nuevas ocupaciones me distrajeran, saqué mis apuntes y anotaciones de viaje, y coordiné mis impresiones de la manera que voy á copiarlas de mi diario.

Lo que voy á narrar á mis lectores es un pedazo de lo mucho que tengo recopilado en la trabajosa ociosidad de mis viajes por el mundo. Durante los treinta años que precedieron al de 1840, hubo un país en América, del cual ninguna noticia recibian los demás países del globo conocido. Metido por su situacion en las entrañas del Nuevo Mundo, llegar hasta donde está, era empresa difícil y dificultosa; pero embarazos y peligros de otro linaje y opuestos, no por la naturaleza ni por su situacion, sino por el hombre que

regía sus destinos, eran el baluarte que lo apartaba de los demás páises de la tierra. El especulador, que vió resplandecer á sus ojos la riqueza extraordinaria que allí derramó la Providencia, y el aficionado á las ciencias naturales, que forma propósito de examinar los grandes tesoros de sus infinitas selvas, si alguna vez penetraron en su territorio, fueron detenidos, y su largo cautiverio enjendró en sus ánimos el arrepentimiento por haberse internado en sus montañas. Bomplan y Mejía, como otros muchos, fueran víctimas de proceder tan extraño, y si no hubiese intervenido la mediacion de un gobierno formidable por su poder, el ilustre naturalista francés que he nombrado habria muerto irremediablemente sin el rescate de su querida libertad. Pasma y maravilla cómo el dictador Francia pudo establecer en el Paraguay un sistema de aislamiento tan acabado, aun con los Estados vecinos. En tanto que todas las Repúblicas Americanas se devoraban y se hundian envueltas en sus guerras fratricidas, el Paraguay, situado en el centro de estos paises, permaneció inmóvil, sin que brotase una chispa del fuego con que se incendiaban las mieses de sus vecinos. Encerrado por los muros que forman los desiertos, los montes y los rios que lo circundan, veía que en su seno se entronizaba un ciudadano, que dictaba leyes con la seguridad de la obediencia. Yo me propuse visitar ese país, catorce años despues que aquel hombre extraordinario habia desaparecido de la tierra, y despues que la nacion paraguaya habia entablado algunas relaciones con Europa y con América. Pero esto no me libertó de muchos tropiezos y dificultades mientras duró mi viaje. Y no quiero decir que me arrepienta de haberlo verificado, que háme sido sabroso y grato conocer yo mismo, y á expensas de no pocos trabajos y privaciones de todo género, un Estado cuya historia lo presenta con tan singulares formas y colores.

El vapor *Manolita* me recibió á su bordo en el Rio de la Plata, y á las diez de la mañana del 23 de Febrero de 1855 subia yo las mansas corrientes de aquel caudaloso rio, y nueve horas despues entraba en el Paraná, que en Guazú junta sus aguas con las del Plata. No quiero detenerme en narrar y describir lo que es allí la naturaleza, que es mi ánimo pasar por estos encantos para poner á mis lectores con brevedad, en el campo de los hechos.

Hacia ya dos horas que habíamos entrado en las rojas aguas del Paraguay, y una fortaleza coronada de cañones, que repentinamente descubrí, me demostró que nos hallábamos en *Tres Bocas*, y que las márjenes de izquierda y derecha eran el territorio paraguayo. Un cañonazo disparado por aquel fuerte intimó al vapor para que detuviera su marcha, y poco tiempo despues se acercó al buque un bote con soldados que subieron á bordo. Todos los individuos del vapor fueron convocados para subir á cubierta, y el oficial que venia con aquellos soldados, despues de contar escrupulosamente los pasageros, pidió á cada uno su pasaporte, y los examinó con gran detencion, y nos miró á la cara, por ver si estaban conformes las señales del documento con la fisonomía de la persona que le llevaba. Terminada esta tarea, siguió otra no menos ridícula y molesta; el oficial tomó razon muy menuda de la cantidad de dinero que cada uno introducia. Los pasajeros, deben presentar á los guardias paraguayos las onzas de oro que lleven y las apuntan para que al retirarse del pais no puedan extraer mayor cantidad que la que han introducido. Comprendí que en esta República no está muy acariciado el sistema del libre-cambio.

Los cañonazos de otro fuerte denominado Humaitá nos obligó á pararnos segunda vez, y un nuevo bote se acercó al vapor; y el oficial que lo mandaba, despues de haber subido sobre cubierta, mandó enfilar

á los pasageros y tripulantes y nos dijo con voz imperiosa: —«Ciudadanos: todo el que lleve periódicos «extranjeros debe entregarlos conforme á lo establecido en las leyes de la República;» y al decir *República*, el oficial y los soldados que lo acompañaban se echaron mano á la gorra en señal de reverencia. Yo tenia en esta sazon en la mano *La Ilustracion de Lóndres*, y acercándose á mí, me la arrebató. Algunos pasajeros entregaron los periódicos que llevaban, y preguntando yo al oficial que para qué se recojian estos impresos, me respondió:—«Para entregárselos al Exmo. señor Brigadier de la República don Venancio Lopez, hijo de S. E. el señor Presidente, que se halla en esta fortaleza.» Despues que hubo recojido los periódicos, situó uno de los soldados en la proa del buque á guisa de centinela, y dirigiéndose al capitan del vapor le dijo en tono solemne estas palabras:—«Ese soldado desembarcará en la fortaleza de Tacumbú, y tiene la consigna de prohibir que los pasageros saquen sus lentes para inspeccionar las fortalezas que están en las orillas del rio. Puede vd. levantar anclas.» Y diciendo esto, tornó á su bote, y nosotros continuamos nuestra marcha.

En tanto que los pasageros americanos y europeos murmuraban muy por lo bajo, para no ser escuchados del vigía, sobre lo ridículo y repugnante de aquellos preceptos policiales de una nacion republicana, noté la fisonomía triste y macilenta de uno de los viageros, que arrimado á uno de los tambores de las ruedas, nos miraba con lástima pero sin hablarnos. Un cigarrero norte-americano, que antes habia residido en el Paraguay y que le conocia, me dijo que aquel pasagero de la triste cara era Paraguayo,—y con esto me aproximé á él con el propósito de inquirir la causa de su tristeza, y para que algo me dijese á cerca de las costumbres de sus paisanos. Saludéle cortesmente, y le agasajé con frases de amistad y de consolacion,

con la cual industria pude ablandar su natural taciturno y preparar su ánimo á una dulce y amigable conferencia. Retirados á una punta del bagel, y apartados de la mirada vijilante del centinela, pondré en noticia de mis leyentes lo que aquel desgraciado republicano me relató.

Por su mala ventura nació en el Paraguay. Su padre don Francisco Duarte, español, fué pasado por las armas por órden del dictador Francia por el delito de tener dinero y ser aficionado á la lectura de libros científicos. Delatado por un espía de que su padre pasaba largas horas de la noche leyendo en estos libros, mandó el Dictador que se los recogiesen, le confiscasen su hacienda y le fusiláran sin forma de proceso, y así se verificó, dejando la víctima una viuda y dos niños en la orfandad y en la miseria.

Murió el dictador, sucedióle don Cárlos Antonio López, creció, se aplicó al comercio, y aficionado como su padre á la lectura, prestóle un dia un francés un diario de Buenos Aires, nominado *La Tribuna*, y sabedor el Presidente actual de su honesto pasatiempo, el francés fué expulsado del país, y él reprendido ásperamente por el Gefe de Policía y amonestado con mayor castigo si reincidia, por órden del Presidente. Desde entonces fué vigilado y cayó de la buena gracia del primer magistrado de la República, que por mofa diö en apellidarle el *mercachifle ilustrado*. Con sus ahorros y sus trabajos reunió lo suficiente para poner una tienda de lencería, y al sacar la patente para poderla abrir, se detuvo la instancia ocho meses en la mesa del Presidente, y un dia que le recordó por medio de otra instancia respetuosa la detencion del permiso fué condenado por la suprema autoridad á la pena de cincuenta azotes por *irreverente* y *contumaz*, cuyo castigo pudo cambiar por el de un mes de cadena en las obras públicas y cincuenta pesos de multa, por haber hecho

probanzas de que era blanco de linaje y no mulato, que á estos únicamente y los esclavos son á los que permite la ley de la República aplicar esta pena infamante.

Merced á la mediacion del obispo se le dió la patente dos meses despues de su condena, y abrió su modesto establecimiento. Quiso casarse, y puso los ojos en una virtuosa muchacha llamada Francisca Migo, hija huérfana de padres españoles y á cargo de una tia que la educó honesta y cristianamente, pero la requirió de amores el hijo segundo del Presidente, que era coronel de un regimiento, y tuvo necesidad de cultivar sus relaciones amorosas á horas en que no fuera notado por los esbirros que para celarla ponia de atalaya el jóven coronel. La muchacha esquivaba sus pretensiones con mucha dulzura para no provocar su venganza y la perdicion del novio. Los dias festivos salia por las calles de la capital la retreta con una banda de música, y el coronel mandaba que pasase por la calle de Panchita (que así llaman los americanos á las Franciscas), y que parándose á la puerta de su casa la deleitase con la música una ó dos horas, sucediendo que algunas veces entraba la retreta en el cuartel despues de los once de la noche, lo cual se murmuraba en la poblacion, pero muy por lo bajo.

Los agasajos y solicitudes del jóven coronel fomentaban en el alma del zagal la llama de los celos: pero ¿qué podia él contra el hijo del Presidente? ¿Ni cómo renunciar á la que tanto amaba? Aconsejó á Panchita que revelase á don Venancio (que este era el nombre de su rival) sus honestas relaciones y los intentos que tenia de casarse con ella. Hízolo así su amada con aquel lenguaje amistoso y persuasivo que aconsejan el respeto y el temor; díjole entre otras cosas que ella habia nacido para ser honesta, y no la manceba de un coronel, que á esto queria someterla

el jóven militar, y que la dejara casarse con Duarte. Don Venancio escuchó con desagrado la resolucion de Panchita, y se retiró de la casa sin decir una palabra; pero al siguiente dia la acusó á su padre el Presidente de que recibia en su casa visitas de algunos estranjeros, que se complacian en murmurar de los actos del Gobierno de la República; y el Poder Ejecutivo entonces dispuso que ella y su tia saliesen de la capital confinadas á la Colonia Oriental, poblacion situada al otro lado del rio, á donde se deportaba á los delincuentes y á las mujeres de mal vivir. Considere el lector el conflicto de aquella familia, que no tuvo otro remedio que obedecer, y las lágrimas que derramaria el enamorado mancebo al considerar tanta crueldad y tanta injusticia. Su hermano, que á la sazon tenia quince años, y que habia determinado seguir la carrera de la iglesia, estudiaba latinidad en la casa particular de un sacerdote llamado Padre Maiz, y dos dias despues de la respuesta resolutiva de Panchita se presentó en la clase un sargento, acompañado de dos soldados, que de órden del Presidente de la República pidió al estudiante, el cual, entregado por su maestro, le llevaron á un cuartel y le confiaron al cabo de tambores de un batallon de infanteria para que le ejercitase en la corneta y formara parte de la banda. El estudiante, de constitucion flaca y enfermiza, se relajó del pecho; pidió su hermano licencia varias veces para verlo en el Hospital y no se la concedieron. Supo que habia fallecido, corrió al hospital para que le diesen el cadáver, con el propósito de darle sepultura y celebrar sus funerales, y entrando donde le condujo el gefe de la guardia del hospital, vió el cuerpo de su pobre hermano tendido sobre un cuero, y que un inglés, acompañado de algunos practicantes paraguayos, se preparaba para hacerle la autopsia y dar lecciones de anatomia á sus discípulos. ¡Reclamó aquel

cuerpo destrozado, pero se le dijo que habia órden del Coronel para que no fuese entregado ni antés ni despues de la autopsia. Considérese su tristeza, su amargura y su desconsuelo.

El sentimiento de tamaños desmanes le condujo al lecho, donde estuvo á punto de acompañar á su hermano. En su convalecencia pidió permiso para trasladar su tienda y su comercio al pueblo de Itaguá, situado á unas seis leguas de la Asuncion, paraje sano, y al cual le aconsejaron los médicos se trasladara para el restablecimiento de su salud; y antes de concedérsele esta licencia, se practicaron infinitas informaciones, y hubo necesidad de que el médico particular del Presidente le reconociera, y que atestiguara bajo firma y juramento que necesitaba pasar á aquel pueblo para restablecerse. Llamó el Presidente al Juez de Paz de Itaguá, y le dió parte de la decretada residencia del jóven paraguayo en el pueblo de su jurisdiccion, y encargóle que le vigilase con escrúpulo y que le diese menuda cuenta de todos los actos de su vida particular y mercantil. Con estos preliminares y advertencias se trasladó á Itaguá.

El documento ó pase que le entregó el gefe de policía para su resguardo, tuve ocasion de leerlo en la Asuncion, y decia textualmente lo que sigue:

«*¡Viva la República del Paraguay! ¡mueran los inmundos traidores á la patria!—Concédasele á Fermin Duarte, de profesion comerciante, el permiso para trasladarse á la Capilla de Itaguá, revisándose y archivándose este resguardo por las autoridades del partido á la llegada del interesado.—Asuncion, 6 de Marzo de 1848 y á los 38 de nuestra amada independencia de la metrópoli.—Cárlos Antonio Lopez.—Va sin enmienda.*» Entregó su documento al juez de paz de Itaguá, y se estableció en la plaza, y abrió su tienda un lunes.

Enamoróse en Itaguá de la hija de un anciano argentino llamado D. Fernando Cabriza. Cuando se abrió

el puerto al comercio exterior este pobre señor quiso partir á Buenos Aires, su patria nativa, pero tenia cinco hijos; pidió licencia al Presidente, el cual decretó al pié de su instancia: «*Concédasele al postulante la licencia que pide para irse á su tierra, pero deje á sus hijos por haber nacido en el territorio de la República y ser ciudadanos paraguayos, como marca la ley del Estado.— Cárlos Antonio Lopez.*»—El pobre viejo, por no separarse de sus hijos, se enclavó en la República, con esperanzas de tiempos mejores. A la hija mayor de este caballero pidió Fermin en matrimonio, y su padre se la dió de buena voluntad. Solicitó licencia al Presidente por conducto del juez de paz para casarse con ella, y diez y seis dias despues de su instancia le llamó este juez á su domicilio y le notificó el auto siguiente: «*¡Viva la República del Paraguay! Mueran los inmundos traidores á la patria!—Exprese el postulante detalladamente la dote que lleva en matrimonio la prometida, para proveer en consecuencia á lo que haya lugar.—Cárlos Antonio Lopez.*

Con esta notificacion pasó á ver á su futuro suegro y le dió parte de lo ocurrido; y de comun acuerdo expresó en una nueva instancia que la futura llevaba de dote una casa de planta baja de tejas, 200 cueros de vaca envenenados, 500 arrobas de tabaco en hoja de la última cosecha, seis tercios de yerba mate, una vaca con su ternero y 600 pesos en metálico.

Dió curso á la declaracion, y al cabo de diez y nueve dias tornó á poner en su noticia el Juez de Paz la siguiente notificacion: «*¡Viva la República, etc.— Concédasele al postulante Fermin Duarte la licencia que pide para contraer matrimonio con Leocadia Cabriza, natural de la República, y entregue al Estado los doscientos cueros de vaca envenenados, las quinientas arrobas de tabaco en hoja y los seis tercios de yerba mate, por ser artículos elaborados y puestos en condiciones de consumo,*

sin permiso ni patente de la autoridad, por el extranjero traidor é hipócrita padre de la novia, de cuya conducta tenia sospechas el Gobierno de la República.—Cárlos Antonio Lopez.»

Entregó su futuro padre político al Estado lo que el Presidente de la República exigido habia, y el hijo mayor del señor Cabriza, que hizo la entrega al Colector de la Nacion, se determinó á pedir recibo de lo que entregaba, y por este desacato estuvo detenido en un calabozo de la casa de policía, donde declaró que su padre le habia dicho que hiciera esta peticion. Pusieron en libertad al mancebo, y llevó él mismo un pliego cerrado al Juez de Paz de Itaguá; abierto por esta dignidad republicana, leyó el documento, que decia : *¡Viva la República del Paraguay! etc. En el momento que reciba vd. la presente comunicacion, impondrá ciento cincuenta pesos de multa al porteño descarado y atrevido don Fernando Cabriza, cuya cantidad remitirá vd. á la Colecturía General.—Asuncion, etc.!»* La órden fué ejecutada y la multa entregada inmediatamente.

No quiero referir la série no interrumpida de majaderías, embarazos y peripecias ocurridas durante los preliminares de su enlace con Leocadia. Diré unicamente que en aquel pais hay costumbre de que las novias, cuando acuden á la iglesia á recibir la bendicion nupcial, vayan vestidas de luto rigoroso y con mantos sin blondas ni otros adornos; pero habiendo sabido el novio que en Buenos Aires y en Europa la novia se viste de blanco, dispuso que una amiga de Leocadia le hiciera un vestido de esta clase y le adornara con todos los atributos propios de esta solemnidad. Terminóse el vestido, y como esto era una novedad para el pueblo, corrió de casa en casa, hasta llegar á la del Juez de Paz, quien al momento mandó un propio al Presidente, dándole noticia de este suceso. La víspera de la mañana en que

la novia debia ir al templo con estos atavíos, recibió su padre un escrito del Juez de Paz que decia: «*Tengo órden del Excmo. Señor Presidente de la República para prohibir á vd. que su hija vista la ridícula vestimenta con que se propone contraer matrimonio. El Escelentísimo señor Presidente ha comprendido que ese traje es un símbolo de pureza y virginidad. ¿Puede vd. asegurar ni probar que su hija se halla en esas condiciones? Desista vd. de una innovacion tan estraña á los usos de la República, como ridícula á los ojos de todos. Itaguá, etc. —Al señor don Fernando Cabriza.*»

No es conveniente que presuponga el lector que esta órden la dictára el Juez, que era un hombre incapacitado por su poca instruccion y su natural rudeza para estampar frases de esta clase. Este fué parto del Presidente, mandado copiar al Juez, un desahogo rabioso del primer magistrado de la nacion, para contrariar el propósito del novio, y para deshonrar indirectamente á su futura.

Ultimamente, se casó con Leocadia, respetando el ceremonial admitido, y con esta compañera vivió en este pueblo hasta que, habiéndose dilatado las bases de su tráfico, que tenian relaciones muy vinculadas con el comercio de la capital, se trasladó á ella, no sin pasar por otros nuevos obtáculos tan molestos y enojosos como los que habian precedido para fijar su recidencia en Itaguá.

Dióle Leocadia dos hijos varones, y como nunca fué Duarte persona simpática para el Presidente, temió que éste, ó su hijo el general, dispusiese de los suyos arrebatándoselos algun dia para satisfacer cualquier agravio imaginario, y se propuso llevárselos á Buenos Aires y establecerlos en un colegio en clase de alumnos internos. Lo consultó con su esposa, y ésta convino con él en que el Presidente no le concederia ese permiso; pero en esta sazon era amigo suyo Mr. Hopkins, Cónsul de los Estados-Unidos, á quien

el Presidente guardaba en aquella sazon muchas consideraciones. Á este caballero le manifestó su pensamiento y le pidió su intervencion para que el Presidente le dejára sacar á sus dos hijos de la República con el intento ya expresado.

Hízolo Mr. Hopkins de muy buena voluntad, y al siguiente dia de la peticion fué llamado por el Presidente. Su pobre mujer descolgó de la pared un cuadro que representaba la imágen de Nuestra Señora de la Asuncion, la encendió dos velas de cera, y la estuvo rezando todo el tiempo que duró la conferencia con el Presidente, que referiré de la misma manera que pasó:

Despues de haberle estado esperando Duarte en su aposento de recibo mas de media hora, salió llevando puesto el sombrero negro con la cucarda tricolor. Cuando el Presidente se ponia el sombrero de este color era señal de que estaba enojado ó de *mal chispá* como dicen los paraguayos. Se sentó y Duarte se puso de pié, cuadrándose como hacian todos los ciudadanos siempre que tenian la desgracia de verle frente á frente.

Comenzó por reprenderle con brutal aspereza por haber buscado una mediacion extranjera para su peticion, en lo cual atribuia gran malicia y perversidad por parte del joven Fermin por constarle que él no podria negar la pretension. Quiso responderle Fermin para significarle la lealtad de su intento, pero no quiso dejarle hablar. Preguntóle la idea que le habia aconsejado sacar á sus hijos de la República, y Duarte le manifestó que el deseo de dedicarles á la carrera del comercio. Le obligó á que diera una razon circunstanciada del dinero que tenia, cuál era la situacion de su tráfico y cuáles las ganancias de sus sócios, todo lo cual fué apuntado en un papel con un lápiz; en este momento le anunció el oficial de su escolta que el señor Pimenta Bueno, Encargado de Ne-

gocios del Brasil, pedia permiso para hablarle, y le despidió concediéndole la licencia de llevar á sus hijos á Buenos Aires, pero con la condicion de no dilatar su permanencia en aquella mas de dos meses, y de no conversar con *dos traidores tránsfugas paraguayos,* que residian en aquella República y escribian contra su gobierno. Así lo ofreció y se retiró.

Cuando entró en su casa, se arrojó su esposa en sus brazos, adivinando por su sonrisa de que nada desagradable le habia pasado, porque es muy comun en el Paraguay salir de la casa del Presidente en direccion á un calabozo.

Dió las gracias á Mr. Hopkins, hizo sus ajustes de viaje, embarcó unas tres mil arrobas de tabaco para negociarlas él mismo en el exterior, y despidiéndose de sus consocios y amigos, se embarcó con sus hijos en un buque de vela llamado el *Patacho Rosario*, y se dirijió á la República de Buenos Aires.

CAPITULO V.

CÓNSUL, AGENTE COMERCIAL Y ESPÍA

Un viento Norte, perseverante y continuado, que azotaba la popa del *Patacho*, sacó á los navegantes á los nueve dias del rio Paraguay, y en llegando al paraje denominado *Tres Bocas*, comenzó á respirar la tripulacion, no solo por suponerse libre de los registros policiales, sino porque ya podian hablar libremente del país que dejaban, en el cual con tan ninguna libertad se vivia.

Siguiendo el curso del ancho y caudaloso Paraná, penetraron los pasageros en el Rio de la Plata sin accidente alguno digno de referencia; pero no estará de mas que yo apunte aquí la sorpresa y admiracion de Fermin al ver las torres de Buenos Aires, el órden regular y uniforme de los edificios y la agitacion

que notaba en las playas de aquella capital. ¡Con cuánto entusiasmo me ponderó la hermosura de la capital argentina! Bien, que acostumbrado á soportar una vida medrosa y encogida, á no ver mas que fisonomías melancólicas y recelosas, el muelle de Buenos Aires hubo de figurársele que era la entrada del Paraiso. Desembarcó con sus dos hijos, y al notar los semblantes activos y risueños de aquellos para él desconocidos habitantes, tomaba el infeliz alientos, y exclamaba al pensar en sus pequeñuelos: «¡Quién pu«diera arrancar del Paraguay las dos fincas que poseo «y traerlas á esta República, y reposar en ella con «vuestra madre y vosotros, que sois el consuelo de mi «vida!» Si el Presidente de la República del Paraguay concedió pasaporte á Fermin para penetrar en Buenos Aires, lo hizo porque sabia á ciencia cierta que amaba mucho á su mujer, y que este amor habría de ser el móvil de su regreso; y ya que no fuese el cariño, suponiéndolo codicioso, presuponia que no habria de querer perder sus propiedades ni su hacienda por el gusto de residir en tierra extrangera.

Penetró Duarte en las calles de Buenos Aires. se se alojó en una posada, y despues que hubo almorzado, salió con sus pequeñuelos y buscó al Cónsul del Paraguay, que lo era en aquella sazon un paraguayo llamado don Ventura Decoud; aun cuando mas bien que Cónsul era una especie de agente comercial, ó vendedor del té paraguayo, que allí llaman *yerba-mate*, de cuyo artículo se hace un gran consumo en la República Argentina, y produce beneficios fabulosos al Gobierno del Paraguay, que teniéndola estancada disfrutaba el esclusivo monopolio de este tráfico.

Presentose Duarte á D. Ventura Decoud, porque aquel no ignoraba que su compatriota estaba tambien encargado de vigilar la conducta de sus paisa-

nos en aquella tierra, y Fermin, para no despertar sospechas, quiso voluntariamente someterse á la esquisita y bien retribuida vigilancia del Cónsul. Haciendo semblante de menesteroso, le pidió su auxilio y sus indicaciones para poner á sus hijos en un colejio que reuniese la bondad con la baratura, y don Ventura, como práctico y conocedor del pais en que residia, coadyuvó á los propósitos de su paisano segun lo pretendia, pero al mismo tiempo que desempeñaba sus buenos oficios iba inquiriendo con maliciosa cautela el estado de las relaciones mercantiles de su amigo y del importe de su mercancía, porque de esto y de todo cuanto notase tenia luego que dar menuda cuenta al Presidente.

Puestos en clausura los muchachos y consignada la mercancía, quedándole á Duarte algunos dias de huelga dentro del plazo concedido por el Presidente, visitó el teatro por la primera vez de su vida, y una tarde que paseaba con Ventura, le mostró algunos tabacos habanos que habia comprado en un almacen y se le antojó hacer á su camarada esta inocente pregunta:

—¿Por qué no se elabora en el Paraguay esta clase de cigarros, siendo tan esquisita nuestra hoja de tabaco?

—Porque son nuestros paisanos muy perezosos, respondió D. Ventura.

Pero arguyó seguidamente D. Fermin:

—Y porque nuestro Presidente no quiere proteger esta industria.

Don Ventura quedó silencioso; miró al suelo, reflexionó un rato y habló despues de otra materia. Se despidieron al oscurecer; Duarte se encaminó á su posada y D. Ventura á su Consulado, y teniendo que despachar un propio al amanecer para dar cuenta al Presidente de cierto cambio ministerial ocurrido en Buenos Aires, aprovechó la coyuntura para delatar en otro pliego la acusacion de su paisano contra el Poder

Ejecutivo, al cual habia tachado de no proteger la elaboracion del tabaco.

En tanto que Duarte consumia agradablemente el plazo de su licencia y se ponia en viaje para regresar á su hogar, ignoraba lo que en la Asuncion ocurria, donde le habia precedido el correo de gabinete, que allí se llama *chasque*, y puesto en noticia del Presidente la blasfemia de D. Fermin.

Enojóse sobre manera D. Cárlos Antonio Lopez, y sin mas acuerdo que el que le habia aconsejado su ira, llamó inmediatamente á la esposa de Duarte y le habló en estos ó parecidos términos:

«La he llamado á vd. para darle la enhorabuena, porque tiene vd. la fortuna de tener un marido muy ilustrado, y sobre todo muy locuaz; y al mismo tiempo para que se presente vd. al Escribano de Gobierno, que tiene que leer á vd. una providencia gubernativa.»

La esposa de Duarte, com pungida y falta de aliento, aun cuando no acertaba á coger la frase, meneó los labios, como queriendo hablar; pero el Presidente, antes que desvanecer su turbacion, volvió la espalda y se ausentó. Sin olvidar el encargo del Poder Supremo de la República, se fué á la Escribanía de Gobierno, abocándose con el Escribano, le manifestó que allí se presentaba de órden de S. E. para escuchar una providencia, y el funcionario público, buscando en la mesa unos cuantos pliegos de papel de oficio con el sello de la República, hojeó y seguidamente leyó á la interesada, lo siguiente: «Por motivos que en tiempo oportuno serán revelados á la parte interesada, Leocadia Cabriza, consorte del ciudadano Fermin Duarte, entregará inmediatamente los títulos de pertenencia de las dos casas que posee en la Riberá; la una situada en el terreno que linda con la Aduana, y la otra inmediata al Hospital, con destino á fabricacion de ladrillos.—Asuncion del Paraguay, etc.—*Cárlos Antonio Lopez.*

La esposa de Duarte obedeció el precepto; voló á su casa, abrió el mueble donde estaban encerrados estos documentos, y los entregó, cuyos papeles pasaron de la Escribania á la Casa Presidencial, y aquellas dos fincas pasaron desde aquel momento á ser propiedad del Estado.

Los vecinos, á quienes Duarte habia cedido su casa en arrendamiento, fueron intimados por el Gefe de Policía, para que desalojaran la casa en el término improrogable de seis horas, y verificado este violento deshaucio, penetraron en la finca doce albañiles, que echaron abajo un tabique que lindaba con los almacenes de la Aduana, y desde entonces tuvo aquel edificio mas espacio para depósito de mercancías y de tercios de té paraguayo que necesitaba para su tráfico.

Mientras tanto Duarte se despedia de don Ventura, que le fué acompañando hasta el muelle de Buenos Aires, donde le dió la mano y le recomendó expresiones muy encarecidas para sus hermanos menores, que residian en la Asuncion.

Cuando llegó don Fermin á la Villa del Pilar, territorio perteneciente al Paraguay, un comerciante italiano que allí se encontraba de regreso de la Asuncion, y traficando en cueros de vaca, y que conocia mucho á Duarte, le llevó á su casa, y usando de la mas cautelosa reserva, le refirió lo que el Presidente habia hecho con sus dos propiedades, y le preguntó que si por ventura habia hablado con los tránsfugas paraguayos que residian en Buenos Aires, y escribian en contra del Gobierno; á lo cual respondió Duarte que habian sido tan estremadas sus precauciones en este sentido, que no se habia separado del Cónsul durante su permenencia en la capital de la República Argentina. Como la fama del Cónsul era conocida, repuso el italiano:

—Entonces, ese pillo adulador ha de haber inventado alguna calumnia.

Para abreviar. Arribó á la Asuncion Duarte y supo por su mujer lo ocurrido, y siendo de su deber presentarse á la autoridad suprema para darle parte de su llegada, despues de haberle hecho esperar en una antesala mas de tres horas, le recibió con sonrisa burlona y le dijo:

—¿Qué tal, ha sido próspero el viaje?

Y Duarte respondió:

—No ha ocurrido cosa particular.

—¿Qué le ha parecido á vd. la gran capital de Buenos Aires, añadió el Presidente.

Crecieron los aprietos de don Fermin, porque conociendo el ódio que don Cárlos profesaba á aquella República, un elogio en pró del Estado vecino habria sido un delito de lesa República, y se limitó á decir:

—Como iba tan preocupado en mis negocios, no he tenido tiempo de observar nada. El señor Decoud ha sido testigo de mi conducta....

El Presidente, que no era lerdo, y comprendió la contestacion evasiva del ciudadano, dió al traste con la calma disimulada y se despotricó en términos tales, que hubo de aterrar á Duarte. Entre otros mumuchos improperios, le dijo:

—Es vd. un hipócrita, badulaque; un trapacero. un impostor. ¡Qué pronto se contagió vd. con los instintos anárquicos de aquellas gentes desenfrenadas y enemigas del Paraguay! ¿Con que yo no protejo la elaboracion del tabaco? A vd. es á quien yo no debiera proteger. Agradezca vd. la intercesion de Mr. Hopkins, al cual no quiero dar motivo de murmuracion, porque á no ser así, ahora mismo mandaba que fusilasen á vd. por bachillero y traidor.

Quiso el atribulado Duarte balbucear algunas palabras, pero le interrumpió don Cárlos con la siguiente salutacion:

—¡Quítese vd. de mi presencia, y no dé lugar á que me arrepienta de haber sido con vd. demasiado clemente.

Al pobre Duarte le faltó tiempo para hacer un precipitado saludo y retirarse, llevando á tal punto su aturdimiento, que se le quedó olvidado el sombrero en un banco de la antesala, prenda que le llevó á su casa despues un ordenanza de la escolta presidencial.

Vayan mis lectores analizando por esta muestra lo que son ciertas repúblicas americanas.

Cuando esto me referia Duarte, yo le interrumpia muy á menudo: «Si alguna vez me viene en antojo escribir estas cosas en Europa, van á creer que son fábulas.» Y yo pensaba de esta manera, cuando tenia que presenciar y aun ser actor en escenas mas estrañas todavía. Don Fermin me decia contemplando mi admiracion:

—Señor mio, mi breve historia no es de las mas siniestras. Cuando vd. penetre en la capital y le refieran otras, y palpe vd. mismo las extravagancias y singularidades de mi patria, recordará mi narracion y comprenderá lo distante que me encuentro de mayores desventuras.

—Pero ¿cómo es que le veo á vd. en este vapor? ¿Viene vd. otra vez de Buenos Aires?

—No, señor, repuso; vd. no ha de haber visto que he tomado pasaje en Humaitá; me ha conducido la misma lancha que á los soldados paraguayos que subieron á cubierta. Salí otra vez de la Asuncion con el permiso del Presidente para arreglar una testamentaría de un amigo difunto, que me nombró su albacea en Villa del Pilar, y terminado este asunto regreso á la Asuncion.»

A esta ciudad llegamos, y lo que me pasó desde el momento que desembarqué ya lo he referido á mis leyentes.

CAPITULO VI.

El azotado

Un dia despues de mi instalacion en la nueva casa, que me agradaba mucho por su buena situacion, mas bien que por las comodidades que ofrecia, vino á visitarme muy de mañana el comandante de la escolta del Presidente, señor muy cumplido, con deseos de ser agradable, y con mas deseos todavia de instruirse, por lo que verán despues mis lectores.

Su visita y sus cortesías tenian por objeto saludarme en nombre del Presidente, y preguntar si la vivienda necesitaba algun reparo que aumentase mi comodidad. Le dije al señor Comandante que en aquella habitacion no habia notado la vecindad molesta de los murciélagos, de lo cual me holgaba mucho porque eran huéspedes muy repugnantes. El gefe de la escolta alzó la cara y miró al techo en todas direcciones, y despues de haber hecho una minuciosa inquisicion con los ojos, me dijo:

—Lo que convenia ver era si este techo tiene goteras: y esclamé para mi capote:

¿Qué apostamos á que el señor Comandante se sube al tejado? Echándola de sabedor, dijo que la caña tacuara estaba algo podrida por algunos lados, y que seria conveniente renovarla, y escudriñando despues el pavimento, que tampoco estaba enladrillado, fué descubriendo algunas manchas oscuras, que revelaban que allí habia caido agua del techo, con que dijo que era preciso proceder á un registro escrupuloso y evitar estos desperfectos, molestos para sus habitadores y nocivos para la finca. Parecióme, por lo que notaba en su relato, que aquella dignidad tenia mas de albañil que de militar; pero vi en seguida que codiciaba instruirse en otras materias.

En esto salió mi esposa, á la cual saludó sonriendo, y me dijo:

—¡Qué linda!

Y acentuando mas la palabra, exclamó:

—*¡Iponaité!*

Es una palabra guaraní; un adjetivo en grado superlativo, *Iponá* quiere decir *bueno*, y añadiéndole *ité* significa *bonísimo ó muy bueno*; pero tiene en guaraní esta palabra una fuerza tal, que equivale á *sublime á no cabe mas.*

Mi muger, que nos habia escuchado, sabedora de que su embajada tenia por objeto remediar los desperfectos de nuestra vivienda, dijo en primer lugar, que las ventanas carecian de cristales, y el Comandante respondió dolorido, que semejante artículo no le habia en la República, pero que se mandarian á pedir á Buenos Aires. Solo la casa del Presidente tenia en algunas partes cristales. Indicóle otros reparos necesarios; el Comandante los apuntó, y entramos él y yo en otros coloquios.

Al entrar en mi casa habia dejado sobre una silla la gorra y dos libros pequeños. Asiólos, y mostrándomelos los analicé, y ví que era un cuadernito ó epítome de geografia escrito en lengua francesa, y un Diccionario de bolsillo francés y español, y me dijo que hacia mas de año y medio qué con el auxilio del Diccionario habia formado propósito de traducir aquel cuaderno, y que todavia no habia acabado de comprender todo el significado de la portada. Admiré tan salvaje constancia, y sabiendo que el tenaz comandante, mas que saber geografia, queria aprender francés, siendo asi que el español lo hablaba con extrema dificultad, le indiqué, que sin el auxilio de la gramática jamás lograria su propósito; pero él, para probarme sus adelantos, me relató de coro una lista de palabras francesas mal entendidas y peor pronunciadas, que constituian todo el caudal de su perseverante solicitud.

Mis argumentos le dejaron mas desalentado que persuadido, y se retiró, no sin reiterar los mas ilimitados ofrecimientos, y dándome seguridades de que en seguida vendrian los albañiles á poner los reparos que mi muger habia indicado.

Vinieron poco despues estos menestrales, que creo eran cuatro, y se ocuparon de levantar un pretil de un corredor, y en dar mejor forma á una escalera formada de pedazos de piedra que conducia á la playa. Vino en esto D. José Ramirez, cónsul de la Confederacion Argentina, gran murmurador de las cosas del pais, y el que hubo de ponerme al corriente andando el tiempo de muchos usos paraguayos. Notó que los albañiles tenian una conversacion muy animada, la cual estuvo escuchando sin hacer semblante de ello y me dijo:

—Como estos hombres conversan en guaraní, no puede vd. entender lo que dicen, y por cierto que es una cosa estraña y que debe vd. aprender.

Picado de la curiosidad, le manifesté que no retrocediera del servicio que queria prestarme, y me contó que estaban lamentándose de la desgracia que le habia ocurrido á un amigo de ellos, al cual habian azotado aquella mañana misma en la pequeña plaza en que está situada la cárcel.

El sentenciado era un zagal de veinte á veintidos años, mulato, traficante en tabacos, al cual habian descubierto una romana que le servia para pesar este artículo, sin el sello judicial ó la marca de policía que autorizaba la legalidad del instrumento, el cual por este delito, y no siendo blanco de linaje, le habian atado á la picota y aplicádosele cincuenta azotes. Lo que mas murmuraban los albañiles era que el infeliz sentenciado era hijo de una esclava, habido en consorcio ilícito y temporal del mismo juez que descubrió el fraude y le sentenció. El azotado pasó desde la picota al hospital, porque el castigo fué muy cruel.

Manifesté mi asombro considerando que era grande el castigo para tan pequeña culpa, y aun hube de añadir á Ramirez que si el Presidente llegaba á entender semejante crueldad cometida por este delegado, indudablemente le daria su merecido por haber abusado de su autoridad; pero repuso Ramirez:

—Estos actos de crueldad son las recomendaciones mas eficaces de las autoridades civiles y militares de la República para granjearse las simpatías del Presidente. El gefe de urbanos de Itacurubí, que era capitan de infantería, y quiso conducir á la capital una carreta de tabaco en hoja, pidió á tres vecinos sus yuntas de bueyes para la conduccion y éstos escondieron el ganado para no dar este auxilio al gefe, sabedores de que era un servicio personal y que no procedia del Estado. El gefe de urbanos, para castigar la desobediencia, dispuso que los tres vecinos, sus hijos y sus mujeres tirasen de la carreta; parecieron entonces los bueyes, pero la sentencia del gefe no pudo ser revocada, y once individuos de aquella familia tiraron de la carreta por espacio de tres leguas en todo el rigor del verano y por medio de una senda arenosa. La fatiga enfermó á los mas robustos y costó la vida á una mujer y dos niños; sabido esto por el Presidente, el capitan fué ascendido á comandante y casó despues con la hija mayor del Presidente. En la capital le verá vd. luciendo su graduacion. Se llama don Antonio Trigo, hijo de un catalan y de una criolla paraguaya.

CAPITULO VII

Pena de muerte al que llame diablo al Presidente de la República.

Tranquilo me encontraba en mi nueva vivienda, y esperando órdenes del Presidente, y amigo yo de re-

cibirlas, pues ignoraba cuál tenia que ser mi ocupacion en aquella República, en la cual me parecia que no habia de permanecer mucho tiempo, porque las impresiones que recibia eran en verdad poco lisonjeras; pero me quedaba que ver otras que habian de poner en colmo á todas las recibidas.

Era un sábado, y desperté muy de mañana; situéme en el corredor en un sillon de balance, y desde lo empinado de mi domicilio, situado á manera de castillo feudal, estuve contemplando el rio y su opuesta márgen, que era el Gran Cháco, cuya riquísima vegetacion se pierde en la inmensidad, y consideraba como fué para elogiar la perseverancia de nuestros progenitores, que atravesaron aquellos espesos y dilatados bosques para llegar al Paraguay.

Cuando yo leia las antiguas relaciones que sobre el Paraguay nos dejaron algunos de sus primeros misioneros, creia exajerado lo que se refiere de la vegetacion rica y florida que allí ostenta la naturaleza. Pisando ahora el territorio paraguayo, antes que encontrar exageradas esas relaciones, no cesaba de admirar el esplendor con que allí ostenta la Providencia del Criador supremo el caudal inagotable de sus bienes.

La Asuncion, ciudad, capital y residencia del Gobierno del Estado, ocupa una situacion deliciosa en la falda de un cerro, cuya planta riega el rio Paraguay. Nada de notable existe en ella, ni en templos, ni en otros edificios públicos. Las casas son sumamente sencillas y muy pocas tienen mas de un solo piso. El pavimento de las calles se encuentra tal como lo encontraron los conquistadores cuando fundaron esta ciudad; al menos así lo hacen creer los barrancos que se ven por todas partes. Cerrado como ha estado el Paraguay durante treinta años al comercio, y alejado del trato con las demás naciones, no han tenido ocasion sus habitadores de adquirir usos

que exigirian mejoras importantes en la capital de la República.

Pocos son los hijos del pais que han salido para visitar lugares que puedan darles idea del movimiento que lleva á los Estados á su perfeccion y embellecimiento material, y menos todavia los extranjeros que llegaron al Paraguay con voluntad y con medios de procurarlo.

Los mejores edificios que existen en la Asuncion, asi como en todo el Paraguay, pertenecen á la época de los jesuitas, y algunos que se ven en las provincias, por su grandeza y suntuosidad podrian figurar bien, no solo en aquella capital, sinó en cualquiera de América ó Europa. He de citar aquí dos, y será el primero el templo y la mision de Jesús, que los PP. dejaron incompleta en el momento de su expulsion. La magnificencia de este edificio revela en el pensamiento de sus fundadores la grandeza que cautiva y embelesa la imaginacion de las almas contemplativas y generosas. Los que miran aquella majestuosa sucesion de pórticos, patios y columnas; los que admiran aquellos soberbios muros que retan desnudos y en pié las tormentas y los aluviones, y los que no paran de elogiar el primor y la maestría de las bóvedas y de los arcos que los sostienen, no ven simplemente lo material del edificio, ni admiran su armonía con las reglas del arte que lo dirigen, conducen su pensamiento hasta penetrar en el de sus autores y en el gran libro que le abren tanta diligencia empleada, tantos materiales acopiados y tantos estudios hechos con tanta meditacion para llevar á cima aquella obra, descubren indubitablemente el plan que se propusieron.

Una gran poblacion, que aumentándose cada dia se agolpaba al rededor de la mision; una gran poblacion, vuelvo á decir, que pedia á sus directores con el pan cotidiano la educacion y el trabajo; una gran

sociedad fundada sobre cimientos cristianos y gobernada tambien por los principios cristianos; una sociedad, al cabo, en cuyo corazon ardia viva é inflamada la fé, me demuestra sin tropiezos ni vacilaciones cuál debia de ser el fin que se propusieron los jesuitas al echar los cimientos de obras tan sublimes y agigantadas, y tan sorprendentes como la de Jesus.

Al lado de éste, se me antoja poner el templo y la mision de Santa Rosa, que, infinitamente inferior al de Jesus, se alza por su grandeza y sus ornamentos á todos los demás que se hallan en el Paraguay. El que haya visitado estos edificios y observado la solidez de su arquitectura, la belleza de su forma, la elegancia de sus adornos y la unidad admirable de su plan, y se vaya luego á los tiempos en que se fabricaron, reconocerá como muy adelantados en las artes á los hombres que los ejecutaron. Hoy, despues que ha fenecido casi un siglo, cuando las artes han volado á la mayor maravilla, y cuando los adelantamientos en la mecánica, en la arquitectura y en la maquinaria permiten que se construyan obras que un siglo atrás se hubiesen juzgado imposibles, en el Paraguay no se ha encontrado quien pudiera dirigir la construccion de un templo sencillo. Y un siglo atrás habia allí arquitectos tan diestros y habilidosos que ejecutaban obras como las de Jesus y Santa Rosa. Cuando el entendimiento reflexiona sobre verdades como estas, conoce claramente ese choque continuado á que está sometida la especie humana en todos los paises y bajo todos los climas de la tierra. Algunos hombres, empeñados en hacer el bien, empujan á los demás, y aun á pesar suyo muchas veces, los obligan á marchar adelante en la moral, en las artes y en todo cuanto contribuye á su ventura; al paso que otros, condenando la conducta noble y generosa de aquellos, trabajan por enclavar la barbarie sobre la civilizacion, y persiguiendo á los verdaderos bienhechores

del género humano, desean que desaparezcan las mas bellas obras que estos legaron á la tierra. Contemplando los suntuosos restos del Jesús, se comprende aquella verdad en toda su estension. Sobre los muros han crecido árboles que los arruinan; las bóvedas rotas soportan infinitos arbustos; el pavimento destinado á servir de templo á la Divinidad se ha trasformado en espesa selva, y todo el trabajo de años dilatados ha perecido.

Los enemigos de la Compañía, que no pueden negar los servicios que á la religion y á la sociedad prestaron los jesuitas del Paraguay, forjaron contra ellos grandes calumnias para despojarlos de la proteccion de los soberanos y del amor de los pueblos. Los jesuitas que convirtieron aquella region no eran segun ellos, mas que especuladores que se enriquecian con la sustancia de los pueblos; no gobernaban á estos con leyes sancionadas por algun poder legítimo, sino que los tiranizaban á su antojo; predicaron algunas veces la rebelion y fueron sorprendidos alguna vez capitaneando rebeldes y con las armas en sus manos. Así hablan los que no consultaron ni leyeron la historia de la época que dice relacion con aquellos hechos. Yo que los he conocido en las fuentes mas verídicas é imparciales, me hallo lejos de apoyarlos, y antes bien vivo convencido de que el triunfo de los calumniadores de los jesuitas del Paraguay, que trabajaron por su extincion, causó la ruina moral y el completo retroceso de este pais, digno de suerte mas afortunada.

Entre las calumnias que forjaron contra los jesuitas sus enemigos, una fué que trabajaban por emancipar al Paraguay, coronando un rey nacional tomado de la familia indígena que gobernaba las tribus al tiempo de la llegada de los españoles. En el suntuoso templo del Jesús veian estos el palacio real; en los naturales, organizados en milicia activa por una

cédula del rey de España, la fuerza que debia sostenerlos, y en los Padres de la Compañía los consejeros y ministros de la monarquía. La fábula del proyecto de constituir con el Paraguay y con las misiones de Corrientes una monarquia, fué una de las imposturas que urdieron Pombal y el conde de Aranda para influir en el ánimo de monarcas débiles y arrastrarlos á obrar segun sus intenciones. Solo en estos antecedentes deberé buscar el orígen de aquellas invenciones.

Cuando se trata de conocer hasta qué punto son felices los pueblos, no solamente ha menester observar su situacion presente y los elementos que se adunan para hacer esta mas ó menos feliz, sino compararlos con otras que atravesaron esos mismos pueblos durante su vida social. Algunos han creido un hermoso episodio lo que se ha escrito sobre el gobierno de las misiones del Paraguay, que durante casi dos siglos estuvo administrado por los Padres de la Compañía.

Tan bella y unida se observó allí la causa cristiana, que sorprendia ser una sociedad formada, no ya de muchos individuos, sino de muchas familias y aun de muchos pueblos, que marchaban de una manera tan perfecta. Sólo al cristianismo está reservado este poder, y yo pregunto: ¿Fué mas feliz el Paraguay sometido al régimen de los jesuitas, ó lo ha sido despues, cuando proclamada su independencia se ha gobernado por leyes y mandatarios instituidos por él mismo? Vamos á verlo; los hechos lo dirán; yo referiré lo que he observado, y la respuesta la deducirán mis lectores.

La expulsion de los jesuitas fué el principio de una série de calamidades, de contratiempos y de ruina para el Paraguay. Los que nada buscaban persiguiendo á los jesuitas fuera de sus propios intereses, no lograron su objeto, por que sus tesoros, que

suponian acopiados en las arcas de los misioneros, no existian sino en ciertas imaginaciones exaltadas al mismo tiempo que crédulas. Los que veian para sus granjerías nuevas regiones que habian de darle ganancias maravillosas, se ahogaron en sus propias esperanzas por el carácter de los indíjenas, que los obligó á alejarse de los pueblos y renunciar al trabajo y al comercio, cuando les faltó el evangélico estímulo de sus misioneros, y los hombres de la administracion, en fin, que pensaron en sus criaturas, luego que hubo un país mas que gobernar y nuevos empleos de que disponer en él, nada encontraron cuando llegó el tiempo de tomar razon de esos pueblos, antes tan ricos y florecientes. El territorio de misiones tardó poco espacio en tornar á la barbarie despues que fueron expulsados los que habian enseñado la fé y la civilizacion.

La política pedia que el lugar que dejaban los jesuitas se ocupara inmediatamente, y esta fué tambien la intencion del rey de España cuando los echó del Paraguay. Mas era compromiso árduo y apretado llenar aquellos sitios con hombres dignos de sustituir á los que los habian ocupado. No quiero tocar pormenores que puedan herir á Gobiernos y á corporaciones que estoy en obligacion de respetar, y mucho mas cuando lo que podia decir, con mas grande elocuencia lo esplica el hecho que presenciamos de las misiones abandonadas y á sus fieles en entera dispersion. Los campos de donde antes se exportaban grandes cantidades de tabaco y yerba-mate, hoy están incultos y no dan, ni al gobierno ni á los especuladores, mas ventajas que las que ofrecerles pueden los valles y las selvas del Gran Chaco. De este modo la Providencia da á los soberanos y á los pueblos lecciones que les enseñan á no poder destruir las obras que ella inicia y desenvuelve, sin prepararse para soportar las consecuencias de su proyecto temerario.

Grandes fueron los esfuerzos del rey para sostener las misiones y los pueblos fundados por jesuitas en el Paraguay, y bien claramente lo demuestra una série de reales cédulas comunicadas á los capitanes generales del Plata de Buenos Aires, al obispo de la Asuncion y al Gobernador de aquella misma provincia. En ellas se dan las órdenes mas terminantes para proveer á las misiones de párrocos, para nombrar corregidores celosos y «capaces de llevar adelante los trabajos que existian por concluir,» para atender al mantenimiento de las escuelas establecidas y para no omitir medio que contribuyese á dar vida á los establecimientos que sostenian los regulares de la Compañía. Pero no todo lo pueden los gobiernos, ni los recursos de la administracion son eficaces en todos los casos. La voluntad de un soberano muchas veces consigue menos que la de un particular, y los reales decretos que salen de palacio para producir su efecto al otro lado de los mares, dan el mismo resultado que el puñado de arena tirado al mar con objeto de cegarlo.

No meditaron bastante los que, alucinados por relaciones apasionadas, escribian: «Si Muratori y Chateaubriand hubiesen conocido los pormenores de las misiones del Paraguay en la época de su espulsion, en vez de los elogios de que las colmaron en el *Cristianismo feliz* y en el famoso *Genio del Cristianismo*, habrian vuelto atrás despavoridos.» Muratori y el vizconde de Chateaubriand, al pintar con bellísimos colores las escenas patriarcales que se realizaban en las márgenes del Paraguay y en el seno de las naciones cuyo nombre antes ignoraban los europeos, conocian los negocios que precedieron á la extincion de la Compañia, y que apreciaban en su debido valor las relaciones que del Paraguay, del Brasil y de Méjico escribian contra ellos hombres apasionados. Es muy mal modo de objetar hacer deducciones sobre hipó-

tesis que ofenden la ilustracion y la cordura de escritores universalmente reputados como sábios y como políticos honrados. Ni el vizconde Chateaubriand, ni el profundo Muratori habrian celebrado con el entusiasmo del poeta y el aplomo del político la realizacion de la *República cristiana* en las misiones del Paraguay si el reverso del desinterés, de la abnegacion y de la constancia que asombran encontrasen indicios que les llenasen de horror y les hiciesen volver la cara inmediatamente.

Hago aquí punto á mis digresiones históricas para entrar otra vez en las peripecias de mi viaje.

Embebido en estas reflexiones que acabo de apuntar me hallaba, contemplando la grande estension del Chaco que podia dominar mi vista, cuando se me presentó un soldado de la escolta, anunciándome que S. E. el señor Presidente de la República me llamaba. Me aderecé de manera convenible, pasé á su residencia, dieron aviso de mi llegada, y me recibió Don Cárlos en una habitacion reducida, sin mas adornos que media docena de sillas de madera, una mesa antigua cuadrilonga cubierta de muchos papeles, con todos los menesteres para escribir, y un sillon de cedro con asiento y espaldar de cuero, que era la silla curul que ocupaba la presidencia en el momento de recibirme. La habitacion estaba alumbrada por la puerta que daba entrada y por una gran ventana baja que daba vista á un gran patio con varias macetas de flores y dos grandes naranjos.

Saludé cortesmente á la autoridad suprema de la República, la cual me brindó con una silla y me indicó que me sentase á su lado, y comenzó el diálogo de la siguiente ó parecida manera:

—Estoy muy pesaroso, me dijo.

—¿Y por qué? le pregunté.

—Tengo á mi esposa indispuesta, añadió; comió ayer tarde unas cuantas rajas de sandía, no tuvo la

precaucion de beber despues un poquito de aguardiente, como es uso en el país, y la tengo sufriendo mucho con grandes evacuaciones, que pueden degenerar en disenteria, y esta enfermedad cuando empieza, ó termina muy tarde, ó acaba con el paciente.

Y yo le dije:

—Siento la indisposicion grave de la señora, estrañando que siendo hija del país no tomase las precauciones de uso en la tierra en que ha nacido, uso del cual tomaré yo apunte para saber lo que debo ejecutar en casos análogos

Y el Presidente me dijo:

—Le haré á vd. una advertencia, no obstante, ó le presentaré caso en el cual pueda vd. sin necesidad de esos preparativos, comer impunemente todas las frutas del país por indigestas ó nocivas que sean. Siempre que vd. las coma en ayunas estará vd. libre de un fracaso.

Agradecí la advertencia, y como en estas cosas nos deteníamos demasiado, comencé á sospechar que S. E. se habia servido llamarme para darme avisos higiénicos que me preservaran de algun contratiempo; pero cesó la plática de este sentido, y me dijo:

—¿Sabe vd. que Pancho ha venido?

Quedé un rato suspenso, pero al fin adiviné que queria anunciarme la llegada del general su hijo don Francisco Solano, de lo cual me holgué interiormente. Me manifestó que habia sido muy oportuna su venida, porque teniendo que entrar en litigio diplomático con el Imperio del Brasil, que amenazaba al Paraguay con una escuadra, las luces de Pancho y las mias podrian servirle de mucho para salir de aquel conflicto.

Las causas de esta desavenencia ó rompimiento las diré mas adelante. Yo manifesté al Presidente mi contentamiento por la arribada de mi amigo el general, y le dí las gracias por el buen concepto que

de mí habia formado al quererme ingerir como auxiliar en asunto tan levantado, aun cuando le manifesté de paso, que mis luces en negocios diplomáticos habian de ser muy opacas, porque no estaba muy versado en asuntos de cancillería, y que aun cuando habia estudiado derecho internacional jamás habia puesto en práctica mis conocimientos.

Me respondió don Cárlos que yo era muy modesto, que ya habia hablado con Pancho, y que le afirmó en su nocturna conferencia que yo era una *perla escondida*, y yo inclinaba la cabeza en señal de agradecimiento por tan inmerecido parabien, y el Presidente añadió:

—Ya daremos entre todos cuenta de los *macacos*.

Chocóme la palabrilla *macaco*, y me atreví á preguntarle quiénes eran, y el Presidente me contestó que en su país se acostumbraba á poner adjetivos de esta clase á los estrangeros, y que *macacos* queria decir *brasileños*, para asemejarlos á los monos: que á los italianos se les denominaba *carcamanes*, á los ingleses *gringos* y *gabachos* á los franceses. Yo que al pasar por Buenos Aires habia sabido que los españoles tenian el calificativo de *godos* y *gallegos*, pregunté si el Paraguay habia dado tambien en la gracia de agasajarnos con algun epíteto, y respondió el Presidente.

—No, señor; aquí los españoles son considerados, porque como yo soy nieto de español y todo cuanto he podido saber se lo debo á España, respeto á esa nacion y considero á sus naturales, y notará vd. que mis paisanos todo cuanto hay bueno en el país dicen que es de Castilla. Y hablando con franqueza, no es España acreedora al afecto que yo la tengo.

—¿Por qué? le pregunté.

Y D. Cárlos me respondió:

—Porque su Reina de vd. no se ha portado bien con mi hijo Pancho.

—¿Pues qué le ha hecho mi Reina? pregunté asombrado.

Sabe vd., prosiguió que nombré á mi hijo ministro plenipotenciario de la República del Paraguay cerca de la reina de Inglaterra, del Emperador de los franceses y de la reina de España. En todas las potencias ha sido bien acogido y ha presentado sus credenciales, y solamente á su Reina de vd. se le antojó decirle que no podia recibir como enbajador estranjero á un súbdito suyo. ¿Quiere vd. mayor insolencia? Al fin mujer, y como tal orgullosa y vana.

—Señor, le interrumpí; suspenda usted sus calificativos, y piense ante todo que mi Soberana no es el Presidente de la República del Paraguay, y que ella no es responsable de lo que hacen sus ministros. Estoy seguro que mi Reina nó ha sabido que su hijo de vd. ha estado en España, ni que ha solicitado presentarse á ella con el carácter de embajador. Lo habrá sabido únicamente el Ministro de Estado, y éste, viendo que el Paraguay desde que se proclamó independiente de la Metrópoli no ha pedido su reconocimiento como las otras Repúblicas, no ha querido que S. M. recibiese cómo enviado estranjero á un individuo natural de un territorio rebelde, cuya independencia no ha reconocido.

—Es decir, replicó D. Cárlos, que su Reina de vd. habria querido que yo la hubiese dicho: «Me he rebeladó contra ti; perdóname, y despues que me hayas perdonado recíbeme.» ¡Pues estaria bueno el negocio! ¿Cómo quiere vd. que yo pasase por semejante humillacion?

Y yo le repliqué:

—Señor Presidente, menos vehemencia y mas razones. Casi todas las Repúblicas, menos algunas y la del Paraguay, han pedido al gobierno de la metrópoli su reconocimiento, y no en los términos humillantes que vd. supone, porque nunca faltan en el ca-

tecismo diplomático frases ó locuciones con qué, sin justificar la rebeldía, se pida el asentimiento á un hecho consumado, mayormente hoy que están tan de moda. El gobierno español, que no puede aspirar á la reconquista de sus antiguos dominios, antes bien procura tener amigos aun en las mas apartadas regiones, ha reconocido la independencia de estas Repúblicas, con la condicion de que paguen ciertas deudas sagradas, ciertos quebrantos que recibió la metrópoli en el momento de la emancipacion, y de comun acuerdo se ha concertado la manera de verificar estos pagos, bien en plazos, bien en esta ó aquella forma, y despues, la República por su parte y España por la suya han nombrado sus respectivos cónsules, ministros ó embajadores, que ya han podido tratar de potencia á potencia. Asi ha pasado en Méjico, en Venezuela, Chile, Perú, Costa-Rica, Buenos-Aires, Montevideo, etc.

Conocí que el Presidente habia quedado algo reflexivo y suspenso, supuse que mis reflexiones le habian convencido por que le habian parecido aceptables; pero deduje por su respuesta que cosa más pueril le tenia sobrecogido. Al cabo de un gran rato exclamó :

—¿Me ha dicho vd. que su Reina ni noticia tendría de que mi hijo Pancho estaba en Madrid?

—Sí, señor repuse; lo repito; lo habria sabido si, arregladas las cosas en los términos que he referido y verificado el reconocimiento, se lo hubiese llevado á S. M. para que lo firmara y de paso la habrian pedido dia y hora para recibir en audiencia al ministro del Paraguay para el acto de presentar sus credenciales. La Reina le habria recibido con la pomposa ceremonia de uso en las grandes monarquías, y tratado despues al enviado con la cortesía y el cariño con que esta ilustre señora recibe y agasaja á todos los enviados extranjeros.

—¿Es decir, que allí los ministros lo hacen todo, y la Reina es un cero á la izquierda? Así andará ello. Con razon me ha dicho Pancho que España es un país desventurado. Por ese camino, amigo mio, se va á la anarquía, á la perdicion.

Yo entonces sonreí y el Presidente frunció el ceño y me preguntó:

—¿Porqué se rie vd.?

—Señor, le contesté, ¿no quiere vd. que me ria, cuando estoy oyendo al Presidente de una República hacer la mas brillante apología de los gobiernos, no digo absolutos, sino despóticos?

—Veo, me interrumpió, que viene vd. con resábios liberalescos, y le aconsejo que en mi país se vaya vd. muy despacio con esas ideas, que son contagiosas. Se lo advierto, porque entonces vamos á dejar de ser amigos.

—Sr. Presidente, le dije, ignoro cuál vaá hacer mi empeño en esta República; sea cual fuere, vere de cumplir con mis deberes, considerándome como un estranjero á quien debe interesarle poco la política de una nacion estraña.

Como le ténia preocupado la autoridad de nuestros ministros, sin dar atencion á lo que yo le decia, se santiguaba y decia:

—¡Qué Reina, quéReina la de España! Permitir que sus ministros barajen la nacion como se les antoje; falta de energía para darles un puntapié y decir: «Aquí mando yo:» sujeta á la voluntad de cuatro badulaques, á los cuales paga para que se rian de ella. Tambien es verdad que ella todo lo consiente porque segun me ha dicho Pancho, es muy dada á los entretenimientos....

—Señor Presidente, le dije poniéndome de pié, antes que sus consideraciones sean mas ofensivas, le interrumpo para manifestarle que es poco cortés, poco generoso agredir á una soberana, á una señora,

en presencia de un súbdito suyo, que no tiene mas escudo para defenderla que la prudencia de su interlocutor; y si ésta falta, no sé hasta dónde podria llegar la desventura del hombre que le dirije la palabra en este momento, que está resuelto á todo antes que consentir que se ultraje á su Reina.

—Siéntese vd., me dijo D. Cárlos, y recobre su serenidad: y le diré que me ha gustado esa actitud, y me ha sorprendido tanto mas ágradablemente, cuanto que lo hice para probarle y ver si era vd. de igual calaña á unos cuantos españoles que residen en la Asuncion, y que se han enriquecido á fuerza de bajezas; y en los cumpleaños ó aniversarios de nuestra independencia han asistido á nuestras ceremonias, se han puesto en los sombreros la cucarda con los colores nacionales, han dado bailes en nombre del *Comercio estrangero*, me han victoreado, y algunos de ellos me han compuesto versos como los que voy á mostrar.

Tiró de un cajon, sacó una hojita impresa, me la entregó y leí unas coplas, que no tenian firma, en pró de la independencia paraguaya, con su cortejo de maldiciones contra la tiranía de España. Deploré que un español hubiese escrito aquellos versos, tan malos en su forma como torpes en su séntido. Añadió el Presidente que me diria su nombre, y que habria de conocerle, porque era comerciante establecido en la Asuncion; pero me opuse á esta revelacion, porque no queria entrar en aquel pais odiando á ningun compatriota.

—A todo esto, me dijo D. Cárlos, no le he dicho cuál es el objeto principal para el cual le he llamado.

—Estoy á las órdenes de vd., le repuse; y añadió:

—Ante todo, quiero hacerle dos advertencias. Es la primera, que no ha de revelar á nadie la conversacion que hemos tenido. No por echarla de patriota

vaya vd. á lisonjearse que para volver por los fueros de su patria y de su Reina, vaya vd. á decir que me ha respondido con brios, que no hay un paraguayo que me haya levantado los ojos de mala manera, que no lo haya mandado fusilar inmediatamente. Esto no es una amenaza, sino una advertencia, que apreciará vd. en lo que vale. La otra es, que cuando estemos solos puede vd. hablarme como guste; pero que delante de mis paisanos, sean ministros ó particulares, no se olvide vd. de darme tratamiento, que tomarian por acto de insubordinacion, y yo me paro mucho en cosas menores para evitar las mayores. Somos amigos y seguiremos siéndolo. Vd. es digno de toda mi confianza y ahora voy á darle una prueba de ello. Aquí se publica todos los domingos por la mañana un periódico que se llama *El Semanario*, que no tiene mas redactores que yo. Mientras vd. se encarga de esta publicacion ó de otra que nos haga al caso, quiero ver cómo vd. se las maneja en la redaccion al estilo nuestro. Le mandaré á vd. luego una coleccion de lo que va publicado para que se entere de nuestras cuestiones *palpitantes*; pero mientras tanto póngame vd. un parrafito de primor redactado á lo español moderno acerca de una ejecucion que se ha verificado hoy al amanecer contra un desgraciado que ha sido pasado por las armas por un desacato de lesa República. Encarezca vd. la disciplina, la obediencia al poder supremo, y comente vd. las consecuencias que traen los desacatos contra el supremo poder de la República.

Y alargando la mano sobre un estremo de la mesa, cogió un legajo de papeles, me lo entregó, y me dijo:

—Ese es el proceso, repáselo vd., entérese, tome la sustancia, y haga el párrafo que le he dicho para mandarlo á la imprenta esta tarde misma.

Se levantó, inclinó la cabeza, me despedí desean-

do el alivio de la señora, y me retiré á casa con el legajo.

No repasé el proceso, sino que le leí de punta á cabo, y arrojando los escritos sobre la mesa, comencé á dar paseos como un desesperado, y juré ausentarme del país embarcándome en el primer buque que diese pasajes para Buenos Aires.

Seria curioso trasladar aquí íntegro el proceso para observar los trámites de la causa tan desatinados como abusivos, y mas abreviados que los que podemos seguir nosotros en un consejo de guerra en campaña; pero voy á separarme de la fórmula judicial para narrar la sustancia del suceso que dió márgen á una bárbara sentencia que es como sigue:

Residia en el pueblo de Itapuá, distante unas seis leguas de la capital de la República, D. Cipriano Salcedo, modesto hacendado, poseedor de unas setecientas cabezas de ganado, de algunas fanegas de tierra, que cultivaba para la plantacion del tabaco, y de una modesta casa de planta baja situada en la poblacion, que allí llaman comunmente capilla. Honrado y laborioso, no tenia otro defecto que ser excesivamente dado á las apuestas en las carreras de caballos, de los cuales poseia tres ó cuatro, que alimentaba con singular esmero y los dedicaba exclusivamente á este ejercicio; debiendo yo asentar aquí que en las carreras de caballos encuentran los paraguayos su mas grato divertimiento, asi como en las riñas de gallos.

Existia en el mismo pueblo de Itapuá un comerciante transeunte, natural de la provincia de Corrientes, que poseia un caballo de nombre *Zaino el corredor*, que era la maravilla de los inteligentes y el pasmo de los aficionados, con que celoso D. Cipriano de que hubiese en el pueblo un potro que llevase el nombre de corredor, creyó que recibian ofensa grave los cuadrúpedos de su propiedad, á los cuales

él podria apellidar *voladores*, mayormente cuando uno de los tres, denominado *Mala-cara*, podia disputar sus piernas con todos los caballos del mundo conocido, aun cuando fuera el mismo Pegaso. Entró en pláticas con el residente correntino, demostrándole que él no podia consentir que hubiese en todo el partido caballo alguno que se denominase corredor sin acreditarlo en la *cancha* (palenque), que era el teatro donde quedaban vivas ó fenecidas estas vanidosas reputaciones.

El correntino hubo de sacar la cara por su animal y aceptó el reto de D. Cipriano, y establecida la apuesta, se nombraron padrinos ó jueces que decidieran el trofeo, y se aguardó al primer domingo para llevar á cabo el duelo, y como faltaban dias para el término de esta festividad, circuló la noticia por todo el partido y el concurso fué bastante numeroso. Verificóse la carrera, y fué para D. Cipriano Salcedo la victoria, que además del trofeo se llevó trescientos pesos, que fué el pacto estipulado y la recompensa del vencedor; y ocioso es decir que la alegría del itapuano no tuvo término cumplido.

Orgulloso con su victoria, dió un banquete rural á los padrinos y á varios amigos, y se excedió tanto en la bebida, que puso en estravío lamentable su razon, y le tuvieron que llevar á su casa para ver si el sueño moderaba la candela de su estravagante regocijo. Le dejaron solo y sin mas custodia que el cuidado de una anciana mulata, que desde que enviudó le arreglaba las cosas domésticas: conque á las diez de la noche le vino en antojo salir á la plaza sin mas atavíos que la camisa, manía perseverante y obstinada, á la cual no pudo poner tropiezos el juicioso razonamiento de la mulata, y destruyendo Salcedo la débil muralla que se ponia delante de su loco propósito, abrió la puerta, se fué á la plaza, y alumbrado por los vapores del vino y por los rayos de su despejado

plenilunio, comenzó á danzar por su vencimiento, sin mas compañero en su vacilante triscar que la sombra de su cuerpo, que oscilaba sobre la arena, y sin otro canto que una continuada esclamacion de júbilo que decia: «¡*Viva mi Mala-cara, el caballo mas corredor del Paraguay*!»

El silencio de la noche contribuyó á que fuese mas notado el bullicioso contentamiento de D. Cipriano y desveló al jefe de Urbanos que residia en la plaza, y como la segunda autoridad del pueblo y cuidador del órden público, se levantó de la hamaca, se aderezó con livianos arreos, porque asi lo permite la docilidad del clima, se fué á donde estaba el alborozado Salcedo, y le amonestó levemente para que no escandalizase. Pero D. Cipriano, que en aquella situacion no veia límite natural que detuviese su júbilo, respondió al jefe de urbanos que hacia uso natural de su victoria, y que la celebraba segun le parecia, puesto que á nadie ofendia, ni aun á la moral pública, puesto que, si estaba en paños menores, hasta entonces no habia tenido mas testigos que la imprudencia de una autoridad escrupulosa y tirana que venía á entorpecer los impulsos de su voluntad. El jefe de urbanos se amostazó, y lo que al principio habia sido consejo se convirtió en admonicion y mandato terminante, y entonces Salcedo dió su primer paso de rebeldía con frases algo descompuestas. El jefe de urbanos, queriendo que ni la luna fuera testigo de aquel ataque al principio de autoridad, asió de un brazo al desobediente Cipriano, le llevó al cuerpo de guardia y le metió de piernas en el cepo.

Cuando Salcedo se vió en aquella condicion humillante y lastimosa, dijo estas terminantes palabras, que constan en el proceso: «*No tienes tú la culpa de lo que me pasa, sino el añaraí tripon que nombra autoridades tan imbéciles.*» La palabra *añaraí*, que pertenece al *guaraní*, quiere decir *diablo*; pero colocada en la

oracion que he subrayado, tiene una fuerza que no puede expresar su simple traduccion. Asustóse el jefe de Urbanos al oir tal desacato contra el poder supremo de la República, y salió desalentado y sin alma fuera del cuerpo de guardia, y se fué á casa del Juez de Paz, á fin de que, como justicia de mayor cuenta y mas versado en asuntos legislativos le sacase de aquella conturbacion y definiera el castigo de tan estupenda alevosía contra el primer magistrado de la nacion.

Tengo que advertir á mis leyentes que los jueces de paz de la República del Paraguay son legos; los elije el Presidente; es un cargo gratuito que impone la presidencia unas veces como un castigo, y las mas como ocupacion asídua y forzosa, para que algun labrador que se va enriqueciendo tenga que desatender su hacienda y experimentar quebrantos por acudir á los asuntos del Estado. Este cargo, á mas de molesto, es sumamente gravoso, porque los infelices que lo ejercen, como son naturalmente nulos, tienen que valerse de asesores para dictar sus providencias, los cuales exigen su estipendio; y como escasean estas inteligençias privadas, sucede casi siempre que un desdichado Juez de Paz tiene que coger el expediente iniciado en su Juzgado, montar á caballo y buscar al Asesor, que reside siete, diez y hasta veinte leguas distante de su distrito; y téngase en cuenta que este asesor no es ningun abogado, sino algun *leguleyo* ó algun hombre que por curiosidad es aficionado á la lectura, y quien á fuerza de practicar ó empapado en el Diccionario de legislacion, ha logrado alguna práctica en asuntos forales.

Como iba diciendo mas arriba, el gefe de Urbanos encontró al Juez de Paz, al representante de la ley, jugando al monte en su casa con unos diez ó doce itapuanos. Llamóle y le refirió el suceso de Cipriano. Era tan grave el asunto, que se interrumpió

la banca, y quedaron solos el juez y el gefe; pero por mas que deliberaban no acertaban con lo que hacerse debia. Y decia el jefe de Urbanos:

—Yo perdonaría á Cipriano, porque sé que cuando duerma la mona se ha de doler de lo que ha dicho; pero ¿y si alguno le ha escuchado? Pueden decírselo á S. E. y puede mi tolerancia costarme la torta un pan.

Convino el juez en ello; pero para que la decision tuviere el lance que necesitaba, se llamó al mayordomo de la iglesia, que es la tercera antoridad del pueblo y reunido el triunvirato, y despues de muchas deliberaciones se convino en no resolver nada, sino limitarse á dar cuenta al Presidente de lo ocurrido, y que el Poder Ejecutivo determinase mejor, con que se redactó la comunicacion de la siguiente manera:

«¡Viva la República del Paraguay! ¡Independencia «ó muerte! — Excmo. señor: — El infrascrito, Juez «de Paz de la villa de Itapuá, impresionado del ma«yor conflicto, tiene la honra de poner en conoci«miento de V. E. que el ciudadano Cipriano Sal«cedo, natural y vecino de Itapuá, pasto indecoroso «de la embriaguez, se atrevió á escandalizar á las diez «de la noche en medio de la plaza pública entonando «cánticos á su caballo *Mala-cara* y como el gete de «Urbanos le amonestase, el Cipriano apeló á la in«solencia de las palabras y demas descartes propios «de la embriaguez. Entonces el digno gefe de Urba«nos le puso en el cepo, y en lugar de corregirse pro«nunció otras palabras mas denigrantes, diciendo «estas, sobre las cuales llamo la atencion de V. E.: «*No tienes tú la culpa de lo que me pasa, sino el añaraí «tripon que nombra autoridades tan imbéciles.*»

«Como en estas expresiones ve el insfrascrito un «atentado horrible y desacatado contra el poder su«premo de la República, cree que á la suprema auto-

«ridad de la República corresponde su escrutinio pa«ra dictaminar lo que mejor parezca en justicia.

«Dios guarde la importante vida de V. E. muchos años.—Itapuá, etc.»

Redactado de este modo el oficio, se previno un propio que allí llaman *chasque*, y al amanecer salia á todo galope con el pliego.

Mientras tanto Salcedo, aun cuando libre del cepo, continuaba vigilado en el cuerpo de guardia, que sereno y reposado, y sin olvidar sus frases ofensivas contra el Presidente, al par que las confesaba, pedia perdon por ellas, y aseguraba que jamás estando sereno habria maltratado al poder, que obedecia con gusto y acataba reverente.

Cuando leyó don Cárlos la comunicacion, puso al márgen del escrito estas textuales palabras á guisa de decreto: «Venga á la capital inmediatamente ese «traidor villano con una barra de grillos y con la cor«respondiente custodia, y entréguesele al alcaide de «la cárcel, dándoseme cuenta de su llegada.—*Carlos Antonio Lopez.*»

Cumplióse la órden del Presidente; diéronle cuenta de la llegada del delincuente. El escribano de gobierno le tomó declaracion. Salcedo confesó su delito pero repitió que se arrepentia; que no estaba en su cabal juicio cuando pronunció aquellas palabras. Esta declaracion pasó á manos del Presidente, y puso á continuacion: «Ratifíquese el reo Cipriano Salcedo en «su anterior declaracion, y devuélvase al Poder Eje«cutivo.—*Lopez.*»

Ratificose Sàlcedo, insistiendo en su contricion, y el Presidente dictó la siguiente providencia:

«Visto: Considerando que el reo Cipriano Salcedo «convicto y confeso, no solamente ha quebrantado el «Reglamento de Policía, escandalizando torpemente al «vecindario, sino que se ha rebelado contra los dele«gados del Gobierno de la República;

«Considerando que ha llegado su torpeza al irra-«cional estremo de prorrumpir en denuestos crimina-«les contra el poder supremo del Estado y que seme-«jante desafuero debe ser castigado con las penas «que se imponen contra los detentadores del reposo de la nacion,

«Condeno al expresado reo de alta traicion, Ci-«priano Salcedo, á la pena de muerte, que mañana «sufrirá al amanecer en el Potrero del Hospital, «prévios los auxilios espirituales, que recibirá como «cristiano.»

Con efecto, á las cuatro y media de la mañana fué pasado por las armas D. Cipriano Salcedo, y para dar cuenta de esta horrible ejecucion en el periódico *El Semanario* me habia llamado el Presidente.

CAPITULO VIII

LA LOCA

Antes que á la casa del Presidente, con el proceso me encaminé á la del General Lopez, á fin de felicitarle por su llegada y de hacerle algunas reflexiones respecto al encargo que su señor padre me habia encomendado. Recibióme con el agasajo natural de hombre que, por haber ya visitado las principales capitales de Europa, habíase hecho dueño de esa cortesía en la que ¡hay mas ceremonia que cariño. Le manifesté sin rodeos que la lectura del proceso que llevaba en la mano me habia horrorizado. Se manifestó curioso por saber los pormenores que contenian aquellos papeles, y le hice con breves razones la historia del sentenciado y ejecutado, y le añadí que no me encontraba dispuesto para encarecer un acto que con apariencias de justicia no hallaba mas que abuso criminal de un poder que jamás pude concebir en una República.

El jóven general acarició mis reflexiónes, pero dijo al mismo tiempo que el daño estaba hecho, y que si él hubiese arribado antes se habria evitado la catástrofe; que, andando el tiempo, él y yo iríamos dulcificando el rigor de la magistratura, que no habiendo tenido mas precedente que la dictadura de su antecesor, seguia sus huellas, y que en verdad la presidencia de su padre era dulcísima y tolerante en comparacion de la que ejerció el doctor Francia.

Le dije que cualquiera que fuese la oracion que se redactase para dar cuenta de aquel suceso, como habia yo llegado á entender que el periódico se leia en el exterior, desacreditaria á la primera autoridad paraguaya, y convinimos en redactar el párrafo de manera que, sin revelar el pecado venial del fusilado, se diese cuenta del castigo solamente y escarmentasen en él los paraguayos, únicos sabedores de la culpa y á quienes debia aprovechar el correctivo para que otra vez no fuese el primer magistrado de la República asunto de feos calificativos. Redacté el párrafo de la manera concertada; obtuvo la aprobacion del jóven general, y se encargó de llevarlo él mismo á su padre y hacerle las reflexiones que viniesen al caso, pero con cierta maña, porque era hombre enemigo de toda contradiccion y le arrebataban las reflexiones opuestas, conceptuándolas como actos de rebeldía.

No obstante, me determiné á manifestarle mis deseos de embarcarme para Buenos Aires, porque me parecia que habia de serme muy difícil amoldarme á las costumbres del país; pero el general me suplicó que no partiera, que tenia esperanzas de ver que muy pronto me seria grato residir en el Paraguay. Nos despedimos y me retiré á casa.

Algunos dias despues de este incidente vino á visitarme un ciudadano paraguayo, llamado don Vicente Urdapilleta, hijo de español, persona bien acomodada en la República y de una mediana ins-

truccion. Su visita tenia por objeto, puesto que yo venia de España, saber si yo conocia en Madrid un vizcaino que se llamaba don Ramon Urdapilleta, hijo de un hermano de su anciano padre, que, segun sus noticias, residía en la córte y al cual queria dirigirse para investigar un asunto de testamentaría; pero no fué posible indicarle la manera de hacer esta averiguacion con la puntualidad que él deseaba, mayormente cuando en Madrid no existia representante paraguayo que pudiera facilitar su deseo. No obstante, ofrecíle escribir á un amigo que yo tenía en el Ministerio de Estado y encarecerle el propósito por si podia hacer esta inquisicion.

Agradecido á este ofrecimiento, me suplicó que le seria muy placentero que yo fuese al siguiente dia á comer á su casa, y aun cuando procuré desligarme del obsequio, fueron tan reiteradas sus instancias y tanto el deseo que vi en este hombre de hablarme cosas que me debian interesar, que acepté la oferta y acudí á su graciosa invitacion.

Recibióme con agasajo y cortesanía, pero hube de notar cierta inquietud, cierta zozobra que yo no podia comprender. Su casa era una tienda de lencería y otros efectos, y cuando me recibió estaba detrás del mostrador vendiendo unos anteojos á un oficial militar de edad provecta, que por tener la vista cansada buscaba cristales adecuados que le facilitasen la manera de poder leer y escribir sin entorpecimientos. Desapareció el comprador, me llamó aparte y me dijo con algun misterio:

—«No le haga, señor, cosquillas mi pusilanimidad, ó esta especie de embarazo que en mi persona habrá vd. observado. El tiempo irá disipando en vd. la mala impresion y en mí el encogimiento. Desde que ha penetrado vd. en mi casa sé positivamente que estamos rodeados de diestros y pertinaces espías que han de recoger hasta los soplos de nuestra respiracion para

trasmitirlos al Presidente; que hasta mis sirvientes serán constantes espías que irán escondiendo en su memoria las palabras que soltemos de la boca para llevarlas á la consideracion del primer magistrado de la República. Con que atento y cuidadoso á estas prevenciones que le antecedo, vea cómo piensa y habla, para que en lugar de llevar al Presidente denuestos y murmuraciones, de las cuales cosas se cura y afecta en sumo grado, lleve pláccmes, elogios y ditirambos que hagan llana, fácil y lisonjera la residencia de vd. en mi casa, y á mí me liberte de males y quebrantos que no tendrian término concebible.»

Atónito me dejaron las palabras de don Vicente, y descubrí por ellas que no habian sido exageradas las prevenciones de don Fermin.

Esta conversacion habia pasado en su tienda, delante del mostrador, terminada la cual me condujo á su sala de recibo; mas antes pasamos por un patio donde habia plantado un añoso naranjo y á su lado una ventana con rejas, y detrás de estos hierros vi sentada á una mujer de unos treinta años y de no mal parecer, aunque demacrada, casi desnuda y desgreñada. Cuando vió esta desgraciada que yo habia fijado sobre ella mis ojos, clavó los suyos en mi persona, é incorporándose me dijo con furiosa destemplanza : — «¿No te he dicho, villano, que vayas al *Tacuarí* y que me traigas á mi hijo? ¿Tienes valor para verle descalzo subir por aquellas maromas embreadas y ver sus piés ensangrentados? ¡Mal padre, mal hermano! ¡Coge el cuchillo que lleva Ambrosio en el cinto y asesina con él al Presidente!» A estas últimas palabras vi mudado el color del señor Urdapilleta, que asiéndome dulcemente del brazo me condujo á la sala, y sentándome en un sillon americano de balanceo, inmediato á otra ventana que recibia la luz de aquel mismo patio, cerró la puerta, se sentó á mi lado, y me dijo con apagado y medroso acento estas palabras :

—«Siento mucho, amigo mio, que al penetrar en la República haya vd. tenido la desgracia de pasar por este espectáculo doloroso. La mujer que le ha interrogado con tan siniestras demostraciones es mi esposa.... está demcnte, y le diré la causa.

Tenemos un solo hijo; cuenta catorce años; era nuestro encanto, nuestro afan, y el exclusivo depositario de nuestro cariño. Reunido un domingo á otros muchados de su edad, compró unos cohetes ó petardos, prendiólos fuego á espalda del cuartel, donde pastaba el caballo del hijo menor del Presidente, y asustado el animal rompe la cuerda que le sujetaba, dispara á todo escape, cae en uua zanja cercana al rio y queda el animal inútil. Era el caballo que con mas esmero se cuidaba. Sabedor el dueño de este suceso, é informado del causante de aquella desventura, fué mi hijo arrancado de los brazos de su madre y puesto en clase de grumete en el vapor de guerra *Tacuari*. La pobre madre ha llorado, ha implorado conmiseracion; yo he querido indemnizar con creces el importe del caballo; pero todo ha sido inútil. Su madre ha enloquecido; però ni esta desgracia ha sido bastante para aplacar al supuesto ofendido. Mi hijo viene á tierra de tiempo en tiempo, pero no puede ver á su madre, porque si se afianza al mancebo, le hace de modo que no hay fuerzas para arrancarle de su pecho, y si esto se logra, faltan las necesarias para dominar los ímpetus agresivos de la madre contra todos cuantos la cercan, y á falta de séres á quienes depositar su ira, apela á despedazarse á sí propia, y es necesario atarla con fuertes ligaduras para evitar mayores tormentos.»

En diciendo estas palabras se oyeron las doce, hora consagrada allí á la mesa. Una negra nos avisó de que estaba puesta, y salimos de la sala para encaminarnos al sitio donde nos aguardaba la comida paraguaya, de la cual pienso decir algo en el siguiente :

CAPITULO IX

COMIDA PARAGUAYA

El paraje á donde me llevó don Vicente para comer era otra sala con dos ventanas que daban á una especie de corral, donde habia tambien dos árboles y un palo clavado en el muro, en el cual se sostenia un loro muy hablador, pero que yo no comprendia lo que hablaba, porque se espresaba en *guaraní*, idioma que à la sazon me era completamente desconocido.

Sentámonos á la mesas donde habia, sobre un blanco mantel con cabos de encaje, dos platos grandes de plata maciza, de la misma hechura que los que se fabrican en España del mas tosco pedernal, dos cubiertos del mismo metal y dos trozos de *chipá*, nombre que dan los paraguayos al pan que ellos fabrican, confeccionado con harina de mandioca, leche, huevo y queso, alimento sustancioso, inventado por los misioneros jesuitas cuando carecian de harina de trigo, y al cual han dado la preferencia los hijos del país por encontrarle mas gusto à su paladar.

Vino una negra sin otro vestido que la camisa, sujeta á la cintura por una especie de cinturon de lana de colores, que ellas llaman *chumbé,* y colocó sobre la mesa una gran fuente de barro, á guisa de sopera, llena de caldo y arroz, lo cual me significó que aquella era la sopa; pero sazonada con el sebo de la carne, puesto que despedía un olor poco agradable al olfato y un sabor nada gustoso al paladar. Es necesario dejar pasar mucho tiempo para poderse acostumbrar á saborear sin visible repugnancia este género de comida.

Seguidamente puso la misma negra sobre la mesa otra gran fuente llena de caldo, con muchos trozos

de carne hervida y algunas espigas de maiz cocido, á las que los paraguayos llaman *choclo*; y servido y consumido este plato, nos presentaron en otro extendido un trozo de ternera asada con cuero, que es el asado que mas estiman y festejan los habitadores del país, sea cualquiera su condicion.

Vinieron en pos los postres, consistentes en un plato grande de miel de caña y algunas rebanadas de queso fresco de obeja. No tuvimos vino. Los paraguayos no acostumbran á beberlo en la mesa. No vi en estos condimentos el mas leve asomo de especias ni picantes, de lo cual me felicité, que en aquellos climas estos condimentos así elaborados acrecientan la sed, y el que mucho bebe en las regiones tropicales mata y consume el húmedo radical donde consiste la vida. Tampoco comí demasiado, que todo hartazgo es allí malísimo, pudiendo decir que en toda la comida no asistièron el primor ni la atildadura. Yo ya sabia que en América es necesario comer poco para conserbar la salud y corroborarla.

Terminada la comida, vino una mulata, que á mas de ser muy fea y muy súcia, traia las narices tan arremangadas, que no parecia sino que iban huyendo de la boca, y nos anunció que estaban puestas las hamacas.

Nos levantamos de nuestras respectivas sillas de cuero ó baqueta, y llevóme don Vicente á la sala principal de la casa, donde habia cuatro grandes argollas pendientes de la pared y atadas á ellas los extremos de dos hamacas de algodon, y un muchacho mulato que nos esperaba con un gran aventador en la mano.

Quedámonos en calzoncillos Urdapilleta y yo; nos embutimos cada cual en nuestra respectiva hamaca, y el mulatillo, cuando nos vió acostados, empujó los vacilantes lechos con fuerza para que hicieran oficio de columpio, y comenzó á echarnos aire con el inmenso aventador que tenia en su diestra mano.

Don Vicente que queria conversar conmigo, despidió al jóven, el cual se ausentó dejando entornada la puerta, y cuando nos vimos casi á oscuras y sin otro ruido que el que despedia nuestras respiraciones, dije á Urdapilleta que me asombrába del gran silencio que notaba en su casa y en la poblacion.

Díjome que hasta que sonáran las dos de la tarde la ciudad estaba dormida, y que no era posible transitar por encima de la arena de las calles sin abrasarse los piés y tomar un tabardillo.

CAPITULO X.

UNA SIESTA PROVECHOSA.—LA URA

Díjome, pues, Urdapilleta que era tan abrasador el calor en aquella tierra desde las doce hasta las dos de la tarde, en lo mas rigoroso del estío, que puesto un huevo fresco metido en la arena de la calle y sacado diez minutos despues, se quedaba duro y en disposicion de poderlo comer echándole un poco de sal. Que cortada del árbol una naranja en aquella misma hora y comida ó chupada por alguien, era inevitable y casi instantánea la fiebre y la disenteria mas pertinaz y mortífera, sucediendo lo mismo con el agua que á la misma hora se bebiese, si se sacaba de pozo ú arroyo que no tuviese una corriente violenta y estrepitosa.

A este mismo tenor me fué indicando una infinidad de peligros, que él presumia debérmelos decir anticipadamente para que yo pudiera prevenirlos y no comprometer mi vida por ignorancia, por todo lo cual le dí las gracias.

Conociendo el señor Urdapilleta mis deseos por saber la historia del Paraguay durante su reclusion y dictadura, y preguntándole dónde podria yo recoger

datos y apuntamientos para satisfaccion de mi curiosidad, me dijo:

—El periodo que señaló la dictadura fué tan cruel y salvaje, que fueron pasados por las armas todos los hombres que hubieran podido escribirlo ó referirlo. No queda en esta tierra mas que un hombre que pueda narrarle su historia. Es un venerable anciano, que reside en el campo á unas tres leguas de la capital: está casi ciego, y cuenta ochenta y siete años. Este desgraciado fué sentenciado á muerte despues de cinco años de calabozo; pero la mañana en que debia cumplirse la sentencia, y en momento que le sacaban de la prision para ejecutarle, sonó la tormenta, y las nubes se deshicieron en agua, y mandó el dictador que suspendiesen la ejecucion hasta el siguiente dia, si amanecia sereno.

Al otro dia murió el dictador, y el sentenciado no fué pasado por las armas merced á esta revolucion atmosférica. Salió de su prision cuando fueron declarados libres por el actual Presidente, los demás que estaban encerrados en los inmundos depósitos en que el dictador hacinaba sus víctimas, y se retiró al campo, y allí espera el término de sus dias con la tranquilidad del justo. Es un hombre ilustrado, y el único que podrá satisfacer los deseos de vd.

—¿Es amigo de vd.? le pregunté.

—Es mi padre, me contestó Urdapilleta. El primer dia festivo que venga montaremos á caballo, le llevaré á vd. á la chacra donde reside este pobre anciano español, y con él hablará vd. para que satisfaga su deseo.

Calculen mis lectores lo que debieron regocijarme semejantes proposiciones. En esto vino á turbar nuestro reposo el continuo revolotear de un animáculo, que, dando tropezones contra las paredes y las vigas del techo, produjo un ruido siniestro que nos obligó á incorporarnos sobre nuestras hamacas.

—¿Es un murciélago? pregunté á mi vecino.

—Ahora lo sabremos, me contestó abriendo la ventana.

Y así que estuvo la habitacion alumbrada y él pudo conocer cuál era el animal que volaba, palideció, exclamando:

—¡La ura! ¡Levántese vd. de la hamaca y salga corriendo!

Obedecíle, y fuera de la estancia comenzó á gritar:

—¡La ura! ¡La ura! ¡arriba los que duerman siesta, que está en casa la ura!

Y cerró la puerta por donde habiamos salido. Yo miraba todo esto con espanto; y mas grande fué mi asombro todavía, cuando vi llegar cuatro ó cinco mujeres de color, con cañas y escobones, y dos jóvenes mulatos armados de igual guisa, cubriéndose todos las caras con pañuelos y otros lienzos, y el cuerpo con ponchos, mantas y cueros. Abren la habitacion á donde estaba el enemigo, y todos á una le acosan con sus agresivos instrumentos sin tregua ni reposo, y el animal, aturdido, centuplica sus contronazos, y durante la refriega oigo pronunciar á los batalladores estas y otras palabras:

—¡Ten cuidado, Dominga, que ya se ha orinado!—¡El orin ha caido en la pared!—¡No, sino sobre el suelo!—¡Se habrá orinado otra vez!—¡No te destapes la cara, Mariano!

El animal cayó al suelo, mas rendido por la fatiga y el atolondramiento que por los golpes de sus contrarios, cuyos ataques sorteaba con singular destreza. Viendo todos en tierra al animal pavoroso, le remataron, y muerto, me acerqué para contemplarlo, y vi una grande mariposa, mayor que un murciélago y de color ceniciento. Pregunté cuales eran sus condiciones para infundir tanto espanto, y me dijo Urdapilleta:

—Este animal ponzoñoso busca siempre la oscuri-

dad como el murciélago; comunmente hace sus excursiones de noche, y sorprende las habitaciones; pero si vuela de día, es para dar la señal de que al siguiente hay tormenta ú otra clase de movimiento atmosférico. Gusta de orinarse sobre las gentes, y mas cuando se vé acosado; su orin consiste en tres ó cuatro gotas de agua, que si caen sobre la piel de algun ser viviente, antes de dos horas, si no se cauteriza con fuego, produce un llaga mortífera y lleva al sepulcro á un hombre antes de veinticuatro horas.

De este animal no me habia hablado todavía don Vicente Urdapilleta.

CAPÍTULO XI.

EL ROCÍO.—EL PICA-QUEMA.—EL ESTERO

Vino la ante-víspera del dia festivo señalado por Urdapilleta para presentarme á su padre, y para no exponerme á los rigores de los rayos de aquel sol tropical, convinimos en que el viernes, á la caida de la tarde, montaríamos á caballo con los aprestos y menesteres del viaje; pasaríamos la noche en la quinta de un amigo, y al rayar el alba del sábado nos encaminaríamos á la chacra de su padre, al cual paraje llegaríamos á las ocho de la mañana, hora en que el sol todavía no ejerce en su plenitud los rigores de su ardorosa influencia; permaneceríamos el sábado y el domingo regresaríamos, oyendo misa en Luque, pueblo inmediato á la quinta.

Un mulato, segun supe despues, liberto de don Vicente Urdapilleta, nos avisó que ya estaban listas las monturas. Dióme mi amigo una hamaca, él se apoderó de otra, que entrambos acomodamos en las ancas de nuestros respectivos caballos, nos metimos por la cabeza un poncho de lana rayado, pusimos el pié so-

bre el estribo, cabalgamos, y nos salimos de la casa, llevando por guia á Cipriano, que era el nombre del mulato, el cual montaba un tordillo de baja marca y en extremo barrigon.

Al salir de la Asuncion oimos las campanadas de la oracion. Don Vicente tiró de la rienda al caballo, se paró y se quitó el sombrero de paja; Cipriano se volvió y dió la cara á su amo, poniendo el sombrero sobre la silla del caballo, y cruzando las manos; yo sujeté el paso á mi animal y descubrí mi cabeza, y en esta posicion rezamos la oracion devotamente, y en acabándola de rezar, el mulato se aproximó á don Vicente y le pidió la bendicion; éste se la echó con mas gravedad que un obispo y continuamos la marcha. Pero antes de emprenderla, don Vicente sacó un pañuelo de su faldriquera y se lo ató á la cabeza, y me invitó para que yo hiciera otro tanto.

—¿Por qué es este aparato? le pregunté.

Y don Vicente me repuso:

—A estas horas comienza el rocío de la tarde, eso que vds. en Europa llaman relente, el cual desaparece á las nueve de la noche. Sin estas precauciones nos esponemos á amanecer con unas tercianas que no desaparezcan en cinco meses, ó con un reumatismo en la cabeza que nos traiga peores consecuencias.

Obedecí á mi interlocutor y me sobrecogí al considerar los infinitos peligros que hay necesidad de afrontar metidos en aquellas lejanas tierras.

Estábamos en plenilunio; vimos salir la luna con toda solemnidad. Habríamos andado como unos tres cuartos de legua y penetrado por una senda angosta, cercada por derecha é izquierda de apiñados árboles cuando vimos revoletear á millares una especie de insectos del tamaño de una cucaracha alada, que lucia una pequeñita luz cenicienta del tamaño del boton de un fósforo cuando se restriega y sin brotar la luz deja ver tan solo su vacilante fosforescencia. Es-

tos millares de luces volantes que se cruzaban por delante de nosotros nos azotaban la cara é impacientaban á los caballos, y todo el tiempo que tardamos en salir de aquella angostura, que serian unos tres cuartos de hora, lo empleamos en agitar nuestros sombreros para despedir á tan molestos vecinos, y en apacentar la paciencia de los caballos, que tampoco podian sufrir con calma los azotes de aquellos importunos insectos.

—¿Qué bichos son estos? pregunté á don Vicente.

Y él me respondió:

Llaman á estas cucarachas de luz, saladillas en unas partes y pica-quemas en otras. Este último nombre lo recibe teniendo en cuenta la condicion del bicho, el cual, si logra posarse en la piel, clava su maldito aguijon, y deja impresa una roncha amoratada que produce un dolor tan fuerte como el de una quemadura de un áscua de candela.

Volví á quedar absorto al contemplar un nuevo peligro tan respetable como ignorado.

Salimos á una dilatada llanura, donde la luna alumbraba en el suelo una preciosa alfombra de musgo semejante á un mar tranquilo. Recreado con la perspectiva de aquel extraño paisaje, me desvié un poco de mi amigo para contemplar á todo mi sabor los encantos que en mi imaginacion producia aquel tan vistoso panorama, cuando me sorprende de improviso el retroceso brusco y violento del animal que montaba, que estuvo á punto de tirarme á tierra. Di un pequeño grito, y mientras que el caballo buscaba la direccion que llevaba mi compañero, éste se aproximó y me preguntó la causa de mi exclamacion. Explicado el motivo de ella, me dijo don Vicente:

—Eso es que el animal ha olfateado un estero.

—¿Qué es un estero? le pregunté.

—Estero llamamos en América á lo que ustedes en Europa llaman pantanos. Lo que nuestro conocimien-

to no puede penetrar, lo descubre el instinto de los animales. Sucede con mucha frecuencia que anda un hombre en mitad del dia por una extensa pradera cubierta de esta alfombra agradable á la vista, que forma la gramilla del campo, y sucede que, mientras mas diáfana y uniforme es su superficie, es mayor el abismo que oculta. Basta á veces dar un paso para quedar hundido hasta el pescuezo, y hasta hundirse por entero, en uno de estos pantanos que tanto lisonjean la vista y el corazon, y quedar un hombre enterrado para siempre. ¿Cuántas veces ha sucedido en este país estar dias y meses esperando una familia á su amado deudo, y viendo que no parece, exclamar: «¡O se lo comió el tigre, ó se lo tragó el estero!»

Nuevo asombro y nuevo peligro, para mí tan ignorado como los anteriores.

Sin nuevos inconvenientes llegamos á la quinta del amigo don Vicente Urdapilleta, el que nos acogió con señales de mucho agrado, y adonde hago cabo, lector querido, para decirte en el siguiente capítulo lo que en esta quinta nos sucedió, que son cosas papara deleitar al que escucha, pero no para el que las pasa.

CAPITULO XII

LA LEY DE RAZAS.—EL SANGÜI

Don Miguel Trigo, dueño de la quinta en dónde íbamos á hospedarnos esta noche, nos recibió con satisfaccion y regocijo. Nieto de español, conservaba por la pátria de su abuelo cierto recuerdo de gratitud, de lo cual me holgué porque le fuera mas agradable mi visita. Diónos de cenar espléndidamente, y notando don Vicente Urdapilleta que no se habian sentado á la mesa ni la dueña de la casa, esposa de

don Miguel, ni su hija, preguntó dónde se hallaban; y el interrogado nos habló de esta manera:

—Tengo, mi amigo, un pesar que me devora el alma. Mi hija Asuncion, que como ya sabes tiene diez y siete años, se ha enamorado perdidamente del ciudadano Facundo Palacios, y no encontrando forma de disuadirla del temerario propósito que tiene de casarse con él, la he mandado con su madre al partido de Itacurubí, por ver si el alejamiento de la presencia del amante trae á su cabeza el juicio y á su corazon el olvido.

Don Vicente le dijo:

—Conozco á Facundo Palacios y á sus padres: estos son honrados y ricos, y aquel laborioso, inteligente y honesto, y no comprendo la causa de la oposicion á semejante enlace.

—Ignoras, repuso don Miguel, lo que yo tambien ignoraba y he sabido á tiempo.

—¿Qué? le preguntó con afan don Vicente.

—He descubierto, añadió entristecido don Miguel, que el abuelo del padre de Facundo fué esclavo mulato de un comerciante canario, de apellido Palacios, y yo no puedo consentir que mi linaje se manche.

—Ya ese es otro cantar, respondió Urdapilleta: yo ignoraba esta circunstancia.

Y entonces pregunté á los interlocutores:

—¿No son vds. republicanos?

—Desde que conquistamos nuestra independencia, contestó al punto don Miguel.

—Entonces, respondí, encuentro algo anómalo su proceder.

Discutímos algun tiempo sobre la materia, pero no hubo forma de convencer á mis dos paraguayos. Los encontré por demás intransigentes con respecto á la ley de razas.

Despues que hubímos cenado, colgamos nuestras

respectivas hamacas en una especie de corredor que daba vista al rio. En esta guisa conversamos un buen rato, hasta que se quedaron dormidos mis compañeros.

El calor extremado de aquella noche, la poca costumbre que tenia yo de dormir en hamaca y los mosquitos que me azotaban, me tenian desvelado, en términos que decidí saltar de mi colgante lecho y dar paseos por el corredor en mangas de camisa. Extasiado con la perspectiva del rio, donde la luna rielaba, y de la vistosa alfombra que con la menguante del rio habia vestido la playa, descendí pausadamente del corredor que dominaba aquella vistosa pradera y me encaminé á la ribera, y cuando me hallé á cierta distancia del agua me senté, dando frente á la luna, que ya queria esconderse por entre los apiñados bosques de la otra parte del rio.

Poco tiempo estuve en esta deliciosa contemplacion, pues unos gritos desaforados que partian desde el corredor me sacaron de mi ademan reposado y reflexivo. Las palabras que á mí se encaminaban no eran inteligibles, porque pertenecian al idioma guaraní. Viendo el gritador que yo ningun caso hácia á sus exclamaciones despertó á mis compañeros, los cuales me gritaron tambien desaforadamente con estas palabras en castellano:

—¡Apártese, amigo, de la ribera, que anda despierto el sangüí!

Y suponiendo yo por las voces siniestras de mis camaradas que corria peligro, me apresuré á subir á la quinta y á preguntar cuál era el nuevo abismo á cuyo borde me habia puesto.

Entonces supe que el que primero me habia gritado era un criado de la casa de don Miguel que no sabia castellano, y el amo y don Vicente me dijeron:

—El rio ha menguado y ha formado esa playa, que

mañana estará cubierta. Mientras no la circunda el agua, discurre por entre las yerbas una especie de pequeña sanguijuela de color verdoso y trasparente, que llaman nuestros paisanos sangüí. Este animalejo es inofensivo cuando le cubre el agua; no se sabe todavía si porque busca mayor profundidad en el seno de la tierra, ó por que el agua destruye la fortaleza de su mordedura; pero es el caso que con la humedad aparece por la superficie de la yerba, y si encuentra donde morder, lo ejecuta, y su aguijon es tan poderoso, que media hora despues de haberle clavado muere el que ha tenido la desgracia de topar con tan terrible viborezno.

Este fué para mí otro peligro ignorado, del cual tomé apunte sin pérdida de tiempo.

Al amanecer nos pusimos en tren de viaje camino hácia la quinta donde estaba el anciano Urdapilleta. Las nueve de la mañana serian cuando llegamos al término de nuestra excursion, y despues de saludar á aquel venerable español valetudinario, tomamos reposo y almorzamos.

A este hombre debí el conocimiento de la historia del dictador Francia; que con otros documentos y noticias que hube á las manos, formé la historia de aquel periodo dictatorial extraordinario y que he de referir á su debido tiempo.

CAPÍTULO XIII

LA LLUVIA SALVADORA.—EL CURA DE LUQUE

Mucho y agradablemente me entretuvo la plática amena y sabrosa que tuve con el anciano Urdapilleta, que á pesar de estar cargado de años y casi ciego, recordaba todos los azares de su vida, sin olvidar pormenores curiosos que poco á poco iré narrando en el

curso de este viaje. Había sido oficial de artillería durante la dominacion española; sirvió con lealtad á su patria y le sorprendió la revolucion de los americanos. Tuvo que soportar las peripecias naturales ocurridas en el Paraguay durante este periodo insurreccional, y el poderme referir en aquel momento cuando me refería, se lo debió, como dije en otro lugar, á una circunstancia atmosférica de la cual voy á decir alguna cosa mas.

Durante la horrible dictadura de D. Gaspar de Francia, este artillero tenia la tacha de ilustrado; el dictador quiso saber si esto era tan cierto como se lo decian, y llamóle una mañana temprano y le dijo estas ó parecidas palabras:

—He recibido dos cañones que he comprado en la frontera del Brasil á unos comerciantes brasileños. Examínelos vd. y dígame si son buenos.

Obedeció Urdapilleta; examinó los cañones y encontró en el ánima de las piezas algunos defectos, que le indicaron que por lo menos los cañones estaban ya fogueados y se habian reparado para venderlos por nuevos; y á fin de que su opinion llevase todo el aparato que pedia la importancia de la comision, redactó un informe científico y se esmeró en darle una forma que acreditára la prolijidad del exámen y que era docto en la materia.

Leyólo el dictador, y dijo á su actuario:

—El artillero español sabe mas de lo que yo creia. Disponga vd. que en este momento lo encierren en un calabozo.

Quiero que sepan mis lectores, antes de entrar de lleno en la historia tristemente célebre de esta dictadura, que el delito mas grande que podia cometer un ciudadano paraguayo ó español era el de propender á ser ilustrado. El Doctor Francia no podia consentir que existiese en la República un hombre que pudiera rivalizar con su inteligencia, y cuando no-

taba que alguno podia ser su competidor ó apto para suministrar luces á otros, ó para ser elegido Presidente, buscaba frívolos pretestos para encerrarle, y para mandarle fusilar pasados algunos dias. Pero si estaba destemplado ó furioso, no aguardaba á buscar pretestos, sino que francamente dictaba sus medidas con franqueza y arrogancia, con el convencimiento de que no habia de encontrar oposicion y que sus órdenes serian reverentemente acatadas.

El dictador dispuso que dos soldados y un cabo sacasen de su domicilio al artillero, que de tan buena fe, habia prestado un servicio que le pidió el Presidente de la República, y penetró resignado en el calabozo, dejando abandonada á su familia, que era su esposa y dos hijos menores. Arrebatóle además los escasos bienes que poseia y tuvo la pobre esposa que aceptar el oficio de dulcera para mantener á sus pobres hijos.

Dos años y cuatro meses estuvo encerrado Urdapilleta en la prision, viendo salir cada tres ó cuatro dias un compañero de prision para ser pasado por las armas, sin mas proceso ó sentencia que el antojo del dictador. Cuando soplaba el viento Sur, que es el mas frio de aquellos paises, se duplicaban en este tigre sus terribles accesos de hipocondría, y solo se aplacaban mandando sacar del encarcelamiento á un paraguayo ó á un español para que le fusilasen frente á su morada, cuya ejecucion precenciaba desde una ventana baja de su palacio.

Llególe su turno al pobre Urdapilleta, y á las seis de la mañana le notificaron la sentencia de muerte, anunciándole que se preparase, porque á las nueve sufriria la pena que le habia puesto el dictador. Pidió un sacerdote para confesarse; pero como de estas cosas se mofaba don Gaspar, se lo negaron, y tuvo el inocente reo que concretarse á la contricion de sus culpas y á pedir al cielo una buena muerte y el des-

canso eterno concedido á los que mueren con la asistencia de los representantes del Señor, Dios poderoso de todo lo criado.

Un cuarto de hora antes de las nueve, sobreviene una de esas feroces tormentas tan comunes en aquella tierra y se desbarata el cielo en aguas, con que fué necesario suspender la ejecucion hasta el siguiente dia; pero sintiéndose gravemente indispuesto el dictador aquella noche, falleció al siguiente dia muy temprano, de la manera que en lugar oportuno descubriré, y quedó anulada la sentencia de muerte de este desventurado español.

Por eso dije mas arriba que á una circunstancia atmosférica debió Undapilleta su salvacion.

Comimos y dormimos aquella noche en esta quinta, y por la mañana, cuando despuntaban los rayos del sol, nos despedimos del anciano, despues de haber yo concertado con él la manera de vernos y hablarnos para que me facilitase con su erudita narracion las investigaciones que yo deseaba para conocer la verdadera historia del Paraguay.

Montamos á caballo y pasamos por un pueblecito llamado Luque, lugar de escasísimo vecindario, pero en cuya única iglesia se decia misa á las diez, y paramos á la sombra de un bosque; nos apeamos y esperamos la hora de asistir devotamente al santo sacrificio.

Acudió la gente del pueblo y los habitantes de aquella dilatada campiña, todos vestidos de fiesta. El traje de los paraguayos consiste en una camisa blanca de algodon con pechera bordada á uso del pais, pantalon de lienzo blanco con unos flecos de algodon que caen desde la rodilla, faja encarnada ceñida á la cintura, de algodon ó de seda, segun la posicion mas ó menos acomodada del ciudadano, pero sin que falten las borlas, ó los flecos, que flotan graciosamente al lado izquierdo de la cadera, y sombrero de paja

con cinta negra en la parte inferior de la copa. Añádese á esto un poncho de bayeta encarnada ó azul que llevan al hombro y terciado á manera de lidiador tauromáquico. Ocioso será decir que el pié va completamente desnudo, en cuyo aseo son muy esmerados. El calzado con estos arreos quita al total de la vestimenta todo su donaire.

Las mujeres llevan una especie de túnica blanca sujeta á la cintura por el chumbé, y una grande sábana blanca que se ponen á manera de toca, y en cuyos airosos dobleces se distinguen las paraguayas para que sus atractivos no pasen desapercibidos. Tampoco llevan calzado.

Sonó la hora, y se llenó la capilla de gente. Mi esposa, què nos acompañaba en esta expedicion, y á la que nombro porque fué actora en un lance desagradable, que referiré despues, se quitó su sombrero de paja de anchas alas y se postró de rodillas en la nave central de la iglesia entre todas las paraguayas, y nosotros los viajeros nos colocamos á un estremo dando vista al altar.

Voy á describir la capilla, ó la iglesia única de Luque.

Es un salon cuadrilongo, de unas treinta varas de longitud por doce de latitud, formando tres naves, que dividen unas cuantas columnas de cal y canto blanqueadas con yeso. Pavimento de ladrillo comun encarnado, techo de tejas, á las cuales sostienen grandes vigas de cedro intercaladas con infinidad de gruesas cañas, que en el país llaman *tacuaras*, y atadas á la vigas por una infinidad de correas de cuero, que allí llaman *guascas*.

Tiene este tosco santuario tres puertas, una grande en su estremo inferior que da frente al altar mayor, y dos laterales, de las mismas dimensiones que la principal. Las tres estaban abiertas. Frente á cada puerta y arrimado á una columna existe un poste de

madera cuadrado, y encima descansa un orinal blanco que sirve de pila de agua bendita.

Un orinal, lectores mios, no lo tomeis á fábula. Es una vasija que han introducido en la República, y los paraguayos, al verle tan primoroso, terso y brillante, no han podido concebir que sirviera para usos plebeyos, y tanto es asi, que andando el tiempo, una paraguaya de las mas principales de la Asuncion me mandó de regalo un orinal lleno de dulce de Guayaba.

El altar mayor se distinguia por un retablo de forma antigua, con labores y adornos grotescos; me dijeron que era obra de los indios, pero cuando los jesuitas eran en Misiones sus dominadores. Venérase la imágen de una Virgen, tambien escultura antigua y de mérito escaso.

Hay dos altares laterales, pero no merecen que se describan.

La torre está situada en la puerta principal del templo, y consiste en cuatro gruesos maderos, con algunos travesaños en la parte superior, que sostienen una esquila con ambicion de ser campana.

Ántes que empezara la misa, que se titulaba la mayor, y que por tanto tenia que ser cantada, comenzó la música en el coro. Habia disimulado cuanto pude la risa al aspecto del orinal cuando tomé el agua bendita, pero no fuí dueño de mí cuando escuché la orquesta, que se componia de una tambora y un triángulo, música grata y sonora á los oidos pocos armónicos de los paraguayos.

Al raro compás de estos instrumentos entonaron los primeros cantos de la misa, el lúgubre acento de una robusta voz de hombre y el grito desagradable y poco únisono de un muchacho. Alcé los ojos y vi que el chantre era un negre en mangas de camisa y con un poncho de bayeta encarnada que llevaba doblado sobre los hombros á guisa de chal; y el tiple un zagal

mulato sin mas atavío que un pantalon blanco y la camisa con los faldones á fuera, porque siendo dia festivo y llevándola muy blanca y plancha, habia querido lucirla por entero en aquella sagrada ceremonia.

Salió el cura, hombre de buena estatura y robusto, tirando á los cincuenta y cinco abriles; piel rugosa y trigueña, aunque era blanco de linaje; frente pequeña, poblada de cabello cerdoso y corto; ojos hundidos, cejijuntos, ancha nariz y boca de gruesos labios y de ceño airado é impetuoso.

Salió con el alba y la estola, acompañado de un acólito con sotana y sobrepellíz, pero llevando en la mano un libro y el hisopo. Se inclinó ante el altar, volvióse al público, cantó una breve oracion, y á la cual respondió el coro con el acostumbrado *amen*, y tomando el hisopo de las manos del monacillo, arremetió pasando por entre el apiñado concurso, rezando ciertas frases en latin y meneando el hisopo y derecha é izquierda como quien derrama el agua bendita á las gentes, y aquí entra lo curioso del asunto.

Llega á donde estaba mi esposa; detiene su rezo; la mira de hito en hito; mi esposa levanta el rostro y palidece al notar el descompuesto semblante del cura, el cual exclama:

—¿Quién eres, rubia de Satanás? ¿Alguna extranjera protestante?

—¡Señor, exclama mi esposa, yo soy católica!

Quise abalanzarme al cura, y mis amigos me detienen, y el sacerdote prosigue:

—Pues si eres católica, ¿cómo te presentas en el templo de Dios con la cabeza desnuda?

Y alzándose el alba y la sotana, saca un pañuelo de hilo con cuadros estampados, y con ímpetu furioso le arroja sobre la cabeza de mi atribulada esposa, y añade:

—¡Ponte ese trapo en la cabeza, y da decoro al sacrificio de la misa!

Cae el pañuelo al suelo; se pone de pié mi esposa y sale del templo llorando y atrayendo la curiosidad de los devotos. Salgo yo á su encuentro, la doy el brazo, y nos vamos juntos á donde estaban los caballos.

Se encasqueta el sombrero y me dice briosa:

—Ayúdame á montar y vámonos.

Procuro apaciguarla, diciéndole que solos no podíamos caminar, porque en un país donde no hay caminos era difícil acertar con el sendero que nos llevase á la Asuncion, La convencí de que convenía esperar á los compañeros. y ella me respondió que iba á ser un objeto de vergonzosa curiosidad para el pueblo cuando saliesen de misa.

Le dije que nos ocultaríamos, y añadí:

—¿Qué quieres que haga? La accion de ese sacerdote ha sido brutal, pero me coge indefenso. ¿Puedo, debo levantar la mano á un ministro del altar en un pueblo desconocido?

—Nada de eso quiero que hagas, me respondió; pero vámonos.

A esto salió don Vicente Urdapilleta y vituperó la accion del cura, y me anunció que el Presidente lo habia de saber, y que siendo yo querido y considerado del poder supremo, lo cual ignoraba el cura, le iba á costar caro el negocio, *¡y múy caro!* añadió Urdapilleta con una expresion que me aterró.

Recordé que por mi causa estuvo la campanilla presidencial muy vecina de la frente del Ministro de Hacienda, y que espantó los murciélagos de mi casa. Recordé que por que don Cipriano llamó diablo al Presidente de la República fué bárbaramente fusilado, y pregunté á Urdapilleta:

—¿Será capaz el Presidente....?

—¡De fusilarle! dijo Urdapilleta acentuando su palabra de una manera que me estremeció.

—Haga vd. lo posible porque no lo sepa, exclamé; yo haré lo mismo. Y repuso Urdapilleta:

—Mañana lo sabrá. El Juez y el Gefe de Urbanos estaban en un banco y lo presenciaban todo, y mañana le refieren el suceso; y como acaso no le conocen á vd., presumiendo que la reprimenda del cura se ha dirijido á un extranjero desconocido, le narrarán el cuento en tono de mofa y como quien aplaude el hecho como cosa meritosa y de buen sabor. Pero el Presidente que es amigo de vd. y le considera, castigará al sacerdote severamente.

En aquel momento se disipó en mí la ira que sustentaba contra el cura, y lo mismo le pasó á mi esposa, y estuvimos concertando la manera de libertarle de un castigo, porque no queria llevar sobre mi conciencia la pena que le impusieran á mi ofensor, con que resolví entrar en pláticas con el Juez, con el Gefe de Urbanos y con el cura; pero Urdapilleta encontró medio de allanar el camino, hablando primero con el cura, á quien conocia.

Terminada la misa entró el cura en la sacristía, y cuando se hubo despojado de sus ornamentos le llamó Urdapilleta, y convocó á plática al Juez y al Gefe, y censurando su accion, dijo quén yo era y las circunstancias que me habian llevado á la República.

Tembló el cura, vino á buscarnos y nos pidió perdon; yo le hice algunas reflexiones, notando que le llevaba á la palinodia, no el reconocimiento del agravio, sino el temor de la pena.

Se esforzó en que comiéramos con él y sesteásemos en su casa; dijo mi mujer que tenia sed, y exclamó el cura:

—No beba vd. agua, señora mia, que puede hacerla daño.

Y dando brincos como un rapaz de doce años, comenzó á descolgar naranjas de un árbol vecino á donde celebrábamos la conferencia. Agradecimos el ob-

sequio de las naranjas, y sin aceptar la comida emprendimos el viaje á la Asuncion.

El Presidente supo el suceso. Yo no se lo dije; pero él me lo refirió sonriendo.

Me dijeron que habia llamado al cura y lo habia puesto como chupa de dómine, dándole los calificativos de animal y de salvaje; pero se contentó con la silenciosa contriccion del sacerdote, sin pasar á términos mayores, de lo cual me felicité.

CAPÍTULO XIV

EL ALMIRANTE OLIVEIRA.— OCUPACIONES DEL MINISTRO DE ESTADO DEL PARAGUAY

Para que mejor pueda comprenderse, ó para que mis leyentes puedan saborear mas á su placer lo que de cómico ó sobrenatural tienen que aparecer mis relaciones, necesito una que otra vez detenerme, aunque someramente, sobre hechos históricos, que contribuyàn á traer el asunto con naturalidad y desembarazo.

Por estas razones que dejo asentadas diré que, aun durante la dominacion española, lo mismo en el Paraguay que en otras partes de aquellas dilatadas regiones, existian cuestiones con el Brasil respecto á límites, porque no estuvieron nunca completamente deslindadas las partes de territorio que á cada conquista pertenecia, con que hasta tuvo que intervenir la autoridad del Sumo Pontífice para dirimir cuestiones que no quedan finalizadas.

Durante los azares que corrieron los españoles en los tiempos que los americanos proclamaron su independencia, los astutos brasileños, en tanto que españoles y colonos se ocupaban de la guerra y ponian su empeño recíproco en ser los vencedores, se curaban

poco de observar lo que los brasileños hacian, que eran avanzar sus poblaciones hácia los terrenos litigiosos, establecer en ellos sus haciendas, seguros de que ni los españoles ni los rebeldes contra la madre patria los molestarian, buscando de esta manera que el tiempo y la costumbre de poseer sancionase el hecho como consumado, y juzgaban su conquista tanto mas permanente y asegurada cuanto que contaban con la debilidad natural de unos hombres cadentes por la misma razon de sus sangrientas disputas.

Declaróse la independencia de América; nuestras propias desventuras en la Península, luchando heróicamente contra el gran capitan del siglo, al paso que obteníamos triunfos en Bailén y en Zaragoza, perdiamos nuestras conquistadas colonias, y si en algunas partes éramos todavía respetados, apareció Riego en las Cabezas de San Juan, que dándonos libertad, nos privó de lo poco que nos quedaba en aquellas remotas tierras, y fué Ayacucho la última trinchera que espiró en los brazos de nuestra nunca bien ponderada libertad.

Dicen que de los escarmentados nacen los avisados, pero hemos vuelto á ser reincidentes, y las islas Filipinas vacilan bajó el democrático poder de Alaminos, y no trascurrirá mucho tiempo sin que perdamos á la isla de Cuba, mecida en la cuna de la República federal y al saludo respetuoso de los gorros colorados. Ello dirá.

América fué libre è independiente, y no tuvo mas remedio que aceptar para su gobierno la forma republicana y parodiar lo que hacian los norte-americanos. Pero siendo otros los hábitos de los españoles, siendo otras sus costumbres, otras sus leyes y otra la organizacion de sus naturales, lejos de encontrar en la Repùblica el bienestar que buscaban, encontraron la guerra civil mas espantosa y cruel, de la cual no han podido emanciparse todavía. Estas luchas in-

testinas, que en tiempo y lugar oportuno describiré tales como ellas son, fueron otra causa poderosa para que los brasileños fuesen prolongando el término de sus habitaciones con aquel cauteloso silencio que emplea el artificio de un usurpador reposado, que aprende á conocer lo que vale un imperio majestuoso y tranquilo comparado con una República insidiosa y siempre descontenta y perturbadora. La vecindad del Imperio del Brasil con las Repúblicas americanas, antes que serle nociva por el contagio, es un elemento continuado de perpetuidad, porque aquel ilustrado emperador, que ha tenido tanto acierto en labrar la dicha de sus súbditos, si hay alguna menuda fraccion que propenda al republicanismo, no tiene mas que apuntar con el dedo á la banda oriental y decir: «Atended y notad lo que pasa en Montevideo.» Y dando vuelta á la mano en derredor, proseguir: «¿Escuchais el rumor pavoroso de Buenos Aires? ¿Oís los «gritos de Venezuela? ¿No os asustan los lamentos de «Bolivia? ¿No os aterran los ayes de Tucuman? ¿No es«cuchais esos disparos? Son infelices labradores que «mueren á millares fusilados en la isla de Martin «Garcia. ¿Os espanta esa banda militar que entona un «himno de muerte para apagar ciertos aullidos deses«perados? Son millares de porteños que mueren de«gollados á mano de los sicarios mazorqueros del dic«tador Rosas.»

El Brasil quiere ser Imperio y no República, y mientras los hispano-americanos se asesinan, los hijos de los portugueses se apoderan de territorios que no han sido suyos, y los hispano-americanos, horriblemente entretenidos en sus contiendas, ni reparan la usurpacion.

El Presidente de la República del Paraguay, don Cárlos Antonio Lopez, que siguiendo casi en todas sus partes el sistema político del dictador Francia, se libertó de estas guerras fratricidas, fué el que mas

pronto notó el desman de los brasileños hacia la parte de Cuyabá, y reclamando lo que le pertenecía, hasta hubo de emplear la fuerza para expulsar á los invasores á sus tierras, de donde nació un litigio sobre límites que provocó el Brasil, sin otro derecho fundamental para el dominio que la costumbre de venir ocupando el imperio aquellos territorios desde el tiempo de los españoles; pero el Presidente de la República decia que, no negando el Brasil que aquellas tierras habian pertenecido á España, y no teniendo el Brasil otra razon para gozarlas que la costumbre, si España lo toleró él no quería tolerarlo. Y cuenta que este territorio que se disputa pertenece todavía á los españoles, porque la República del Paraguay no está reconocida aun por España. Pero hacen bien en disputárselo, porque no hemos de reclamar lo que no han de darnos, ni la República española está en aptitud para una reconquista legal. Gracias que cuando perdamos á Cuba la perdamos con honra, porque creo que ni hemos de poder repetir la frase de Francisco I: *todo se ha perdido, menos el honor*; y la razon que tengo para decir estas cosas es que entre los españoles los hay muy encopetados, que no se desdoran por llevar el triste nombre de filibusteros.

Yo llegué al Paraguay en ocasion en que existia en la capital de la República un ministro plenipotenciario brasileño, llamado Olivera, y además gefe de una escuadra que dejó apostada á la entrada del rio Paraguay, y que llegó á la República en son de amenaza y para bombear al Paraguay si la cuestion de límites no se arreglaba á satisfaccion del imperio.

Algo intervine yo privadamente en esta cuestion, y pude comprender que el Imperio traia mas ganas de intimidar que de reñir, y esto me dijeron ciertas apariencias en las cuales reparé, y el convencimiento confidencial de que aquel aparato guerrero no traia condiciones para soportar un largo bloqueo, lo cual

dije al Presidente y á su hijo el general, y pude lograr en beneficio de la paz, que el Brasil se contentara con ciertas medidas policiales marítimas que le facilitasen la navegacion de sus buques por el rio Paraguay para subir á Mato-Grosso, territorio brasileño, lo cual no habia podido verificar hasta entonces; de manera que antes, para fortalecer su territorio y enviar sus colonos, tenia que atravesar inmensos y despoblados desiertos por estar prohibida á los extranjeros la navegacion á Matto-Grosso por el rio Paraguay.

Respecto á los límites, quedó concertado que esta cuestion quedaba aplazada hasta tres años despues, en que las dos partes contratantes se obligaban á resolverla definitivamente de una manera convenible á la República y al Imperio, durante cuyo plazo uno y otro Estado harían el acopio necesario de documentos para testificacion de los recíprocos derechos. Yo habia estudiado esta cuestion detenidamente, y veia que el derecho del Paraguay era legítimo, pero que no le convenía la hostilidad instantánea, porque sabiendo yo que habian de llegar pronto á la República elementos formidables de guerra que el general Lopez habia dejado contratados en Paris y en Inglaterra, y que venía además un personal respetable de marinos, artilleros é ingenieros, podia durante estos tres años ponerse el Paraguay en actitud respetable y emprender entonces la guerra con mejor suceso.

Esto lo ignoraba Oliveira, pero hubo de comprender que algo podia existir de esto, y como me habia visto algunas veces en casa del general, aun cuando jamás escuchó de nuestra boca ninguna conversacion razonada ni grave, sino pláticas familiares de broma y amena sociedad, no pudo descubrir otra cosa que una intimidad ajena á la política.

No obstante, algo debieron indicarle en sentido contrario, porque sin que yo le hubiese visitado, me

favoreció con su asistencia en mi casa, y yo, sabiendo que la diplomacia olvida estos escrúpulos de etiqueta solo cuando hay un interés directo, sospeché que su cumplimiento tenía alguna razon escondida, que demostró muy pronto.

Díjome que le habia seducido mi trato franco y jovial, que habia saludado á mi esposa una tarde que nos encontró á caballo, y que sabiendo que era europea, que mi permanencia habia de ser larga en el Paraguay, y que las señoras elegantes necesitaban prendas y tocados de que el país carecía, venia á ofrecerse para remitirnos desde Rio Janeiro lo que le pidiésemos. Mi esposa le dió gracias negativas, y yo le pedí dos esferas, una terráquea y otra astronómica, un estuche completo de matemáticas y un microscopio, porque queria analizar infinidad de bichos raros que habia visto en el Paraguay. Hizo sus apuntamientos en la cartera, y se manifestó muy reconocido porque le habia dado esta ocupacion.

Con sagacidad extremada comenzó á hablarme de París, á fin de investigar si yo habia acompañado al general. Le dije que muy poco tiempo. Y aquí necesitaba apuntar el diálogo para dar á conocer la intencion diplomática y la astucia del almirante Oliveira. Hablóme en portugués muy rendido, que en lengua castellana quería decir lo siguiente :

—Lo primero que yo observo para conocer el talento y la inclinacion de un viajero, es lo que hace en tierra y lo que compra. Vuestra señoría me ha pedido dos esferas, un estuche de matemáticas y un microscopio, y de aquí deduzco que es vd. estudioso, amigo de la geografía, de las ciencias exactas y de la historia natural.

Incliné la cabeza y prosiguió :

—No es mi intento lastimar la ilustre persona del general Lopez; pero yo tendria curiosidad de saber en qué se ha ocupado ese señor en las grandes capi-

tales de Europa, porque hasta ahora solo he visto que él y su Estado mayor se atavian con bonitos uniformes y que ha montado su casa con un lujo europeo.

Conocí la intencion del almirante. Sabia que yo apreciaba al general, y que deprimiéndole, yo saldria necesariamente á su defensa, que así lo aconsejaban mi juventud y mis demostraciones de lealtad, porque él las habia presenciado. Mi esposa no puso buen semblante, pero la pisé con disimulo y me comprendió, y para ponerla mas en autos repuse al pronto.

—El señor almirante es muy exigente y no quiere dar al tiempo lo que es suyo. ¿Qué habia de hacer un mancebo de veintitres años sino deslumbrarse con los encantos de Paris, primera capital del mundo sibarita? ¿Qué queria vd. que hiciese un muchacho halagado por la fortuna, de buen parecer, disponiendo de mucho dinero y no viendo en su alrededor mas que sumisos paraguayos, parisienses aduladores, mujeres tan hermosas como seductoras por su ostentacion y su trato ameno y engañador?

—Pero vd. tambien es jóven, me replicó, ha estado en esos grandes centros de seduccion, y no creo....

—Almirante, le interrumpí, me habla vd. delante de mi esposa, que ha sido la cadena que me ha sujetado y que yo me impuse voluntariamente para libertarme de malos tropiezos.

— Pero habrá vd. sido soltero, interrumpió.

Y le repuse·

—Pero eran mis padres pobres, rígidos y muy ceveros; y aun cuando anduve por el mundo libre y soltero, tampoco era rico entonces.

Y á este tenor fué la plática, con que se fué confiado en que el general habia perdido su tiempo en Europa lastimosamente.

números del periódico *El Semanario* y pegando las fajas.

—Buenas noches, señor Ministro, le dije.

—Buenas noches, me respondió, quitándose las antiparras para verme.

—¿Hay ocupaciones? le pregunté..

—Ya se lo dije á vd. esta mañana, me respondió.

—Que vd. descanse, señor Ministro, le dije.

—Adiosito no más; me respondió.

Me convencí de cual era la grave ocupacion de don Domingo Sanchez, y me retiré á casa.

Don Sinforiano llegó poco despues, riéndose anticipadamente, porque consideraba el efecto que hubo de producirme la extraña tarea del Ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay.

Hice la visita ofrecida en tiempo debido, pero de lo que ella sucedió me ocuparé mas adelante.

CAPÍTULO XV.

UNA VISITA AL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES.—EL ADMINISTRADOR Y VISTA DE LA ADUANA.—DIÁLOGOS CURIOSOS.

Yo creo que cuando se tiene que hablar mucho de una persona, es necesario primero hacer su retrato para bien conocerle,por lo cual diré que el Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Paraguay, en el tiempo á que me refiero, tenia sobre 60 años; pero como disfrutó dias tranquilos durante su mocedad y se inclinó al regalo de la persona con parsimonia y comedimiento, conservó salud envidiable, y hasta sin asomos de esos achaques tan propios en la vejez.

Bien espigado de cuerpo, enjuto y acartonado, no se doblegó al peso de los años, antes bien procuraba

enderezarse, lo mismo cuando caminaba que cuando se sentaba. Cuando no le aturdia la presencia del primer magistrado de la República, era su andar ceremonioso y pausado; sus saludos tenian visos de acatamiento; sus palabras eran huecas y entonadas; hablaba casi á compás de solfa, decía muchas majaderías, pero él presuponia que emitia grandes sentencias. Solia atestiguar sus proposiciones con máximas de hombres grandes, viniesen ó no á cuento. Sin presumir de bien parecido, porque habria sido soberana locura á sus años, se acicalaba y almidonaba mas con la limpieza que con el adorno, porque manifestaba ser estremoso en el aseo de su persona y en la policía de su ropa.

Aun cuando anciano, no le habian abandonado los cabellos, á lo cual se mostró reconocido, y en premio de tan rara perseverancia no quiso enlutar con ningun linaje de tinta su hermosura y natural blancura. Dejóse crecer la patilla en forma de chuleta, usanza que le trasmitieron sus ascendientes, y la que él perpetuaba para que sus progenitores no le tachasen de ingrato. Miraba siempre con aversion profunda el bigote, considerándole entorpecimiento enojoso para las ventanas de la nariz y escobilla ó cepillo imprudente, que registra lo que se come y bebe antes que los lábios y el paladar se aperciban del huésped sustancioso que busca su refugio en la boca.

No obtante, como tenia un lunar en la punta de la barba, dejó que se enroscase á su placer una especie de sortijilla encaracolada, dije que él acariciaba muy á menudo con la punta de sus dedos, y honesto pasatiempo, que si sus paisanos le motejaban de niñería impropia de su gravedad, él replicaba que era ocupacion merecida, porque aquel sobrepuesto de pelillos fué en su mocedad el anzuelo con que pescó á su difunta esposa, la cual contempló este apéndice como provocador de singulares encendimientos ó estímulo

para sediciones privadas en lo mas crítico de la vida marital. Era, por lo tanto, el lunar de don Domingo Sanchez un recuerdo perseverante que recogia en tan diminuto espacio todas las delicias del matrimonio.

Tenia la frente tersa y espaciosa, donde se veía simbolizada, mas bien que el entendimiento agudo, la impresion de una prudente gravedad. Su nariz, sin ser demasiado encorvada, tenia la conveniente giba para que descansasen las antiparras sin molestas oscilaciones el tiempo que las habia menester para cercanas investigaciones, porque sus ojos azules tuvieron en su juventud un cristal blanco y trasparante que empañó el cansancio natural de los años.

Voy á vestirle para presentarle al lector cumplidamente y con la compostura debida.

Sobre una blanca camisola, que castigó severamente la rectitud de una cuidadosa lavandera y civilizó la mano industriosa de una escrupulosa planchadora paraguaya, ceñía don Domingo un chaleco de piqué blanco con grandes solapas, y sobre esta prenda montaba un frac de paño negro de talle alto sin tronzado, de largos y angostos faldones, y con un cuello tan hueco y empinado, que casi rascaba el ala del sombrero.

El pantalon era tambien de paño negro, y tan ceñidos los perniles, que daba compasion de ver los andadores del Ministro de Estado metidos en tan apretado y rigoroso encarcelamiento, exponiéndose S. E. democrática á que el dia que se viese precisado á hacer un quiebro diplomático de cintura estallase la prision por la parte mas oprimida y saliesen á luz cosas que el recato aconseja permanezcan en perpétua reclusion, y que un exceso de involuntario jolgorio diese al traste con toda la gravedad ministerial, porque es de advertir que don Domingo no gastaba calzoncillos, segun espontánea confesion de S. E. en un momento de

rara franqueza con el que esto escribe. Encerraba sus piés en dos anchos borceguíes de becerro, en los cuales iba desapareciendo el brillo que le imprimió al confeccionarlos el maestro de obra prima. Don Domingo usàra guantes si su mano no se manifestára tan indócil á tan estrecha sujecion y si en la Asuncion del Paraguay menudeara la venta de este artículo, porque aquel que queria guantes tenia que hacer su pedido á Buenos Aires, lo cual daba ocasion á que en algun baile viese yo la pequeña y linda mano de una jóven paraguaya, ansiosa de vestir á la europea, envuelta en guantes que podia haber usado descansadamente un gastador.

Llegó el domingo, que yo destinaba para pagar la visita al Ministro de Relaciones Exteriores, y en saliendo de misa mayor, dije á los que me acompañaban á donde me dirigia. Oyólo un paraguayo que no estaba distante de nosotros, y al mismo tiempo escuchó que yo pedia la direccion para dirigirme á la casa del Ministro por parajes donde apretase ménos el sol, y oyéndolo el paraguayo me dijo:

—Yo le acompañaré á vd.

Volví la cara y dí las gracias á señor tan servicial, y esto dió motivo á que mis acompañantes me lo presentáran, y uno de ellos me dijera:

—Tiene vd. el gusto de conecer á don Eduardo Garro, administrador y vista de la Aduana, hijo de español vizcaino, y que tenia ganas de conocer á vd.

Le apreté la mano, me ofrecí servicialmente y nos fuimos á la casa del Ministro.

Don Eduardo Garro era un señor paraguayo de elevada estatura, robusto de cuerpo y redondo de cara. Llevaba un sombraro de copa muy elevada, á manera de cañon de estufa; cercaba su garganta un pañuelo de seda encarnado con un lazo monstruoso. El chaleco era ancho y abierto para dejar ver una pechera de chorreras, en la que campeaba un grande alfiler con

chispas de diamantes. Ceñia ademas una especie de casaca con faldones muy cortos de lanilla formando cuadros, y un pantalon de lienzo color ceniza con una ancha lista al costado. Llevaba en la mano derecha lo menos cuatro sortijas de oro, que parecian argollas planas, y un baston de caña con puño de oro.

Ibamos caminando buscando sombra y en amena plática, cuando el resplandor, ó algun airecillo imprudente, le obligó á estornudar, y el administrador y vista de la Aduana apretó su nariz fuertemente con el índice y pulgar de la mano derecha y se las sonó con ruidoso reposo para que saliese por las ventanillas lo que estorbaba en su cerebro, y ya desahogada la nariz, sacó de su bolsillo un pañuelo de hilo y se lo restregó por las narices, con lo cual dejó terminada su limpieza, sin que el pañuelo se humedeciese.

Admiré el desembarazo de mi acompañante, disimulé la repugnancia que habia provocado en mi ánimo aquel acto estravagante de policía, y proseguimos nuestro camino.

Hablamos de la renta de Aduanas; me fuí enterando de la importacion y exportacion del país, de los derechos que satisfacian los importadores y exportadores, de los artículos que mas se consumian en el país, y notando que era mayor el producto que dejaban los derechos de importacion que los de exportacion, pude sacar en consecuencia que el Paraguay no tenia productos suficientes ni la industria necesaria para que pudiera ser encarecido su sistema económico.

Me dijo, sin embargo, que los comerciantes extrangeros eran muy tunantes, porque metían mucho contrabando en la Asuncion, y que toda la vijilancia policial que ejercia el gobierno era poca para evitar este abuso, que perpetuaba el ingenio de los comerciantes y el de los patrones de buques.

Mis investigaciones no pudieron ser muy menudas

y dilatadas en aquella ocasion, porque llegamos á la morada de D. Domingo Sanchez y fué necesario cortar el diálogo.

A la habitacion del ministro precedia un patió empedrado, donde habia un caballo en pelo atado á una argolla y comiendo maiz derramado en una espuerta, y un joven mulato sentado encima de una piedra chupando naranjas. D. Eduardo preguntó al zagal por D. Domingo, y nos dijo que estaba solo en su habitacion; oyó la conversacion el ministro, alzó un lienzo que á guisa de cortina habia en una ventana baja, asomó la cabeza y dijo:

—¡Adelante, no mas!

Empujamos la puerta, que estaba entornada, y penetramos en la residencia del ministro, que voy á describir, segun rezan los apuntes que tomé cuando llegué á mi casa.

El pavimento de la sala era terrizo, y la techumbre de vigas y cañas gruesas de tacuara. Tenia el ministro por todo ajuar cuatro sillas antiguas de cedro con asientos y espaldar de cuero y un sillon de brazos del mismo material, arrimado á una mesa de pino sin tapete, y sobre este mueble un tintero de barro, dos libros encuadernados en pergamino, un jarro con agua y una baraja. En una gran argolla que pendia de la pared estaba suspensa la hamaca y de una grande escarpia pendia una silla de montar de galápago bastante usada, unos estribos de plata maciza, dos grandes espuelas de acero empavonado y un palo con una correa, que era el látigo con que allí se castiga al caballo. Este era todo el mobiliario que tenia la sala del ministro de Estado.

Recibiónos sin etiqueta, es decir, ciñendo solamente un pantalon de verano, en mangas de camisa y con los faldones al viento, sin que esto pueda atribuirse á descortesía, que es costumbre este desembarazo, que aconsejan la llanéza y el calor insoportable de la tierra.

Arrimó sillas, nos sentamos y comenzó la plática de la manera que verán mis lectores. Tomó la palabra el ciudadano Garro y esclamó:

—¿Y me he de morir sin hacer una visita á España?

Sabiendo yo ya que era hijo de vizcaino, le dije:

—Lo comprendo; querrá Vd. ver la tierra de sus abuelos, el paraje donde vivieron.

—No, señor, me interrumpió. Eso me tiene sin cuidado. Lo que yo desaria ver son esas bonitas bailarinas españolas, que, vestidas de andaluzas, me ha dicho el español Casajemos que hacen unas danzas y unas cosas que es para derritirse de gusto.

Pronto se dió á conocer el Administrador y Vista de la Aduana, y busqué manera de que no prosiguiera dándonos cuenta de sus inclinaciones, por lo cual me dirigí al Ministro y le pregunté:

—¿Y vd. desea ver la patria de sus progenitores?

—He perdido esa esperanza, me respondió D. Domingo. Soy viejo para soportar esa larga travesía, y además, S. E. el señor Presidente de la República, el ilustre ciudadano D. Cárlos Antonio Lopez, no me lo consentiria.

—¿Le es vd. muy necesario? le pregunté.

Bajó los ojós, tartamudeó, porque creyó sin duda conocer én mi pregunta una sátira, y dijo en términos concretos lo siguiente:

—Muy necesario, no; pero cada individuo tiene su puesto debido en la República del Paraguay, y todos desempeñamos nuestros deberes, lo cual indica que servimos para algo, y acaso mas que otros que presumen de sábios.

Viendo yo tánta soberbia, quise castigarle, y repliqué:

—Tiene vd. razon, no hay hombre inútil en la tierra; todo estriba en conocer para lo que sirven, y haciéndose este importante descubrimiento, no hay hombre que no sea una especialidad en alguna cosa.

Los jesuitas, con los cuales he estudiado, tenian esta máxima; decian que no habia hombres inútiles en la tierra, y cada cual tenia un dón especial. Eran los que mas buscaban en el hombre esta condicion escondida, y cuando la encontraban, lo arrimaban á la comunidad. Tenian los jesuitas de San Luis Gonzaga en Sevilla, un lego sordo y muy estúpido, que siempre estaba metido en la huerta, y era de carácter tan áspero y refunfuñon, que lo odiábamos todos los estudiantes. Pegóme un dia un pescozon porque derramé, corriendo con otros rapaces, un cubo de agua que estaba junto á la noria. El dolor que recibí me enseñó que tenia la mano tan dura como su carácter; el padre Tellez, mi maestro de latinidad, que habia presenciado el lance, se sonrió, y yo indignado le dije: «¿No dicen los padres que cada hombre es una es«pecialidad para una cosa? ¿Para qué es especial este «hombre bárbaro y soez?» Volvió á sonreir el padre Telles y recuerdo que me dijo estas palabras: «El «hermano Paez es una especialidad para escoger me«lones.»

Y mirando al Ministro, que se rió de la gracia, ví que no me habia comprendido, porque el alfilerazo no habia hecho sangre, y añadí :

—Y así como el hermano Paez era una especialidad para escoger melones, tal vez vd. sea otra para pegar hojas con engrudo á periódicos empaquetados.

El Ministro tornó á tartamudear, y como el ciudadano Garro no estaba en autos y tenia muy poco de lo de Salomon, nos miraba al uno y al otro sin saber de lo que se trataba, yo conocí la tribulacion de don Domingo, y como no me gusta prolongar el martirio de mis ofensores injustos, dí otre giro á la conversacion y comencé á deplorar que el poder ejecutivo de la República fuese tan rigoroso y precipitado en sus deliberaciones, y que lo sentia tanto mas cuanto que en

el país cxistian las leyes españolas, que daban mas reposo al entendimiento y á la tramitacion de los expedientes. Pues para ello, el ejemplo de Cipriano, aquel que fué sentenciado á muerte por haber llamado diablo á la primera autoridad de la República. Yo conocia que el ciudadano ministro participaba de mis opiniones; es mas, tenia yo motivos fundados para saber que odiaba con encarnizamiento al Presidente, pero se contentaba con morderse los lábios, toser suavemente y no soltar ningúna frase afirmativa, recelando sin duda, puesto que no me conocia, que yo seria capaz de trasmitirla.

No obstante, el administrador y vista de la Aduana, que era hombre mas franco, soltó una carcajada y exclamó:

—De poco se asusta vd. Hace poco mas de un año que fué fusilado el trompeta Salcedo por un delito mas leve.

Quice conocer el suceso, y le convidé con instancia á que me lo refiriese, y lo verificó; y yo voy á narrarle, no en la forma que me lo contó, sino de manera que sea mejor comprendido.

Habia en la frontera de Corrientes un destacamento de soldados paraguayos como vigilantes, destacamento que se relevaba cada quince dias. Los soldados paraguayos conversaban amigablemente con los soldados correntinos, como podrian hacerlo hoy nuestros guardias civiles en la frontera francesa con los gendarmes allí situados para iguales fines.

El trompeta Salcedo se hizo amigo de un soldado correntino, y en una ocasion le dijo:

—Hombre, cuando te releven y vayas á la Asuncion mándame una damajuana de aguardiente, y tendré el gusto de beber al mejor aguardiente de América.

El aguardiente del Paraguay es muy celebrado, asi como el dulce y la yerba mate. Prometíole Salcedo

que así lo haria, y cuando fué relevado el destacamento y el córneta paraguayo llegó á la Asuncion, para dar muestras de su fidelidad compró la damajuana de aguardiente, y pidió al colector un pase para poderlo embarcar en un buque de vela que salia aquella misma tarde para Corrientes. El Colector estendió el pase, que llevaba la firma del presidente, preguntó cual era el importe y le dijeron que cuatro reales (dos pesetas de nuestra moneda): pagó y se fué al muelle con su damajuana para embarcarla.

En llegando á la capitania del puerto mostró el pase al capitan, el cual mirando el documento y la damajuana, dijo al interesado:

—Este pase no sirve.

—¿Que no sirve? preguntó Salcedo asombrado, y añadió:

—¿Por qué?

Y repuso el capitan del puerto.

—Tu has comprado una damajuana grande, es decir, de doble tamaño, y el pase reza el importe de una damajuana sencilla. Tienes que traer un pase que te cueste ocho reales (cuatro pesetas).

Salcedo dejó depositada la damajuana en la capitania, y le manifestó al colector lo ocurrido pidiéndole que le estendiese otro pase, declarando su torpeza por no haber manifestado la damajuana. El colector estendió el pase inscribiendo la cantidad, y al verificar el pago Salcedo puso sobre la mesa cuatro reales, diciendo:

—Cuatro reales que di antes y otros cuatro que doy ahora importan los ocho que cuesta el pase.

Y el colector replicó:

—No puede ser. El pase anterior está ya espedido y ha perdido el valor que tenia. Tienes que darme ahora ocho reales.

—Entonces me cuesta doce, y no es justo, replicó Salcedo.

Y así estuvieron disputando largo rato; el colector exigiendo el total, Salcedo defendiendo sus cuatro reales; pero tuvo que ceder, y pagó con rabia lo que le pedia el celector. Despues, tomando el pase antiguo, preguntó :

—¿Con que esto no me sirve?

—No, le contestó bruscamente el colector.

Y Salcedo, despedazando el papel con saña exclamó :

—¡Pues lo que no sirve se hace pedazos!

Y arrojando los fragmentos al suelo se ausentó.

Asustado el colector y el escribiente que le acompañaba, levantó aquel cuidadosamente los pedazos del documento y observó que habia sido rasgado el sello de la República y lo q' era mas criminal todavía, la rúbrica del Presidente, cuyo desacato creyó el colector que no debia desconocer Su Excelencia, y se fué con los pedazos á la casa de gobierno.

Contó al Presidente la escena con todos sus pormenores como queriendo agravar la culpa, sabiendo que estas adulaciones eran meritorias para don Cárlos. Este tocó el cielo con las manos, y dispuso que buscaran al criminal y lo pusieren en la cárcel con una barra de grillos.

Se puso inmediatamente en cumplimiento á la órden presidencial, y antes que Salcedo hubiese llegado al muelle, fué aprehendido y llevado á prision entre cuatro soldados y un cabo.

No quiero tener mas tiempo la atencion de mis lectores, pues ya saben la brevedad con que llevaban los procesos en el Paraguay. Cuarenta y ocho horas despues de lo referido, el desventurado Salcedo habia sido pasado por las armas.

El tiempo empleado por el señor Garro para referirme este acaecimiento fué bastante prolongado, y acercándose las doce, que es la hora consagrada en el Paraguay para comer y dormir la siesta, me despedí

del Ministro y del vista de la Aduana para retirarme yo tambien á mi morada.

Réstame añadir que cuando el ciudadano Garro terminó su historia, que escuchó don Domingo con satisfaccion para que yo no la ignorase, y para que fuese á mis ojos mas reprobada la conducta del Presidente, se levantó de la silla precipitado, y paseando por la habitacion con enérgicos movimientos y flameando los faldones de la camisa, exclamaba:

Todo es necesario en este país. Es menester que los ciudadauos se acostumbren a la obediencia, con tanta mas razon cuauto que tenemos un presidente ilustradísimo, sábio, inteligente y justiciero.

Apreté la mano al ministro de estado sonriendo, y le saludé con estas frases, que deseé me hnbiese comprendido:

—El Sr. Presidente no dudará nunca de que es Vd. el hombre mas afecto á su persona.

Salimos juntos el Sr. Garro y yo; y en la calle, á la par que andábamos, quise sacar provecho de su franqueza para averiguar una cosa que me tenia algo caviloso y le dije:

—Amigo D. Eduardo, sáqueme Vd. de una duda que tengo.

—Diga Vd., me repuso Garro.

Y yo continué:

—He sabido, porque así lo dicen todos, que el dictador perseguia, confiscaba y fusilaba á todos los que se distinguian por su talento é ilustracion. Yo he conversado con el actual presidente; es un excelente abogado y persona bastante ilustrada. ¿Cómo pudo salvarse del naufragio de la dictadura?

Y respondió D. Eduardo:

—Le salvó la astucia. Se fué con su mujer y sus hijos á la quinta, que la tenia muy lejos de la capital, y sabiendo que allí mismo habia de tener espías que le vijilasen, se entregó á la labranza, anduvo descalzo

como los demás ciudadados y se finjió maníaco. Venian los clientes para que los defendiese en sus pleitos, y sus escritos se distinguian por sus disparatès, sabiendo que el dictador los habia de leer, y de esta manera, lo mismo el doctor Francia que su actuario, le tuvieron por loco y estravagante, y pudo, lo que era muy difícil, engañar al dictador. Cuando este falleció varió de conducta; demostró que no habia estado loco; fué consaltado respecto á lo que debia hacerse en una República huérfana de presidente, y al mismo tiempo que hacia este servicio, el consul tor se hizo muy amigo del jefe de la escolta del presidente difunto, que era un ignorante, y catequizando por su mediacion á la tropa, mandaron juntos algun tiempo, hasta que buscó manera de que fuese elejido presidente en propiedad y sin asociado.

Llegamos á un paraje en que convenia separarnos, y se encaminó á su casa en tanto que yo me encaminaba á la mia.

CAPÍTULO XVI

EL BAILE DE TACUMBÚ

Una de mis primeras ocupaciones oficiales en la República fué la instalacion de una imprenta, y para verificarlo visité por disposicion del Presidente la que existia en la Asuncion.

Hallábase situada esta en la calle de la Atajo, próxima á mi primitiva morada, donde me habian atormentado los murciélagos. Entré en el establecimiento, que podia llamarse con justo título *Imprenta Nacional*, y salió á recibirme un jóven paraguayo de fisonomía tétrica, y me saludó respetuosamente, aunque sin etiqueta cumplida, porque se presentó con

pantalon de lienzo, en mangas de camisa y faldones de viento.

—¿Es vd. el regente? le pregunté.

El infelíz me miró de hito en hito, y no me sabia responder. La palabra regente le asustó; creyó que me burlaba de él, ò que buscaba una categoría superior política que la República no habia tenido, y conociendo yo su aturdimiento, tuve que explicarle lo que en toda imprenta española bien organizada recibía el nombre de regente, y entonces me dijo que él era el que representaba ese papel en aquel establecimiento, de propiedad exclusiva del Gobierno.

Quise ver el aparato de la casa y los útiles que tenia, que no debían ser de primera calidad, puesto que ya yo habia visto el *Semanario* y habia podido juzgar por su impresion que no debian ser muy exelentes. Entré en una habitacion cuadrada y ví unas seis cajas y arrimados á dos de ellas dos mancebos sin mas atavíos que los pantalones y despojados de la camisa, de modo que lucian sus pechos y sus espaldas de manera para compadecerlos, porque traspiraban copiosamente.

Pasé á otro departamento y ví que al lado de una prensa antigua de madera habia una mesa de ajuste, con útilès muy usados y escasos, bien que toda la imprenta no se distinguia ni por la abundancia de caractéres, ni por su forma. Yo sabia que el general Lopez habia traido de Francia una imprenta cumplida, que tenia que establecerse, y por lo tanto comprendí que el local que yo examinaba no era adecuado ni capaz para contener todos los útiles que contenia.

En honor de la verdad, lo mismo el regente que los otros dos jóvenes no eran lerdos en el arte, porque enseñados por un emigrado inglés que habia sido oficial de cajista en Londres, habian adelantado bastante, y propuse la admision de aprendices que aumentasen el personal y sé adiestrasen en el arte, lo

cual se hizo y aprendieron pronto, que, hablando con justicia, los paraguayos son inteligentes y aprenden bien y pronto todo cuanto se les enseña.

Visité al presidente para dar cuenta de mi exámen, y le manifesté la necesidad de buscar un local mas espacioso para establecer la nueva imprenta, y me dijo estas palabras, que nunca olvidaré:

—El estado no tiene casas mas espaciosas que la que vd ha visto, pero las tiene la Asuncion, porque hay paraguayos que han edificado à la moderna. De vd. un paseo detenido; mire vd. aquella que tenga mejor forma y que pueda servir para el objeto; entre vd. y examínela, diciendo que yo lo he dispuesto, y cuando encuentre vd. una que le acomode para el caso, me lo dice, se desaloja al que la habite, sea dueño ó inquilino, y se establece, en ella la imprenta.

—¡Señor! le respondi asustado: ¿y de esa manera se procede en una República á un deshaucio sin motivo que lo justifique?

—Ya salió vd. con sus escrúpulos de monja, me contestó, Haga vd. lo que le digo y déjese de observaciones, que yo conozco á mis paisanos y sé lo que hago.

Y yo le respondi:

—Convendria que diese vd. á otro esta comision, porque, á pesar de las facultades conque vd. me inviste, yo no me atrevo á practicar esa visita para hacerme odioso despues á los ojos del deshauciado.

Entró en esto el general Lopez y aplacó con una ocurrencia el enojo del presidente que se disponia á responderme con desabrimiento porque tácitamente le dije que era accion odiosa la que queria que yo practicara.

Me levanté para saludar al general, y éste, riéndose, me apretó la mano y me dijo:

—¿A qué no sabe vd. de lo que me rio?

—¿Cómo he de saberlo? le contesté.

Y entonces me dijo:

—Al entrar pregunté al oficial de la guardia que me recogia el caballo, si mi padre tenia visita, para buscar otra puerta si era algun cónsul, y me respondió que sí. Le pregunté que quién era, y me ha respondido con voz muy hueca: *El señor imprentero.*

—¡Si son unos animales! interrumpió don Cárlos.

Tornamos al asunto de la imprenta; el presidente hizo notar á su hijo mis escrúpulos, y conociendo el general que yo tenia razon, indicó á su padre una casa del Estado que, haciendo en ella alguna obra que yo debia dirijir, podia dirimirse la cuestion, sin causar molestias al vecindario.

Era fin de mes, y se presentó un escribiente con un papel manuscrito, que tenia la forma de una nómina, que despues que la hubo leido el presidente puso su rúbrica al pié. Como yo daba la derecha al presidente y el documento estaba escrito en letra grande y clara, pude leer lo que contenia con disimulo, y vi que cada ministro tenia quince pesos de haber activo mensuales, lo cual pregunté despues al general por si yo me habia equivocado, y me contestó afirmativamente.

—¿Le parece á vd. poco? me preguntó.

Le dije que sí y me respondió en seguida:

—Para lo que hacen, bastante tienen:

Nos apartamos del presidente el general y yo, y pasamos á un gran patio, bajo cuyos corredores estuvimos conversando largo tiempo, y me dijo que en celebridad del fausto desenlace que habian tenido los asuntos del Brasil con el Paraguay, habia de celebrarse un baile suntuoso, pero de campaña, en la fortaleza de Tacumbú, para el cual me invitaba lo mismo que á mi señora. Le ofrecí mi asistencia, y busqué manera de disculpar á mi esposa para que no asistiese al sarao, y quedó concertado de que yo iria solo.

Al siguiente dia, y despues de la retreta, paró en la calle mas inmediata á mi domicilio un carruáge, porque no le hubiera sido posible llegar al pié de mi morada, lleno de barrancos y otros entorpecimientos para las ruedas. Me despedí de mi cara mitad ataviado con los arreos propios para un baile de etiqueta, y seguí al soldado de caballeria, que me llevó donde estaba el vehículo, que era el mismo en el cual habia yo visto al Presidente, tirado por seis caballos, en tres de los cuales cabalgaban otros tantos soldados, pero sin llevar desenvainados los sables.

Entré en el coche, que paró á la puerta de la casa del general, el cual avisado, se encerró en la caja conmigo y emprendimos nuestra marcha á Tacumbú, campamento distante de la Asuncion un cuarto de legua; pero el camino era accidentado y pedregoso, y fuimos dando tumbos y vaivenes que nos molieron el cuerpo de la manera mas desagradable.

Llegamos con mil trabajos al campamento y nos apeamos, y vi un gran salon improvisado, formado de inmensas lonas de buques con sus respectivos compartimientos, esto es, estaba dividido en dos partes, que servian de salon de baile y de *ambigú*.

Lo que mas me sorprendió, fué el alumbrado. En uno de los costados del salon de baile, habia una prolongada hilera de fusiles formando pabellones, y en el cubillo de cada bayoneta una vela de sebo ardiendo, que se renovaban con frecuencia á medida que se consumian, ejercicio que practicaban tres ó cuatro soldados que hacian el oficio de alumbrantes.

En el testero de esta gran sala vi una especie de entarimado cubierto con una alfombra de paño pintado, y encima tres sillones de cuero, destinados para la presidenta y sus dos hijas. Encima estaba colgado un cuadro con el retrato del Presidente, tan mal pintado, que parecia una verdadera caricatura. En derredor del salon lucian muchas guirnaldas, pabello-

nes de papel iluminado y escudos pintados sobre carton. Podian contarse como unas noventa ó cien sillas, y sentadas en ellas las paraguayas, con trajes de seda lisos de diferentes colores, y pañuelos tambien de seda doblados y puestos sobre los hombros á manera de chales.

Ninguna llevaba guantes, pero en cambio no se habian olvidado sus anillos, que todas lucian en mayor cantidad que los que podian contener sus dedos; la mayor parte de las concurrentes iban descalzas.

Entró la orquesta, que era una banda de música militar compuesta de instrumentos de metal y un redoblante, que se situó al pié del salon dando frente al entarimado presidencial, y para estar los músicos mas descansados se sentaron en el suelo.

Me llamó el general, y me dijo que diese el brazo á su señora madre la presidenta, en tanto que él se cogia de su hermana mayor, y el coronel D. Venancio Lopez acompañaba á su hermana menor. Entramos en el salon y todas las paraguayas se pusieron de pié, inclinaron la cabeza, y cuando se hubieron sentado la presidenta D.ª Juana Carrillo y sus hijas se sentó tambien la concurrencia, y comenzó la danza.

Penetraron en el salon los oficiales de Estado mayor y los del ejército que andaban fuera de la sala, y se dió la señal para el primer rigodon que allí llaman *cuadrilla*, como los franceses, y siendo necesario romper el baile segun reza la etiqueta, tuve el honor de que fuese mi pareja la hija mayor del Presidente, señorita de baja estatura, muy entrada en carnes, y aderezada con tocados y prendidos muy estraños, pero bien calzada. El cónsul norte-americano tuvo por pareja á la otra hija del Presidente; el General Lopez sacó á una paraguaya de las familias mas principales, y D. Venancio á la hermana de esta última señorita. La oficialidad nos imitó y comenzamos todos

á bailar á compas de una música mas atronadora que armoniosa.

Eran de ver los espectadores de aquel sarao. Infinidad de soldados miraban desde los pabellones, que abiertos hacian de puerta de entrada; pero para contemplar la danza mas á su placer habian escogido una posicion cómoda y reposada. Estaban tendidos boca abajo, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la cabeza erguida y con semblante de asombro, porque supe que aquella escena tan pintoresca era para ellos un espectáculo nuevo. Conocian ya los bailes, pero no con tan pomposo aparato.

Resbalose una señorita y cayó sobre la alfombra, y salió de aquella multitud tendida panza abajo una griteria prolongada, que sonó á manera de ahullido acompañado de estrepitosas risadas.

Terminado el rigodon de etiqueta se bailó una cosa que allí llaman *montonero*, danza ceremoniosa y pausada, llena de pliegues y cortesías, que quiere asemejarse á nuestro antiguo minué, pero que termina por un sonsonete alegre, á cuyo compás precipitado levantan los bailadores los brazos, oprimen los dedos á guisa de castañuelas y bailan una especie de fandango, que acaba para volver á la primera ceremonia grave y respetuosa.

Conviene decir algo acerca de la conversacion que tuve con la señorita doña Inócencia, la hija mayor del Presidente, mientras estuve bailando con ella el rigodon, porque de aquí podrán presumir mis lectores los grados de su ilustracion. Comenzó por extrañar que no viniese mi esposa; di las razones de indisposicion que habia tenido para que no asistiese á reunion tan distinguida, y me dijo que desde su ventana nos habia visto pasear una tarde por la plaza; que era muy gallarda y muy linda y que queria pedirme un favor. Y era que dijese á mi esposa que tuviera la bondad de prestarle el vestido que llevaba puesto

aquella tarde para hacerse uno igual, porque le habia gustado mucho su forma.

Oyó el diálogo la hermana, que emparejaba con nosotros en ocasiones, y dijo que lo mejor era que yo llevase á mi esposa á su casa para entrar en relaciones con ella, y de ese modo adquiririan las nociones que necesitaban para confeccionar sus trajes al estilo europeo. Es decir, que querian las relaciones de mi espesa para que le sirviese de modista, bien que yo me apresuré á decir que los trajes que ella tenia eran mandados hacer y que ignoraba si entendia ó nó en la materia. Añadí que habia entrado en mi pensamiento acompañarla para hacer una visita á la señora presidenta y á ellas, pero que buscaba el momento propicio, porque habia llegado á entender que casi siempre estaban las señoras en su quinta.

Hubo un descanso y salí del salon acompañado del general, y pasamos á una casa inmediata de teja, donde vi descansando á doña Juana Carrillo, la presidenta, con la mano en la cintura, rescostada, sobre una mesa y con un gran puro en la boca, y lo mismo hacian sus hijas. Allí estaban el general, don Venancio, el Cónsul Norte-americano, su esposa y un ayudante del general llamado Aguiar. Todos fumaban y bebian cerveza.

Entré despues en el ambigú, donde habia una larga mesa llena de dulce secos, y muchos oficiales de tropa vendiendo cerveza, cogiendo dulces á puñados y llenando con ellos las faldas de sus compañeras.

Me aparté del ambigú y volví á la casa de tejas, y trabé conversacion con una señora de unos cincuenta años de edad, pequeñita de cuerpo, delgada y emperegilada á la europea, pero con una estravagancia supina. Sobre un peinado raro llevaba una infinidad de moños de diferentes colores; ceñía un vestido de seda muy entallado, pero muy corto de faldas, de ma-

nera que lucía casi media pantorrilla y un zapato blanco de seda con un lazo encarnado en el empeine.

Comenzó de nuevo el baile y tocaron un *wals*, y me vi precisado á bailarlo con esta señora, la esposa del Cónsul de los Estados-Unidos, y en sabiéndolo la presidenta y sus hijas se fueron volando á su entarimado para contemplarnos, y de la misma curiosidad participaron todos, y aun cuando eran muchos los que danzaban, tuve yo el triste privilegio de ser el protagonista, y mi pareja la causa de un gran jolgorio, porque eran tanto los saltos que daba mi bailarina, tales los ademanes y contorsiones que hacia con la cintura, tan acentuados los movimientos de su cabeza á derecha é izquierda, que parecia una titerera haciendo ejercicios ecuestres en un circo de caballos. Y es de advertir que la pícara era ligera como una pluma y bailaba con perfeccion, pero con un entusiasmo tal que me llevó como una devanadera.

Cuando se cansó la dejé en su asiento, y le di las gracias, y el marido vino despues á dármelas á mi. Terminó el sarao á las dos de la madrugada, hora en que me despedí de la presidenta, y en la que el general y yo regresamos á la Asuncion en el mismo carruaje que nos habia llevado, y por consiguiente esperimentando los rudos vaivenes anteriores, porque el camino no habia variado. El general vino celebrando por el camino mi buen humor y la ocurrencia que tuve de sacar á bailar á la norte-americana, y el grato solaz que habia proporcionado á la concurrencia; pero bien sabe Dios que no habia sido ese mi propósito, sino cumplir con un deber de atencion.

Llegamos á la capital de la República, se apeó el general en su casa, yo me apeé tambien, y dije que prefería un guia que me llevase á mi domicilio, porque estaba la noche bastante oscura, á que me llevase el carruaje, y asi se verificó.

Antes de llegar á mi casa topamos con una patrulla cuyo jefe nos saludó del siguiente modo:

—¿Quién vive?

Y respondió el soldado de caballeria que me acompañaba:

—¡República!

—¡Qué gente!

—Caraí Bermejo, y Santiago Pimentel.

—¡Alto la patrulla!

Nos paramos; se aproximó un oficial con el sable desenvainado, nos miró detenidamente acercando su cara á la nuestra, y dijo:

—Buenas noches. ¿De dónde se viene?

Y repuso mi acompañante:

—De Tacumbú.

Habló el oficial algunas palabras en guaraní, que yo no pude entender, á las cuales respondió mi guia en el mismo idioma, y dando otra vez las buenas noches nos apartamos, y entré en mi casa para descansar.

CAPITULO XVII

EL PARTE DIARIO

Las escenas que voy á describir podrán saborearlas mejor mis lectores poniéndolas yo en accion; pero antes conviene hacer algunas advertencias. En el Paraguay, como República, la Constitucion permitia una Asamblea, pero no se reunia mas que en una circunstancia solemne, esto es, cada diez años, el dia en que la presidencia cumplia su término y habia que proceder á nueva eleccion de presidente. Como la Constitucion paraguaya permitia la reeleccion, Don Cárlos Antonio Lopez tuvo la fortuna de ser dos veces reelegido unánimemente y por aclamacion, que era la práctica allí observada, y, preciso es decir que

á D. Cárlos no le faltó jamás la habilidad necesaria para hacerse reelegir.

Cuando yo residia en la Asuncion cumplió la presidencia su segundo plazo, y fuí testigo de la reunion del Congreso y de la reeleccion del Presidente; pude analizar el sistema electoral de la República, que me sorprendió por su sencillez.

Se acercaba el término de la presidencia, y como el Congreso tenia que elegir otra ó la misma, se hizo la correspondiente convocatoria porque la Asamblea Paraguaya se disuelve tan pronto como elige presidente y se convoca otra nueva diez años despues.

La convocatoria se hace del modo signiente: Se remite una órden circular al Juez de Paz de cada partido ó capilla, anunciándole que proceda á las elecciones de representantes, que han de elegirse necesariamente tres en cada distrito. El Juez de Paz espera el primer dia festivo para que acudan á la misa mayor los vecinos de la capilla, y los que residen en el campo á largas distancias que acudan á la iglesia. Terminada la misa, el cura, al echar la bendicion, anuncia á sus feligreses que no se ausenten, que el Juez de Paz tiene que hablarles; obedecen los feligreses, y entonces el Juez de Paz dice lo siguiente, pero en el idioma *guaraní*, para que todos le entiendan:

—S. E. el señor Presidente de la República, el ciudadano ilustre don Cárlos Antonio Lopez, convoca á sus diputados para que acudan á la Asamblea que ha de abrirse el dia tantos de tal mes. Debiendo procederse á la eleccion de representantes, y siendo tres los ciudadanos que han de salir por este distrito, creo que deben ir para tan difícil cargo el Juez de Paz, que tiene el honor de dirigiros la palabra; el jefe de urbanos de la capilla, y el mayordomo de la iglesia.

Y responden al punto los oyentes:

—*Iponaité.*

Que vertido del guaraní al castellano, quiere decir: *Muy bien*; y queda terminada la eleccion.

Los diputados aparejan sus menesteres de viaje y se encaminan á la Asuncion el dia designado.

Llegó aquel que yo debia presenciar, y el acto solemne de la apertura, pero antes conviene apuntar los preliminares, que por ser muy curiosos y entretenidos, y haber tenido de ellos pormenores curiosamente recogidos, voy á ponerlos en accion para que el cuadro sea mas deleitoso.

Suponga el lector que amanece el dia en que ha de reunirse el Congreso, y al despuntar el alba se oyen los disparos de cinco cañonazos, y en lo interior de la casa del Presidente pasa lo que voy á describir.

D. Cárlos Antonio Lopez, tendido en su hamaca, y que no ha podido conciliar el sueño, pensando si sus lecciones habrán sido bien aprendidas por los que han de aclamarle otra vez Presidente, oye el estampido del cañon y salta de su hamaca. Llama al jóven mulato que ha estado de centinela en la pieza inmediata, penetra éste en su habitacion, y sabiendo ya para lo que su amo lo llama, enciende una maquinilla de espíritu de vino, calienta agua y prepara el *mate* que es el desayuno de todos los paraguayos. Pero aquí tengo que detenerme algo para explicarlo.

Es el *mate* una especie de hoja tostada, que casi pulverizada se introduce en una calabacita, donde se echa despues agua caliente y azúcar, se introduce en la misma un canuto con boquilla de plata, que los paraguayos llaman *bombilla*, y aspiran este líquido, de buen sabor, á que son muy aficionados, no solamente los paraguayos, sino todos los habitantes de la Confederacion Argentina y Rio de la Plata.

Sentado sobre la hamaca, y en calzoncillos blancos tomó el Presidente su *mate*, pero como la bombilla no

estaba al corriente y el liquido no subia á la boca, hubo de impacientarse D. Cárlos, y devolvió al mulato la calabacilla, diciéndole que era un torpe, que no sabia preparar el *mate*, con que el rapazuelo metió el cañuto en su boca y ordeñó con sus gruesos ¡labios el atasco de algun pedazo de yerba que se habia interceptado: y entregó á su señor el *mate* perfeccionado.

Es muy comun allí este entorpecimtento del *mate*, y poco escrupulosos los paraguayos en que sus criados corrijan el defecto con su propia boca.

Despues que el Presidente hubo tomado el *mate*, pidió un cigarro, y le dió el esclavo una especie de hoja de tabaco, que fumó paseándose por la sala el jefe del Estado.

Preguntó D. Cárlos al mulatillo mientras paseaba:

—¿Ha dormido esta noche en casa don Benigno?

Don Benigno era el hijo menor del Presidente, jóven de pocos años, que habia acompañado al general Lopez á Europa, y muy dado á los entretenimientos. El mulatillo respondió:

—El señor don Benigno ha dormido fuera de casa, porque ha estado en un velorio.

Velorio llaman los paraguayos á una especie de diversion que dura toda la noche en la casa donde muere un niño, que como se figuran que es un ángel que se vuela al Paraiso celestial, colocan al infante en una caja adornada de cintas y flores en una habitacion que hay un altar con luces, y los padres del difunto se esmeran á mas no poder, no solamente para presentarle con lujo desusado, sino para celebrar la fortuna del ángel con guitarras, cantos y todos aquellos festejos que puedan dar ostentacion y ruido. Acuden los mozos y las mozas de la vecindad y pasan la noche cantando, bailando y bebiendo, lo cual da lugar á ciertos desórdenes que omito describir, pero que se comprenderán fácilmente por la misma razon que no los describo.

Cuando oyó el Presidente que su hijo don Benigno habia estado en un velorio, suspiró; y sin dejar de pasearse, preguntó:

—¿Ha quedado en la maquinilla agua suficiente para afeitarme?

Y á la repuesta afirmativa del esclavo mandó que dijesen al barbero que entrara, no ignorando que le esperaba en la antesala, por habérsele dado aviso anticipado.

Desapareció el mulatillo y entró el barbero, que, despues de saludar al Presidente, puso los menesteres de afeitar sobre una mesa, los arregló, y en viendo á don Cárlos aparejado para la operacion, dió principio á ella segun costumbre. Necesario es advertir que el barbero ejercia además el oficio de agente secreto de policía, y por esto no estrañarán mis lectores el siguiente diálogo:

—¿Qué se dice? preguntó el Presidente.

Y respondió el barbero:

—Todos están muy contentos, excelentísimo señor.

—¿Todos? volvió á preguntar don Cárlos.

—Cuando digo todos, añadió el rasurante, me refiero á los nuestros, porque el español don Jaime Folladosa, que tiene la barbería en la plaza Granne, que vino al país que parecia un mendigo y ya tiene á estas horas sobre mil pesos de capital, ese pícaro que debe á la República cuanto tiene, y á quien V. E. ha concedido la gracia de poder abrir la tienda á pesar de ser estranjero, paga los beneficios que se le hacen diciendo que V. E. parece una tinaja con sombrero de tres picos, y la excelentísima señora una placera con traje de seda. Esto lo decia á otros estranjeros que le escuchaban.

—Se me figura, respondió el Presidente, que como es de tu oficio y tiene mas parroquia que tú, le acusas con exageracion.

—Digo lo cierto, excelentísimo señor.

—¿Tú lo has oido?

—Me lo ha dicho mi sobrino, que sabe español y le sirve como criado. Añadió á los extranjeros, y especialmente á uno que estaba en la barberia jugando á las damas, que no revelasen estas cosas á nadie, porque si V. E. lo sabia, le meteria en un cepo, porque V. E. castiga con rigor á los españoles porque no tienen representante, y porque sabe V. E. que el gobierno español no ha de socorrerlos; que V. E. respeta solamente á los súbditos ingleses, porque le consta que el gobierno inglés manda una escuadra para defender al último de sus súbditos; y proseguia: *¡Estos sí que son Gobiernos!* Y ha de saber V. E. que allí se estaba afeitando el carcaman (italiano) Candotí, el que tiene la fonda en la plaza Vieja, y se quejaba de que V. E. le habia negado el permiso para poner en el corral de la fonda un reñidero de gallos; y dice á todos los extrangeros que comen en su fonda, que V. E. le habia negado el permiso porque cerca de su casa tiene un reñidero un primo de la señora presidenta, y como el carcaman iba á poner banderas en el corral y asientos de pino para que los espectadores estuviesen descansados, y además iba á poner un organillo para mayor diversion, cosas que el otro no tenia, iba á quitarle concurrencia; que V. E. lo ha conocido y por eso le ha negado el permiso.

El Presidente callaba como quien guardaba sus resoluciones.

—¿Qué mas hay? preguntó.

Y prosiguió el barbero con gran misterio:

—D. Pedro Casajemas ha comprado al médico inglés Sr. Stuart, una pistola muy corta con muchos agujeros, que se carga por la recámara y salen muchos tiros unos despues de otros, asi: *¡pun, pun, pun, pun!* En fin, una maquinita infernal.

—Conozco esas pistolas, dijo el Presidente. Pancho ha traido varias de Europa. Se llaman *revólvers.*

—¿Qué mas hay?

—Tengo en mi casa de huésped á un congregante. Queria decir diputado ó representante.

—¿De qué partido? preguntó D. Cárlos.

—Del partido Itapuá. Mi esposa le ha compuesto el *fraque*, y como se le olvidaron los zapatos, ha tenido que comprarse anoche unos de prisa y corriendo.

—¿Y que dice el representante? ¿Viene preparado para la reeleccion?

—Sí, señor, añadió el barbero; pero dice que al pasar por Villarica habló con el portugués Acosta, y que éste le dijo que los paraguayos eran unos cobardes, unos imbéciles, mulos de reata, que siempre elegian á un mismo presidente: que en el campo residian hombres de talento que valian mas que V. E.

Terminó el afeitado, y mientras el Presidente se alistaba, antes de despedirse le dijo el barbero:

—Está V. E. de enorabuena y queria pedirle una gracia.

—¿Cuál? preguntó D. Cárlos.

—Que me permitiera V. E. embarcar sin pagar derechos dos cajoncitos de tabacos elaborados.

Y repuso el Presidente.

—Luego lo diré al ministro de Hacienda, para que diga al capitan del puerto que no ponga impedimento en el embarque.

Ausentose el barbero muy contento, y entró el mulatillo con todos los arreos correspondientes á un capitan general. Entró despues la presidenta vistiendo traje corto de seda y de color fuerte con muchos farfalaes, angosto y elevado de talle; ceñian sus piernas medias de seda, y encerraban sus pies unos zapatos abotinados; peinaba rodete, bucles y lucia una peineta de teja. Ayudó á su esposo á vestirse, durante cuya operacion estuvo D. Cárlos quejándose amargamente de la conducta de su hijo menor D. Benigno, acusando á la madre de consentidora, puesto que le

permitia que se quedase fuera de casa la mayor parte de las noches.

En honor á la verdad, no era doña Juana Carrillo de aquellas madres que disculpan los errores de sus hijos, y mientras que su marido sacaba de varios estuches algunas condecoraciones y se las colocaba en el pecho, reprendia tambien la conducta de su hijo de haber edificado una casa en una de las principales calles de la Asuncion, y de que los operarios que habian trabajado en ella eran soldados que él habia dado de baja, sin haberles dado otro jornal que la racion que les concedia la patria; que los materiales de la obra habian sido extraidos de las colonias y usurpados al vecindario como castigo á culpas que no habian cometido.

En estas y otras lamentaciones se pasó el tiempo, hasta que llegó el momento consagrado al almuerzo, y trajeron á don Cárlos en un plato cuatro naranjas y un pedazo de *chipá*, con cuyo alimento quedó el Presidente satisfecho.

Sabiendo que como todos los dias le esperaban en el patio de la casa los altos dignatarios de la República, se puso el sombrero de picos; empuñó el baston y se fué á otra estancia, donde mandó que entrasen los que habian venido á saludarle.

Entraron los unos detrás de los otros, y vestidos de gala, el gefe de policía, el comandante de la escolta, el ministro de Hacienda, el de Relaciones Exteriores, el escribano de Gobierno y el colector. Recibiólos el Presidente sentado en un sillon de baqueta y los altos funcionarios de la República, despues que saludaron al Gefe Supremo de Estado, se colocaron enfilados á su izquierda de la manera que los he nombrado. El gefe de policía vestia uniforme á la francesa con grado de capitan, uniforme elegante y bien confeccionado en Paris, de donde lo habia traido el general. El comandante de la escolta vestia casaca

encarnada, pantalon blanco, botas á la gineta de becerro y grandes espuelas, casco de metal blanco con una cola de cerda pero trenzada y en su remate un moño de seda azul. El Ministro de Hacienda vestia frac y pantalon negro, y de un ojal de la primera prenda salian unas cintas de una tercia de longitud con los colores nacionales á manera de divisa de toros, llevando uniforme igual al Ministro de Relaciones Esteriores, el Escribano de Gobierno y el Colector.

Todos los dias se presentaban estos dignatarios á la misma hora para dar el parte, pero la solemnidad de este dia requeria que el acto fuese mas ceremonioso; y dijo el Presidente al gefe de policía, cuyo apellido era Marcó :

—¿Qué ocurre?

Y respondió el preguntado con la siguiente relacion :

—El maestro de escuela de Ibitimí recibe periódicos *imprimidos* del exterior; los lee, los *empresta* á los vecinos de la capilla y les dice: «estos sí que son gobiernos, y no el nuestro.»

—¿Quién le da esos periódicos? preguntó el Presidente.

—Su hijo, repuso Marcó, que es guardia marino del vapor *Ipora*, y se los trae escondidos de Buenos Aires.

—¿Tiene bienes ese maestro de escuela?

—Los tres pesos mensuales que le da el Estado, y lo que él se agencia con la cosecha de tabaco.

—Disponga que mañana se le den cincuenta azotes en la picota de Ibitimí.

—No es mulato, excelentísimo señor.

—Si es blanco de linaje le condeno á dos meses de calabozo con una barra de grillos, y al hijo que le trae los periódicos, deje de pertenecer al cuerpo privilegiado de la marina y vaya destacado al cuerpo

de infantería que guarda la frontera de la Colonia Oriental.

Despues que hubo dado su parte al gefe de policía, tocó hablar al comandante de la escolta y dijo:

—He averiguado, Excmo. señor, que don Domingo Salvatierra, soldado de la escolta, que tiene oficio de barbero, afeita privadamente al secretario del cónsul inglés Mr. Henderson, el cual le pregunta lo que hacen nuestros soldados y sus gefes en lo interior del cuartel, y como Salvatierra tiene la lengua un poco larga, refiere lo que comen los soldados, cómo se castigan las faltas de disciplina y otras cosas interiores, que el secretario refiere despues en otras partes para burlarse de nosotros.

—¿Qué castigo ha dado vd. á Salvatierra?

—Está en el cepo, mientras V. E. determine otra cosa.

—Que se le apliquen ochenta palos, y en saliendo del hospital, será espulsado del cuerpo de preferencia á que pertenece y se le llevará á las fortalezas de Humaitá para que trabaje allí como forzado.

Llegó su turno al ministro de Hacienda, y tuvo que dar cuenta de lo que concernia á su departamento, y se expresó con voz temblona de la siguiente manera:

—Ayer tarde compré los cohetes que me indicó V. E. se debian disparar esta noche en la plaza en celebridad de la reeleccion presidencial, pero los hemos probado en el patio del cuartel y no arden.

—¿Y por qué pone vd. esa cara tan compunjida y llorona? ¿Hay mas que devolverlos y comprar otros?

—Es el caso añadió el ministro tartamudeando, que el vendedor es un pícaro *gringo*, que se embarcó esta madrugada despues de haberme engañado.

—Pues busque vd. cohetes por otro lado.

—Pero, señor, no hay en la República quien los tenga, ni quien los haga.

Dió el Presidente un bastonazo sobre el pavimento y gritó:

—Esta noche quiero que se disparen cohetes en la plaza de gobierno y nó digo mas.

El ministro de Hacienda se puso pálido como un difunto y debió esclamar para sus adentros: «¡Válgame Santa Rosa de Lima!» Y mientras que meditaba cabizbajo la manera de adquirir cohetes, tocó usar de la palabra al ministro de Relaciones Esteriores, mi amigo D. Domingo Sanchez, que habló de esta manera:

—El Sr. Cónsul de los Estados Unidos me ha escrito una carta.

Y diciendo esto la sacó del bolsillo y la mostró, añadiendo:

—Me pide en ella permiso para asistir á la sesion del Congreso.

Tomó el Presidente la carta, y notando que venia abierta, preguntó al ministro encolerizado:

—¿Y por qué se atrevió vd. á abrirla y á enterarse de su contenido?

El pobre D. Domingo se descompuso, y con acento tímido y balbuciente respondió:

—Como no era nota diplomática, sino un asunto confidencial.... yo crei....

—¡Es vd. un animal! gritó el Presidente; y contestó Sanchez con robusto acento.

—Sí, señor.

—Vd. no tiene autorizacion para abrir la correspondencia de ningun agente extranjero,

Y dando un repaso al contenido de la epístola, preguntó al Ministro:

—¿Qué ha contestado vd.?

—Mandé decirle con el portador que lo pondria en conocimiento de V. E.

—¡Otra animalada! exclamó don Cárlos. De esa manera dirá ese *gringo* que los Ministros del Paraguay

no tienen dignidad; que no dan un paso sin consultarlo con el Presidente. No saben vds. hacer otra cosa que ponerme en ridículo. ¡Estoy rodeado de animales!

Y respondieron á un tiempo todos los dignatarios inclinando su cabeza :

—¡Sí, señor!

Arrojó el papel sobre la mesa y añadió:

—Luego se le contestará.

Se encaró con el Escribano de Gobierno y le dijo :

—Veremos si me sale vd. con otra borricada. Hable vd.

—Como V. E. me habia encargado, he comprado para obsequiar á los representantes de la patria, cuando terminen las sesiones, cuatro barricas de botellas de cerveza fuerte y seis cajones de galletas americanas.

Se levantó don Cárlos fuera de sí y exclamó con acento desesperado :

—¿Yo le he dado á vd. ese encargo? ¿Me supone vd. tan borrico, que haya yo dicho al Escribano de Gobierno una cosa que es de la atribucion del Ministro de Hacienda?

—El señor Colector me dijo, prosiguió el escribano, que V. E....

—El Colector, interrumpió el Presidente, vd. y todos mis empleados debian andar á cuatro piés. ¿Qué más?

Y Continuó el escribano:

—Don Elías Echavargota, español vizcaino, y establecido en Villarica, pide licencia al Excmo. Sr. Presidente de la República, para contraer matrimonio con la criolla Pilar Escabriza.

—¿Tiene caudal la muchacha? preguntó el Presidente.

—No, señor, repuso el Escribano; es una liberta, que compró el año pasado D. Ignacio de la Vega.

—Concédase la licencia y póngamela vd. mañana á la firma.

Se apartó el escribano y se adelantó el colector con un papel en la mano y comenzó á leer lo que sigue:

«Han entrado ayer en el Tesoro tres pesos, proce-
«dentes de multa impuesta al argentino Rafael Cap-
«devila por haber corrido á galope en un caballo por
«la ciudad. Idem otros tres pesos de igual proceden-
«cia por haber sorprendido la patrulla sin linterna, á
«las once de la noche, á Blas Dolores Torrijos. Idem
«diez y seis pesos de patentes por meses vencidos á
«los que tienen licencia para vender al menudeo, y
«treinta y seis pesos por venta de papel sellado: to-
«tal cincuenta y ocho pesos de ingreso legal, cuyo
«recibo del señor ministro de Hacienda consta en Co-
«lecturia como justificante.»

El Presidente mandó que aguardasen todos órdenes en la antesala, excepto el jefe de policía, con quien S. E. tenia que hablar privadamente. Obedecieron los dignatarios, y solos D. Cárlos y el Sr. Marcó, dió comienzo el siguiente diálogo:

—¿Habló vd. á la gente que ha de usar de la palabra en el Congreso? preguntó Lopez.

—Si, señor, contestó el jefe de policía. Hablarán D. Manuel Peña y el cura de la Encarnacion, y además otros ciudadanos á quienes ya tiene aleccionados el señor general.

—¿Y quién ha mandado al general mezclarse en estos preparativos? añadió el Presidente; á lo cual repuso el jefe de policía:

—Habia corrido la voz de que V. E. iba á entregarse á la vida privada, en cuyo caso, si V. E. insistia en separarse, la Asamblea estaba dispuesta á proclamar como Presidente al Exmo. Sr. General D. Francisco Solano Lopez.

Disimuló D. Cárlos la ira que lo dominaba, y se limitó á decir secamente á Marcó:

—Corra vd. á casa del general, y dígale que venga inmediatamente.

—Está en el patio con sus edecanes, respondió el jefe de policía.

—Dígale vd. que pase.

Saludó Marcó respetuosamente, se ausentó, y algunos momentos despues estaban frente á frente Don Cárlos y el general. Aquél se expresó de esta manera:

—¿Qué es lo que acabo de saber? Me aseguran que estás adiestrando á varios representantes para que te nombren Presidente.

—Se ha equivocado el que tal piense, contestó el general sin inmutarse. Vd. ha sido el primero en decir á todo el mundo que está fatigado; que los asuntos de la política le llevarán al sepulcro, y que desea descansar, y que renunciará á la presidencia. Las palabras de vd. han circulado, y muchas personas se han acercado á mí para decirme que si vd. hace formal renuncia me aclamarán Presidente, y yo antes que adiestrarlos en ese empeño, como vd. me ha dicho, he trabajado con afan para que no hagan tal locura y persistan en reelegir á vd.

Sonaron las nueve, y se hicieron los aprestos necesarios que preceden á la eleccion, es decir, se aparejó la comitiva para ir procesionalmente á la catedral á oir la misa de gracia antes de la apertura del Congreso. Avisaron al Presidente que todo estaba dispuesto; pero S. E. antes de salir llamó á don Domingo Sanchez, al cual preguntó:

—¿Se acuerda vd. de mis advertencias de ayer?

—Sí, señor, respondió el Ministro de Estado; y las tengo apuntadas.

Y para probarlo sacó un papel y leyó lo siguiente:

«A la salida de la iglesia, no bien se divise al señor «Presidente, se izará la bandera, sonarán las trom«petas y se hará una salva de veintiun cañonazos, y

«durante el tránsito desde la catedral al Congreso se «darán vivas á S. E.»

—¡Y se dispararán cohetes! añadió don Cárlos.

—No los hay todavía, Excmo. señor, contestó Sanchez casi llorando.

—¡Pues le fusilaré á vd. mañana!

—Yo no soy el responsable, Excmo. señor. El encargado es el Ministro de Hacienda.

—Pues fusilaré á los dos.

—Los cohetes, interrumpió el general no lucen de dia.

—Pues que se disparen esta noche, dijo el Presidente; y si no hay cohetes, lo dicho está dicho.

Mientras estas cosas pasaban en lo interior de la casa presidencial, voy á describir lo que sucedia en la plaza momentos antes que saliese la comitiva.

La plaza principal de la Asuncion es grande; no tiene empedrado y está cubierta de yerba menuda. En esta plaza existe la residencia del Presidente, el palacio que llaman de Gobierno, la Colecturía, un cuartel de infantería y el de la escolta del Presidente, pero sin caballerizas, porque los caballos están pastando en la Ribera, y se van á buscar cuando hay necesidad de montarlos, que entonces acuden los soldados con sus lazos, persiguen á los animales con teson y destreza, enlazándoles por el pescuezo y por los piés, y los llevan para ponerles las monturas.

Mientras que el Presidente, sus Ministros, el general y sus demas funcionarios oian la misa llamada de gracia en la catedral, los diputados, allí llamados representantes, discurrian por la plaza esperando el momento de que se abriese el salon del Congreso, que luego describiré.

Era de ver la uniformidad del traje que vestian los representantes para dar lucimiento á la ceremonia. Los habia con pantalon blanco, sin chaleco, frac de seda de cuello alto y con sombrero de cerda en for-

ma de campana, ó de paja con anchas alas; unos iban calzados y otros con los piés desnudos. No vi ningun negro, pero si noté que habia gran número de mulatos. La Representacion nacional se componia de unos doscientos diputados.

Los que no paseaban conversaban sentados en el suelo formando círculo ó comiendo pan y naranjas. Entre los congregantes, como los llaman las gentes del pueblo, habian muchos que no sabian el castellano.

Paseábanse, por la plaza, como yo, en son de curiosos, Mr. Henderson, cónsul inglés; Mr. Bamberger, Cónsul Norte-americano; el señor de Madruga, Cónsul de Portugal; y el Cónsul francés, conde de Brosard. Entramos en plática y murmuramos juntos en vista de aquel espectáculo. Tuve curiosidad de saber lo que el Ministro de Estado habia respondido al Cónsul Norte-americano acerca de su pretension de querer presenciar las discusiones del Congreso, y me mostró la carta firmada por don Domingo Sanchez, en la cual le negaba su pretension.

Era la hora en que debia relevarse la guardia de prevencion del cuartel de infantería.

Cuando estuvo hecho el relevo marcharon los salientes con la misma ceremonia con que habian llegado los entrantes y quedó practicado el relevo.

Habia terminado la misa de gracia, y el Presidente con su comitiva habia entrado en el palacio ó casa de Gobierno, á fin de tomar algun descanso y dirigirse despues al Congreso.

Fui mas afortunado que el Cónsul Norte-Americano, pues anticipadamente habia yo obtenido licencia para asistir á la reunion de los diputados, que así lo solicité, protestando que si querian que describiese el acto en el periódico de una manera lucida, no tenia mas remedio que presenciar la ceremonia, y aceptaron mi solicitud el Presidente y su hijo el general.

Se oyó un golpe de trompeta muy prolongado, se abrieron las puertas del Congreso, gran salon de planta baja y tejas, inmediato á la Colecturia, y fué de ver el apresuramiento de los diputados para ordenarse y entrar, y la prisa que se daban algunos en ponerse los zapatos, que se habian quitado por no poder soportar una cárcel á la cual no estaban acostumbrados.

Pintura del Congreso. Un gran salon cuadrilongo enladrillado, y á derecha é izquierda tres hileras de sillas de madera pintada con asientos de neas. En el testero habia una especie de plataforma ó entarimado que sostenia una gran mesa de cedro con tapete de damasco encarnado; escribanía, y los expedientes hacinados que acompañaban al mensaje. Detrás de la mesa había un sillon con brazos para el Presidente, y en derredor de la mesa, sillas para los Ministros y otros funcionarios. En la pared estaba colgado el escudo de la República que dibujaba un asta, encima un gorro frigio, al pié un leon acostado y en derredor un letrero que decia : *Orden, paz y justicia.*

Entraron pareados y sin apresurarse los Representantes, que se fueron sentando y colocando sus sombreros debajo de sus respectivas sillas; apoyaron las palmas de las manos sobre sus muslos, inclinaron los ojos al suelo, y permanecieron en esta actitud hasta que llegó el Presidente.

Se oyó otro nuevo toque de corneta, y los diputados se pusieron de pié sin quitar la vista del suelo. La esperiencia de otra ceremonia igual les decia que aquel ruido marcial indicaba que el Presidente se encaminaba en busca de la Representacion Nacional, y que era menester saludarle como á Dios, no en viéndole, sino en oyéndole.

Entró, pues, el Presidente de la República con los atavíos de mariscal francés, y con algunas condecoraciones que le habia dado el emperador de los fran-

ceses y el del Brasil en tiempos bonancibles. Seguian al Presidente su hijo don Francisco Solano Lopez, general de los ejércitos de mar y tierra, Ministro de Guerra y Marina; don Domingo Sanchez, Ministro de Relaciones Exteriores; don Manuel Gonzalez, Ministro de Hacienda; el Escribano de Gobierno y el Colector, que eran las principales dignidades de la República.

Ocupó su puesto el Presidente rodeado de su comitiva, y poniendo el sombrero sobre la mesa, dijo :

—Honorables Representantes de la Nacion : ¡Sentaos!

Y los diputados obedecieron sin mirar á otra parte mas que al pavimento.

Y dijo el Presidente estas ó parecidas palabras :

—Honorables Representantes : La escolta de caballería que ha venido acompañándome, y que permanece á las puerta de este palacio, no ha venido para intimidar ni para ejercer coaccion en la Asamblea, que es dueña absoluta de su opinion. Esa escolta es un aparato que contribuye al decoro de la primera magistratura de la República, un tributo de gratitud rendido á la costumbre, y nada mas.

«Sin embargo, como la República del Paraguay no se parece á ninguna de las que rigen en nuestros Estados vecinos, prohibo toda clase de discursos acalorados, los vivas y otros ruidos análogos, que despojan á la Asamblea de la conveniente solemnidad.»

«Debo advertiros, amables Representantes, que el Congreso no está todavía constituido, que es necesario que para deliberar se constituya, y se hace necesario el nombramiento de una Comision de su seno, que se componga de un Presidente, de un Vice-presidente, de un secretario y dos vocales.»

Terminado este discurso, los Representantes se

miraron los unos á los otros, y un paraguayo de los mas atrevidos y resueltos, que sabiendo castellano imperfectamente no pudo comprender lo que habia dicho don Cárlos al hablar de la Comision, escuchando la palabra «presidente de la Comision,» entendió que se trataba de Presidente de la República, y creyendo obrar de conformidad con lo que le habian enseñado el dia anterior, como se sabia la leccion de memoria, la coreó de la siguiente manera.

—Compañeros representantes: Ya conoceis los servicios que ha prestado á la patria el ínclito ciudadano D. Cárlos Antonio Lopez. Creo que estoy en el corazon de todos mis conciudadanos, y que, como yo, proclamarán nuevamente Presidente de la República al que lo es en la actualidad, y por lo tanto....

Sonó la campanilla del Presidente, suspendió su arenga el diputado, y dijo con calma D. Cárlos:

—El honorable representante que habla, es un pedazo de animal, que no me ha entendido.

Yo estaba asomado á una ventana baja de un patio, desde donde podia yo dominar todo el Cuerpo legislativo. Me miró el general, bajó la cabeza para reprimir la risa, y yo me retiré de la ventana para despotricarme con una carcajada. Y continuó don Carlos sin perder su severidad.

—Tendré que repetir, señores, que el Congreso no está constituido, y que es necesario constituirle para poder deliberar; y para constituirle, repito, es necesario nombrar una Comision compuesta de un Presidente, no de la República, y de un Vice-presidente de un secretario y dos vocales. ¿Me han comprendido ustedes?

—Si, Excmo. Sr., gritó otro paraguayo esperto poniéndose de pié y dando señales de brios. Vuecelencia quiere un vice-presidente; pues ¿quién mejor que su magnífico hijo D. Francisco Solano Lopez, capitan general de los ejércitos de la....

Sonó la campanilla del Presidente y dijo:

—Es vd. mas borrico que su compañero. ¡Vaya unos Representantes!

El obispo, que era paraguayo, y que se hallaba en una de las primeras sillas de la derecha, miraba al Presidente, el cual, devolviéndole la mirada, esclamó:

—¡Y vd., so títere....! ¿Qué hace que no corrije á sus cófrades? Levántese y hábleles de modo que entiendan, y sin esos latinajos que tanto le gustan á vd.

Levantóse el obispo, y con acento humilde preguntó:

—¿Quiere vuecelencia que los hable en *guaraní?*

—Háblelos vd. como quiera, contestó el colérico magistrado.

El obispo se volvió á sus paisanos, les dijo en *guaraní* lo que el Presidente les habia expresado en español, y para facilitar mas el trabajo de sus colegas añadió:

—Y yo, señores Representantes, proclamo por Presidente de esta Comision al que es de la República.

Yo, que sabia que esta comision era la que debia examinar los expedientes, el mensaje y los actos del Presidente durante el periodo de diez años, no pude reprimir un movimiento de espanto al ver que el Presidente iba á juzgarse á sí propio. Notólo el Presidente, y mirándome, como que hablaba al Congreso, dijo:

—Son dos poderes incompatibles, pero es la costumbre de la República, y la costumbre hace oficio de ley.

La vice-presidencia de la Comision recayó en un señor llamado don José Verges, muy favorecido del Presidente, y á este tenor fueron elegidos los demás miembros de la Comision.

El Ministro de Relaciones Exteriores leyó el mensaje, que era una recopilacion de todos los actos administrativos del Poder Ejecutivo durante diez años, donde no se relataban mas que mejoras de todo linaje y elogios repetidos al Presidente. Habia sobre la mesa una infinidad de espedientes voluminosos, que eran los comprobantes de cuanto el mensaje explicaba, y cuando terminó la lectnra de este documento, dijo el Presidente :

—Ahora va á procederse al exámen minucioso de estos espedientes. La Comision (que él presidía) va á ser severa en la censura, y mientras se ocupa de este importante análisis, pueden los señores Representantes, que han delegado sus poderes en la Comision, retirarse al patio inmediato á descansar, que cuando el exámen haya terminado, serán llamados para escuchar el dictámen de la comision.

Se levantaron los representantes y entraron en el patio, que era el mismo desde el cual estaba yo presenciando la sesion y tomando mis apuntes para el periódico.

Se presentó el Ministro de Hacienda armado de un gran clavo y martillo, y comenzó á desclavar las cubiertas de dos grandes barricas que estaban debajo de un árbol, dentro de las cuales habia muchas botellas de cerveza. Apareció en seguida una negra, que fué poniendo sobre varias mesas, unidas las unas á las otras, copas, vasos y jarras de barro, y el Ministro, con una jovialidad fuera de modo y hablando en *guarani*, invitaba á sus paisanos á que bebiesen hasta mas no poder, convite rcogido con gusto por todos los diputados.

Mi residencia en el Paraguay, que ya se habia prolongado demasiado para ser conocido de todos los habitantes de lá República, al menos por el nombre, y la publicacion semanal de *El Eco del Paraguay*, periódico que yo redactaba con formas y locuciones dis-

tintas á las que tenian costumbre de ver en el *Semanario* que habia redactado el Presidente, me dieron popularidad, y corriendo la voz por entre los diputados, viéndome alli, que era yo el que gozaba de tanto favor con la presidencia, y que era el que escribia el nuevo papel semanal que tanto les habia sorprendido, se aproximaron á saludarme de la manera mas benévola, tributándome á su manera toda clase de ditirambos.

Despues de repetidos parabienes y de reiteradas invitaciones para que bebiese cerveza, lo que rehusé vino un soldado á decirme que el general me llamaba; me despedí de mis atentos agasajadores y seguí al militar que habia venido á buscarme.

—Le llama á vd. mi padre, me dijo el general, para que repáse vd. el dictámen, que ha de firmar la Comision examinadora, porque como es un documento que va á insertarse y que tiene que aparecer en el exterior, conviene que corrija vd. el estilo, por si algo le disuena.

—Para que lo ponga vd. á su manera, dijo el Presidente, cuyas palabras no se me olvidan, porque las repetia mucho en todas las situaciones análogas, en las cuales eran él y su hijo los autores de algun pensamiento.

Ocioso es decir que el dictámen aprobatorio del mensaje estaba hecho con anticipacion á la apertura del Congreso por el mismo Presidente, y que los que debian firmar se hallaban en una habitacion inmediata esperando que S. E. los llamara para rubricar aquel documento. Redacté otro dictámen y tuve la fortuna de que mereciera los plácemes del Presidente y los del general.

Se llamó al escribiente, que aquel dia calzaba zapatos y estrenaba chaqueta de paño negro, y despues de haber puesto en limpio mi borrador, vinieron los comisionados, encabezados por un sacerdote á quien

llamaban el padre Roman, cura de la Encarnacion, y á quien nombro porque mas adelante ha de representar un papel de importancia en otra escena de mucho interés.

El general tuvo la condescendencia, que no fué poca, de leer á los comisionados el dictámen que iban á firmar, y antes que se les pidiera su parecer se apresuraron ellos á revelar, no solamente su aprobacion, sino su entusiasmo.

Ello es que el Presidente de la República aprobó sus propias deliberaciones por encontrarlas justas y legales, y que en menos de hora y media tuvo la Comision la extraña habilidad de examinar todos los actos del Gobierno y de compulsarlos con la inmensa documentacion que se quedó en la mesa presidencial sin ser removida por nadie.

Firmado el documento, se convocó de nuevo á la Asamblea, que vivaqueaba en el patio, y penetró en el salon con sumision y compostura; recibió con ceremonia al Presidente, que tornó á ocupar su asiento, y mandó que el secretario de la Comision examinadora leyese el dictámen.

—¿Están conformes en lo que se ha leido los honorables Representantes? preguntó el Presidente.

Los diputados se pusieron de pié y se dijeron á una voz:

—*¡Iponaité!*

Y añadió el Presidente:

—¿Cuándo perderán vds. la salvaje costumbre de hablar en *guaraní* en actos tan solemnes? Se dice: *¡Sí, señor!*

Y respondieron los Representantes á una voz, como si dijeran *ora pro nobis*:

—¡¡¡Sí, señor!!!

Voy a referir ahora el acto mas importante de la sesion, del cual tomé los apuntes aquella misma noche, procurando no olvidar las palabras del Presiden-

te, que si no fueron como las escribo, fueron muy parecidas. Sobre todo guardé la sustancia.

Y dijo el Presidente:

—Honorables representantes: Vais á ejercer ahora el acto mas grave de la sesion, para el cual os pido juicio y patriotismo. Vais á proclamar Presidente de la República, porque mi mision ha terminado. No pongais los ojos en mí; dejadme descansar, que vuestra pertinacia en reelegirme ha quebrantado mi salud de una manera irreparable. Buscad en la República un ciudadano benemérito que me reemplace y que termine gloriosamente la obra que yo he comenzado con tantos afanes.

Levantóse el padre Roman, párroco de la Encarnacion, y terciando el manteo, miró al Presidente inclinando la cabeza y dijo la leccion, que ya estaba aprendida y examinada.

—¿Me permite S. E. concederme el uso de la palabra?

—La tiene el honorable Representante, contestó el Presidente.

Y habló el padre Roman de la siguiente ó parecida manera, dirigiéndose á sus conciudadanos:

—Honorables representantes: ¿Qué habeis visto durante los dos decenios que nos han precedido, y durante los cuales ha ejercido el Poder Ejecutivo el ilustre ciudadano don Cárlos Antonio Lopez? Mejoras innegables en todos sentidos. Regularizada la administracion de justicia, nuestras intímas relaciones con los pueblos civilizados del viejo mundo; próspera la marina; próspero el ejército de tierra; flamante nuestro comercio, aumentada nuestra industria y constantemente respetado el principio de autoridad. ¿Seremos nosotros los que pongamos en peligro á la pátria buscando por mejorar lo desconocido?

—¡No! gritó un diputado poniéndose de pié, que se llamaba Manuel Peña, al cual dijo el Presidente sonando la campanilla:

—Otra vez, antes de usar la palabra, tenga vd. la dignacion de pedirla.

—Pues pido la palabra.

—Use de ella el honorable Representante.

Y habló Peña del siguiente modo:

—¡No, repito, y mil veces no! Y estaré diciendo no, hasta que suene la trompeta del juicio final.

Sonó la campanilla de nuevo el Presidente y le dijo:

—Ciudadano Peña, menos bola y mas limosna.

Y siguió hablando Peña un tanto desconcertado:

—Aquí es preciso, porque la Patria es primero que nadie, no transigir con la presidencia y obligarle al sacrificio de otros diez años de tareas, y si resistiese, acordaos de Wamba, señores:

Y dándole á escojer corona ó muerte
Aun dudó si era aquella peor suerte.

Por lo tanto, yo proclamo Presidente de la República al ciudadano benemérito don Cárlos Antonio Lopez. ¿Lo aceptais?

La respuesta fué afirmativa, y quedó hecha la proclamacion sin ruidosos aparatos, y dijo el Presidente:

—Me someto resignado al nuevo sacrificio; pero en vez de los diez años serán cinco que es cuando termina el plazo concertado con el imperio del Brasil para el arreglo de la cuestion de límites. Quiero retirarme con la gloria de haber dejado deslindada y conclusa esta delicada negociacion.

Dió las gracias á la Asamblea con un breve discurso, y la disolvió.

Cuando los diputados se ponian de pié para saludar al Presidente, que se ausentaba á la casa de Gobierno, iba diciendo al jefe de la escolta:

—Pero ¿qué hacen esos animales de artilleros? ¿Por qué no disparan las salvas?

Echó á correr el jefe, y poco tiempo despues se escuchaba el estampido de veintiun cañonazos y el ruido de las trompetas ó tambores.

El jefe de la escolta dió un viva al Presidente, que contestaron los soldados de caballeria, pero sin entusiasmo.

A la puerta de la casa de Gobierno habia unos quince ó veinte muchachos descalzos, vestidos con chaqueta y pantalon de lienzo azul, dirijidos por un maestro de escuela, que cantaban en coro un himno que se entonaba á la independencia. Cuando entró el Presidente cesó el canto, y dió el maestro de escuela á sus escolares todos estos vivas que voy á mencionar, y tal vez se me quede alguno en el tintero:

—¡Viva el Exmo. Sr. Presidente de la República, el ilustre ciudadano D. Cárlos Antonio Lopez!

—¡Viva! decian los muchachos.

—¡Viva su hijo mayor, el Excmo. Sr. General de los ejércitos, el ciudadano don Francisco Solano Lopez!

—¡Viva!

—¡Viva el Coronel del ejército paraguayo, el ciudadano D. Venancio Lopez!

—¡Viva!

—Viva el hijo menor de S. E., el capitan de ejército, el ciudadano don Benigno Lopez!

—¡Viva!

—¡Viva la Excma. Sra. Presidenta, la ciudadana doña Juana Carrillo.

—¡Viva!

—¡Viva la hija mayor de S. E., doña Inocencia Lopez!

—¡Viva!

—¡Viva la hija menor de S. E., doña Asuncion Lopez!

—¡Viva!

—¡Viva la República del Paraguay!

—¡Viva!

Este viva, que debió ser el primero, fué el último. Se miraba mas á la personalidad que á la institucion; adulaciones naturales de los pueblos miserables ó prostituidos.

Salió aquella noche la retreta de una forma desusada, y la voy á describir de la mejor manera que pueda.

Encabezaba esta ceremonia militar una media compañía de soldados de infantería con el arma al brazo y bayoneta calada, precedida de un oficial con el sable desnudo y apoyada la hoja sobre el hombro como pudiera hacerlo un soldado de caballería.

Detrás de esta fuerza iban dos tambores y un pito, y seguidamente una banda de música con instrumentos de metal, bombo, chinescos y platillos, y á los costados dos hileras de soldados, cada uno con un farol, como si acompañasen á un rosario de nuestros pasados tiempos, solamente que en estas antiguas procesiones nocturnas solo se contarian seis ú ocho faroles, y en esta retreta conté yo sesenta y ocho; con que calculen mis lectores si la ceremonia iria alumbrada.

En medio de la banda iba un robusto soldado conduciendo una inmensa farola de hoja de lata y cristal, de una forma estravagante. Detrás de la retreta iba mucho pueblo reunido, sin que escasease el género femenino.

Los tambores no sonaban marcha, sino una especie de redoble variado á manera de diana, en que alternaba el cuero con el aro de la caja, y con cuyos estraños compases armonizaba el pito, y así que este sonsonete acababa, empezaba la música, que marchaba á paso regular, haciendo de vez en cuando algunas paradas, generalmente á la puerta de alguna novia ó manceba del coronel, ó de alguna otra señorita amiga íntima de otro gefe de la milicia.

Segun reglamento, la retreta salia del cuartel á las

ocho y á las diez debia estar ya recogida; tocaba su última pieza en la puerta del cuartel, sonaba despues un redoble, que indicaba silencio, y despues nueve campanadas muy pausadas, que llamaban *queda*, y entraba la ciudad en un silencio sepulcral, sin que se oyese mas voz que la de *¡centinela, alerta!* y el misterioso pisar de las patrullas.

A las once se distribuian los serenos, que eran soldados de infantería, que armados con una lanza y colocados en las principales esquinas de las calles de la poblacion, cada cuarto de hora cantaban la hora, pero de una manera que movia á risa. Para cantar las doce, por ejemplo, empezaban con un acento muy bajo, é iban subiendo la escala hasta llegar al *sí bemol*, pero muy despacio, en esta forma: «¡Laaaas...... doooooooooce!!!!» Respondian los inmediatos uno por uno, y se esforzaban para ver quién llevaba á mas alto grado el diapason.

CAPÍTULO XVIII

LOS PESEBRES.—EL PICHICHÍ Y EL CIELITO.—EL TARRO DE MIEL.—FUNERALES INDIOS

Llegaron las festividades de Navidad, y la noche que se conmemora el nacimiento del Redentor, los vecinos pudientes de la Asuncion ponen en sus casas lujosos pesebres, que son como si dijéramos nacimientos, pero no los adornan como nosotros, con figuras y representaciones naturales de aquel pasaje bíblico, sino con otros aparatos que conviene describir.

La Noche-Buena, desde que oscurece, todo el mundo se echa á la calle á visitar pesebres para contar al dia siguiente cuál es el vecino que lo ha puesto con mas primorosa ostentacion, y yo que esto sabia,

y no olvidando aquel adagio de *en el país que estuvieres haz lo que vieres*, cogí á mi esposa del brazo y le dije :

—Vamos á visitar pesebres.

Voy á describir el mas pomposo de todos ellos.

Llegamos á una calle, y de las ventanas de una casa salian resplandores que indicaban la existencia de un alumbrado profuso y vi muchas gentes que desde la calle tenian fija su atencion en el espectáculo. Me acerqué como otro curioso de tantos, y como los paraguayos me conocian, al verme llegar con mi pareja me abrieron paso sin yo solicitarlo, y me ví de súbito colocado en primer término delante de la ventana como espectador de privilegio.

Raparó en nosotros la dueña de la casa; dió cuenta de su observacion á su marido, que era un capitan de infantería llamado Quintanilla, el cual se apresuró á salir à la calle y nos obligó á que entrásemos á ocupar el primer puesto en el festejo, que yo sin hacerme de rogar acepté de buen grado porque tenia ganas de examinar de cerca el pesebre y saber lo que allí pasaba.

No bien nos hubimos sentado, nos trajeron dos vasos de vino tinto y unas rosquillas en una bandeja; tomamos una rosquilla y rehusamos el vino.

Y me dijo el dueño de la casa :

—Esta noche no salen vds. de aquí hasta que se concluya la fiesta, porque mi niña va á decir la relacion del ángel San Miguel cuando mató al demonio; y porque he traido de la fortaleza de Humaitá un soldado que baila el *pichichi*, un *payador* (improvisador) que saca muchas décimas de su cabeza, y los mejores cantores del *cielito*.

Comenzó el sarao, pero antes conviene describir el pesebre y dar cuenta de su concurrencia.

Erase una sala cuadrada, colgadas con colchas de percal pintado, y á la derecha una puerta con cortinas

del mismo género y corrida para ocultar á los ojos de la concurrencia lo que dentro habia. Era el vestuario de aquel teatro, donde se aderezaban y disponian los actores de la funcion.

Frente á la puerta habia un altar guarnecido de vistosos pabellones de percalina de color, y en el centro del altar un hueco, donde se veia un pesebre con paja, un Niño Jesús vestido como una muñeca francesa y tendido sobre la paja, y la cabeza de una mula y de un buey, á cada costado del pesebre; infinidad de jarros con flores y ramajes de toda especie, y muchas velas distribuidas con concierto y armonía.

En derredor de la sala habia escaso número de sillas, ocupadas por los personajes mas selectos de la reunion, y ocioso será decir que mi esposa y yo ocupábamos la presidencia. Sin embargo, á falta de sillas estaba el suelo, por lo qué el mayor número de los convidados aparecian sentados en tierra y apeguñados para no arrebatar el espacio que debian ocupar los actores que debian sazonar aquel festejo.

Iba á comenzar la funcion, y se acercó Quintanilla y me dijo:

—Ahora van á salir el payador y los cantores del cielito.

Y fué la verdad. Salieron de la habitacion inmediata dos paraguayos del pueblo, con el traje que en otro lugar he descrito, pero sin ponchos; uno de los cuales llevaba una guitarra, y el otro una carraca de hueso colgada al cuello y un palitroque en la mano, con el cual la habia de sonar.

Se sentaron al pié del altar, ó llámese pesebre, con las piernas cruzadas, y en seguida salió el *payador* con el mismo traje, pero en vez del sombrero de paja, del cual ninguno de los circunstantes se habia despojado, llevaba liado á la cabeza un trapo blanco á manera de turbante.

Habíase enterado el *payador*, por habérselo dicho

el dueño de la casa, de mi presencia en la fiesta, y como era natural, sus primeras improvisaciones debian ser dedicadas á mi persona, y ya tenia estudiada la primera copla.

Los músicos preludiaron su sinfonia, uno templando la guitarra y el otro aparejando la carraca para aturdirnos, y probados los dos instrumentos y convencidos que estaban de primor y en punto de rigurosa orquesta, rasgueó el guitarrista una especie de fandanguito muy pausado, que el otro acompañaba con su instrumento de hueso. Paró de pronto: colocose en el cento el *payador*, que hablaba *castellano* con perfeccion, y me endosó el siguiente saludo, rezado y accionado con una afectacion teatral que yo no podré describir.

Contento está el niño Dios
que ha visto ya desde lejos
á ña Purificacion
y á su esposo ño Melmejo.

Esto mismo cantaron en seguida á duo el de la guitarra y el de la carraca con el tono del *cielito*, y para ello sentados como se hallaban, se pusieron frente á frente, mirándonos con gravedad y casi bebiéndose los alientos, lo cual no podia yo mirar sin reirme.

Como yo no ignoraba que el *payador* improvisaba con mas acierto en *guaraní* que en castellano, supliqué al dueño de la casa que el poeta complaciese á sus paisanos para que la funcion fuese mas loada y agradecida, á lo cual accedió el bueno de Quintanilla.

Era ya tarde, y yo queria retirarme, y rogué llevarme á casa el contento de ver bailar el *pichichi*, con que sin la relacion de un ángel Miguel se ausentaron los músicos y el *payador*, y ocupó su sitio un negro con un arpa, que siendo soldado de artillería, y aun

teniendo manos muy toscas pulsaba las cuerdas de este delicioso instrumento con una delicadeza y una dulzura tal, que me dejó sorprendido.

Quise saber la causa de este primor en el artista y la del uso de aquel instrumento entre personas tan selváticas, y me explicaron que en tiempo de los jesuitas habia muchos de la compañía que le tocaban, y que habian tenido muchos discípulos, que, dedicaban para las funciones de iglesia; pero que ya no quedaba en la Asuncion quien tocara el arpa mas que este negro, una señora llamada la de Serrato, que por ser hija de italiano era aplicada á esta música, y un discípulo del negro.

Despues del negro arpista se presentó el bailador del *pichichi*, en su traje de soldado, esto es, ciñendo una blusa de bayeta encarnada y un pantalon de lienzo blanco; venia descalzo. Se despojó de la blusa y quedó en mangas de camisa, y sentándose en el suelo se ató con varias correas dos grandes espuelas de hierro; é incorporándose se colocó en actitud de baile, poniéndose la mano izquierda en la cintura, y cuando comenzó á tocar el arpa un género de música lijera y contiuada,rompió á danzar el bailarin una especie de zapateado, concordando el ruido de las espuelas contra el pavimento con el compás de las cuerdas del instrumento; pero el mérito mayor de esta danza estribaba en ciertos trenzados que ejecutaba el bailarin con extremada ligereza, sin que las espuelas tocasen á sus piernas. Dió varias vueltas y quiebros; sacó del bolsillo del pantalon un pañuelo de seda, le agitó en distintas direcciones, y cogiéndole despues con sus manos por dos de sus puntas, jugó con él de diferentes maneras, ora introduciéndosele por la cabeza y sacándolo por la espalda, ora envolviéndosele entre las pantorrillas para volverlo á sacar por la cabeza.

Cuando me retiré á casa nos dieron el ¡quién vive!

y nos pararon dos patrullas, pero no contravine á las órdenes policiales, porque delante de nosotros iba un negrito alumbrándonos con un farol en un todo semejante á los que usan nuestras parroquias, cuando van á dar la estremauncion á algun moribundo; no me viene á la cabeza otro objeto con que mejor compararle.

En llegando á casa me encontré que me estaban esperando D. Sinforiano Alcorta y su prometida doña Clarita, paraguaya distinguida é hija de un caballero anciano tambien paraguayo, de nombre D. Bernardo Jovellanos, y pariente directo en realidad del célebre español tan reputado por sus obras. Me esperaba tambien este caballero y su señora, y venian dispuestos á que los acompañásemos á la misa del gallo. Aceptamos el convite, emprendímos la marcha, y nos fuimos á la catedral, cuya puerta estaba cerrada, y en su vestíbulo sentadas en el suelo todas las señoras mas principales de la Asuncion y casi todas ellas fumando.

En la plaza y delante de la iglesia, estaban tambien sentadas en la tierra las gentes mas inferiores del pueblo.

Allí estuvimos todos conversando amigablemente, hasta que abrieron las puertas del templo, y oimos la misa con la mayor devocion, cuya ceremonia duró una media hora, pero sin ruido de panderetas ni de otros instrumentos, porque allí no se conocian.

Regresamos á casa, sin que notáramos ruido ninguno por las calles, y descansaron en mis corredores la familia y el amigo que habia venido á invitarme, y distinguí desde lo alto de mi morada una gran fogata en la ribera, y escuché además grandes aullidos que excitaron mi curiosidad.

Lo conocieron los que me acompañaban por mis espresiones, y me dijo D. Bernardo Jovellanos que lo que yo distinguia era un duelo de los indios *payaguás*

gente mansa, que tiene entrada en la capital, no solo por su misma condicion de mansedumbre, sino porque es la tribu mas industriosa y la que comercia con los habitantes de la Asuncion, trayendo á la venta pájaros raros, pieles de tigres que ellos mismos cazan, pescado, pasto para los caballos, cera, cañas, flechas y arcos de lujo que fabrican para vender á los extranjeros.

Su comercio es bastante activo y continuado, pero estos infelices no se aprovechan de sus ventajas de manera convenible, porque dilapidan sus ganancias en frutos europeos trasplantados en América, y que ellos no han querido cultivar en su tierra, en aguardiente que beben con esceso, y los mantiene enfermos y en embriaguez perpetuada. Otras veces se enamoran de una fruslería que les llama la atencion por su novedad, y yo he visto una familia *payaguá*, compuesta de un matrimonio y dos hijos, ceder todo el importe de su ganancia de un dia, que ascendia á siete pesos fuertes, por una muñequita de resorte, que dándole cuerda andaba sola un par de minutos, juguete que descompusieron media hora despues á fuerza de tanto querer verla andar.

Esto me trae á la memoria una industria coetánea al tiempo en que yo residía en el Paraguay, inventada por un sacerdote italiano, que diciendo que ejercía el oficio de misionero, pidió licencia al Presidente para penetrar en el Chaco y visitar las tribus mansas, y concedido el permiso, se encaminó hácia Cuyabá por el alto Paraguay y buscó la frontera del Brasil, donde hay un pequeño riachuelo entre cuya arena existen polvos de oro, que recogen los indios con primoroso empeño, levantando la arena y cerniéndola, y dando este mineral estimado en cambio de otras cosas.

Supo el cura italiano que estos indios eran muy golosos, y se llevó consigo un grande tarro de miel de

caña; poniéndola destapada en el suelo, convocaba á la tribu, y la decia que por cada vez que un indio metiese el dedo en la vacija y le chupase habian de darle un polvito de oro, y el mismo cura decía que vió indio, que metiendo el dedo diez y doce veces, y habérselo chupado otras tantas, no habia quedado satisfecho, y habia perdido el capital que le costó dos semanas de trabajo. Le observé, cuando me lo contaba, que eso no era bueno, y me respondió :

—Peor seria que les llevase aguardiente para embriagarlos y despojarlos de cuanto poseen con otros engaños mas nocivos.

Pero me olvidé de la impresion que produjo en mi ánimo la fogata, y voy á seguir narrando lo interrumpido, porque habiéndoseme dicho que aquello era un funeral, pedí mas explicaciones, y las obtuve mejores yendo yo mismo al teatro donde se representaba la ceremonia.

Bajé á la Ribera, y en una esplanada solitaria, y entre dos canoas tumbadas, alumbrado por una inmensa fogata, estaba tendido el cadáver de un indio, y á su lado derecho ví un puchero de barro, cuyo objeto me indicó que tenia alguna significacion, y se lo pregunté al indio Miguel, á quien yo conocia de antemano, y al cual encontré mas despejado, porque sus compañeros y sus compañeras estaban totalmente embriagados y tendidos en el suelo boca-abajo dando terribles aullidos.

Estrañarán mis lectores que un indio no bautizado se llame Miguel. Generalmente los indios bravos tienen su mote, que heredan como nuestros apellidos; pero los indios mansos, que tienen trato y comercio con la gente civilizada, en oyendo un nombre que les gusta se lo apropian, y se lo varian cuando oyen otro que les suena mejor en el oido. Miguel se llamaba así hacia ya cinco ó seis años, y no se lo habia quitado porque no oyó otro mas bonito. Asi es que en

la tribu *payaguá* he conocido indios varones que se llamaban Rosalia, Enriqueta, y mujeres indias que se llamaban Federico, Pantaleon y Robustiano.

—¿Quién es el muerto, Miguel? le pregunté.

Y me respondió haciendo exageradas esclamaciones:

—El hijo del *paiz*, el indio payaguá mas lindo y *guapo* de la toldería.

Tengo que entrar en algunas esplicaciones indispensables. Los paraguayos, llaman á los sacerdotes *paiz* en lugar de padre, y los indios, al ver que recae este nombre en una dignidad reverenciada, llaman ellos tambien *paiz*, á los que en las tribus no mansas se apellidan *caciques*, de manera que el difunto era hijo del cacique, que estaba tendido con la cabeza apoyada sobre una canoa y embriagado como sus súbditos.

Tambien debo añadir que la palabra *guapo*, con que Miguel calificó al muerto, no debe entenderse por bonito ó bien parecido, que en esto los indios son mas castizos que nosotros, y dan á esta palabra su verdadera acepcion, que quiere decir *valiente*, *atrevido*, *bravo*, *ostentoso y galan* en la apostura.

Debo observar tambien que los indios, mientras mas retirados estan de la poblaciones, hablan el castellano mejor que los paraguayos, porque le aprenden segun la tradicion que en las tribus dejaron los conquistadores, y despues los jesuitas y demás misioneros. Esto no impide que su idioma preferente sea el *guaraní*.

Habíase llamado el muerto Telesforo *Pitá*, que vale tanto como deçir Telesforo *colorado*, porque fué de complexion robusta y temperamento sanguíneo, color que desdecia del cobrizo y amarillento, que suele prevalecer en la piel de aquellos naturales.

Segun me refirió Miguel, Telesforo habia muerto de una borrachera que tomó de *aguardiente de que-*

mar, que nosotros llamamos espíritu de vino, sin que le pudiese salvar *ni aun la boca de su padre*.

Esto quiere otra explicacion y voy á darla. El *paiz* ó cacique, y esto acontece en casi todas las tribus de los guaraníes, no solo tiene el privilegio del mando, que es hereditario, sino que ejerce además funciones sacerdotales, y sobre todo el *guazú de la gran cabeza*, que es el Dios imaginario que ellos adoran, da á esta dignidad el don precioso de curar á los enfermos, porque hablando con este sér invisible, les da el conocimiento de los *yuyos saludables* (yerbas medicinales) para devolver la salud á la enfermos, y además la virtud necesaria en su boca para sanar á los que están en peligro de muerte.

La enfermedad de Telesforo fué tan aguda, que su padre no encontró en el campo *yuyo* que le trajese la salud apesar de haberse metido en lo mas profundo del monte, de haber puesto el oido contra el árbol y de haber escuchado mas de media hora la indicacion del espíritu. Entonces recurrió al último remedio, que era el de aplicar la boca al estómago del mancebo y libar de tal manera la piel que saliese sangre por sus poros. Brotó el líquido, señal de evidentísimo milagro, pero decretó el ídolo que Telesforo debia morir, y cuando le vieron en agonía corrió Miguel á la Asuncion, llamó al cura de la Encarnacion, que bautizó inmediatamente al moribundo y le dió despues los últimos auxilios espirituales, segun práctica, católica, y espiró momentos despues.

Preguntéle á Miguel, cómo profesando Telesforo distinta creencia, habia buscado en sus últimos momentos socorros espirituales de los sacerdotes del Dios verdadero; si era que se habia convertido y habia pedido el paciente este socorro en su agonía, y me habló Miguel en esta sustancia:

—Siempre que llegan nuestros compañeros á este trance, reclamamos el auxilio del Dios de los cristia-

nos, á fin de que puedan nuestros amigos ser conducidos en féretros y ser enterrados en vuestro cementerio, porque despues de muertos todos somos compañeros.

Levantó en esto la cabeza el cacique, y dando un fuerte grito, que equivalia á decir, *alerta* ó *despertad*, los indios y las indias allí reunidos, que ascendian á cincuenta, se pusieron de pié, y unos tras otros corrieron en derredor del cadáver y las canoas, dando desaforados aullidos á guisa de lamentacion estúpida y exasperada. Cuando terminó la corrida, que duró unos diez minutos, se tiró contra el suelo el cacique y le imitaron los demas, y entonces el llanto no fué tan ruidoso y salvaje.

Miguel, que tambien habia formado parte de los corredores, tornó á ponerse á mi lado, y le pregunté la significacion que tenía el puchero que estaba al lado diestro del difunto, y me dijo que adentro de aquel puchero iba un pedazo de chipá, diez ó doce granos de maiz, un peso de plata y la cinta roja con que se sujetaba el cabello; añadiendo que el puchero y su contenido tenia que acompañar á Telesforo en la fosa. Pedí explicaciones acerca de la significacion que tenian estos menesteres de viaje, y, ó no lo sabia, ó no me lo quiso decir, comprendiendo yo que lo ocultaba, porque tampoco me quiso dar razon aquella noche de otra costumbre bárbara y cruel que guardaban los indios payaguás, teniendo en cuenta que le ofrecí el dinero que me pidiera si me la descifraba; pero se resistió á ello tenazmente. Le llamé á un lado y le hablé en esta sustancia :

—Miguel, séme sincero y dime si es verdad lo que me han asegurado. Notando yo que ninguno de vosotros teneis mas que dos hijos, y que necesariamente el uno ha de ser hembra y el otro varon, me han dicho que matais todos los hijos que pasan de este número.

—Asi es la verdad, me dijo; y lo ocultamos, porque puede el Presidente saberlo y castigarnos; asi es que el sacrificio lo hacemos á escondidas y sin que lo sepan en la Asuncion. Sucede de esta manera: Tiene la india una criatura, y salga hembra ó varon, queda viva si no sale jorobada ó bizca.

No he visto en ninguna de las muchas tribus que he visitado ningun indio imperfecto, ni tuerto, ni bizco, ni manco, ni cojo, ni jorobado. Hasta he llegado á creer que si adquieren alguna de estas imperfecciones durante el curso de su vida por algun accidente, los curanderos le matan para que no sobreviva. Y prosiguió Miguel hablando en esta forma, que he procurado conservar porque tiene su sabor bíblico:

— Sucede de esta manera: la india, que ya tiene varon en la casta, siente los dolores de su segundo parto, y le dice al indio: «Marido, voy á parir.» Y le responde el señor: «*Mujera*, vete al monte, que haré centinela.» La india entra en el monte y se va á lo mas profundo, y el indio se sienta junto al árbol de modo que pueda escucharla, pero no verla. Se queja la india porque le duele, y dice el indio: no te quejes que te oigo, mira que te he de castigar.» Y la india, que es obediente, se tapa la boca, se muerde la lengua y dice: «Como soy tu esclava y tu eres mi señor, aguanto el resuello y no te doy pesar.« Y el marido se duele de ella, y canta ó le relata una cosa divertida para que olvide el mal. Pero la india, sufre que sufre, calla que calla, y al fin sale varon, y llora la india, y dice al indio: «¡Es un muchacho!» Y responde el indio: «Ahógalo, que no quiero dos.» Y le dice la india: «¡Qué lindo es!» Y responde el indio: «Mátalo que te voy á castigar.» El niño ha llorado, pero ya no llora; y dice al indio: «Ya le maté.« Sale hembra, y dice la india: «Estoy muy contenta.» Y responde el indio: «Ya te entendi tenemos pareja.« Y el indio se levanta y danza muy alegre, porque no mata al hijo,

Pero todos los que vengan despues serán ahogados en el monte, á no ser que muera la hembra ó el varon, que entonces es menester reponerlos.

Este respeto me persuadió de que había en esta práctica salvaje algo de religion; quise penetrar el misterio y no lo pude lograr. Miguel no quiso revelarme nada, y me decia: «No puedo, español, no puedo; no me lo preguntes, porque no te lo diré.

Amanecia; supe que á las ocho de la mañana era el entierro.

Así sucedió. Vi un carro tirado por una mula; sobre la mula iba un negro vestido con una blusa azul, con pantalon de paño negro, un sombrero de copa y descalzo. El carro era una especie de tartana con una calavera pintada en los costados, dentro de la cual iba la caja con el cadáver del indio. Detras iban sus parientes y deudos, todos borrachos, dando tumbos y atronando la calle con sus gritos y lamentos, y así caminaron hasta llegar al cementerio.

Despues que dieron sepultura al difunto, los indios permanecieron aquel dia y durante la noche cerca del enterramiento, y como ya no bebian, se serenaron; durmieron, y regresaron tranquilos á sus naturales faenas.

CAPITULO XIX

LA MORAL EN EL CAMPO Y EN LA CIUDAD

Son los paraguayos naturalmente dóciles y susceptibles de toda clase de enseñanza. Los jesuitas, que tanto dominaron en el Paraguay, enseñaron la mansedumbre sin ejercer la tiranía; se daban á respetar y no á temer. Desapareció la Compañía, y sus sucesores, en lugar de la persuacion emplearon el látigo; vinieron los dictadores, y los paraguayos acostumbrados á obedecer, eran sumisos, pero tuvieron aque-

lla sumision servil y temerosa con que fueron tanto finjidos y suspicaces. Su risa generalmente es forzada, pero cuando comprenden que se les hace el bien, son reconocidos y demuestran sus afectos, pero con timidez. Por lo general son honrados y cumplidores de sus palabras.

En aquella República no se conocian los ladrones, ni en la ciudad ni en despoblado. Cualquier viajero podia caminar de noche solo por el campo con grandes cantidades de dinero para su compra de tabaco á los hacendados y cosecheros, seguro de que no habia de tener mas que un respetuoso saludo de los caminantes que encontrase.

En la ciudad hay rateros; yo he tenido un criado que, habiéndome abierto el cajon de la mesa donde yo tenia mi dinero, y donde habia bastantes onzas, pesos y monedas sueltas de plata, se contentó con extraer tres pesetas columnarias. Era una cantidad apartada que tenia yo para hacer un pago; conocí la mano atrevida; llamé al mancebo y le reprendí con dulzura, y el infeliz, que habia empezado negando, rompió en llanto y me entregó las tres monedas de plata.

—¿Para qué las querias? le pregunté.

—Para juntar y comprar un poncho de bayeta azul, me respondió.

Yo entonces le dí uno de mi uso, de hilo con listas azules y blancas, y cuando le tuvo en la mano exclamó abriendo los ojos :

—¡Y con flecos de seda!

—Sí, le dije; este es el premio de tu arrepentimiento, y siempre que tengas una mala tentacion ponte el poncho y acuérdate del que te lo dió.

Dos paraguayos violentaron una noche una tienda de comercio de las mejores abastecidas de la plaza vieja. El dueño de la tienda no dormia en ella, pues tenia su morada en otra parte, con que les fué fácil

entrar en el almacen, y se llevaron dos ponchos, unas espuelas de plata alemana y dos sombreros de paja. Violentaron el cajon y extrajeron una onza, que fué el cuerpo de su delito y causa de su perdicion, porque cambiándola al siguiente dia en una *pulpería* (taberna) para repartírsela, y habiéndose propagado la noticia del robo, recayeron en ellos las sospechas, confesaron el delito y fueron condenados á seis años de trabajos forzados en las obras del Estado.

He dicho que confesaron su delito; esto sucede siempre en el Paraguay. Las actuaciones y los procesos los facilitan los mismos delincuentes por su rara franqueza. Voy á citar un ejemplo digno de llamar la atencion.

Los ciudadanos paraguayos tenian el deber de servir á la patria siempre que el Estado los ocupase y sin exijir retribucion. Era cosa comun en aquella tierra ver dos soldados apoderarse de una carreta que con sus bueyes camina de vacío á su quinta, detenerla y obligar á su dueño á conducir ladrillos ó maderas á alguna obra pública. Otras veces, los llamados alcaldes de cuartel, entrar por los talleres de oficios mecánicos y llevarse á los oficiales para trabajar en alguna obra del Estado y despedirlos de noche sin darles retribucion.

Habia un jóven carpintero, que con el producto de su trabajo mantenia á su anciana madre. Un alcalde de cuartel le sacó, no del taller, sino de su casa, por tres dias consecutivos, con que le faltó el jornal con que sostenia á su madre. A fin de que no lo sorprendiese el cuarto, se ausentó de madrugada y se fué á trabajar á la carpinteria de un francés para que no le encontrase el alcalde. Sucedió como lo habia pensado el mancebo; no dió con su persona, pero aguardó la maliciosa autoridad á que viniese á comer á su casa, y á la una y media empujó la puerta, que estaba entornada, y le sorprendió durmiendo la siesta en la hamaca. Le despertó y le dijo:

—Alístate, y vente á concluir las puertas del hospital.

Indignose el muchacho, pero sin hacer demostraciones de su enojo, saltó de la hamaca con pausa, y haciendo semblante que buscaba en una silla su ropa para vestirse, sacó un cuchillo que tenia en una vaina cosida al pantalon, se fué al alcalde y se lo introdujo por el estómago, y le dejó cadáver, y fué tan silenciosa la operacion, que ni la víctima se quejó, ni la madre del carpintero que dormia en otra sala, despertó. Pudo haberse escapado; pero antes que huir se vistió con la mayor tranquilidad, se embozó en su poncho, se presentó al jefe de policía, y le dijo:

—Vengo á presentarme á vd. porque acabo de hacer una muerte.

Refirió el suceso, le pusieron preso, y diez dias despues fué pasado por las armas. Murió resignado y diciendo:

—Yo sabia que esto me habia de suceder.

No existia en el Paraguay la criminalidad que en otras partes. La relajacion de costumbres, en el campo era muy grande; pero observé mas ignorancia que inclinaciones al vicio. El dictador Francia, hombre ateo y sin afecto á la moral, convirtió la campiña en tribus de animales, que no comprendian lo que era la moral ni el pudor.

En el campo se veian jóvenes de ambos sexos, de catorce y quince años, caminar y ejercer sus faenas campestres completamente desnudos, bañarse juntos hembras y varones, y retozar de manera sexos encontrados, que yo mismo me he visto precisado á tomar diferente rumbo para desatender escenas ofensivas á la moral. Lo mas estraño del caso es que lo verificaban persuadidos de que no lastimaban el pudor ni maltrataban las buenas costumbres.

Yo he visto caminar en formacion por un campo

400 soldados de infantería, que sorprendidos por una nube tormentosa que se aprestaba á descargar un fuerte aguacero, hicieron alto á la señal de un redoble, pusieron sus fusiles en tierra al frente y se despojaron de su ropa, que no era mas que una blusa de bayeta roja, pantalon blanco y la camisa, y como estaban todos descalzos, se quedaron los 400 soldados completamente desnudos. Enrollaron su ropa apretadamente, se la colocaron debajo del brazo, y con la gorra de gran visera, y el arma á discrecion continuaron la marcha, y antes de llegar al punto donde iban destinados escampó, sacudieron el equipaje y se volvieron á vestir.

Convaleciente yo de una grave enfermedad, estuve para reponerme una temporada en una quinta situada en las inmediaciones de Villarica; y una mañana que dí un paseo á caballo, topé con un jóven aleman, llamado don Enrique, que regresaba á la Asuncion. Emparejamos, y como nos conocíamos, entablamos plática de caballo á caballo.

Me habló de sus mercancías; de lo fatal que habia sido aquel año la cosecha de tabaco, y al pasar por una *chacra*, á cierta distancia, habia un labriego paraguayo que comezó á gritar al vernos :

¡Ño Enrique!

Volvió el aleman la cabeza y saludó al paraguayo, el cual continuó gritando :

—Venga no mas con la compañía; apéese del zaino, encienda un fueguito, pite un cigarro y descanse con el aparcero (compañero.)

Nos acercamos; nos apeamos; nos sentamos á la puerta de la casa, y mientras yo fumaba, oí el siguiente diálogo entre don Enrique y el labrador. Decía éste :

—¿Válgame Nuestra señora de la Asuncion! ¡Qué ingrato es ño Enrique!

—¿Y por qué? le preguntó el aleman.

—Porque hace mas de un año que no le hemos vuelto á ver, repuso el paraguayo.

Contestó don Enrique que habia estado en Buenos Aires una larga temporada y que por eso no habia vuelto, y el viejo añadió:

—Pues hemos tenido novedad.

—¿Cuál ha sido? preguntó don Enrique.

Y el paraguayo continuó:

—¿Se acuerda vd. que la última vez que estuvo le convidé á comer carne con cuero?

—Sí, señor.

—¿Se acuerda vd. que vino la tormenta, que no quise yo que vd. se mojara y durmió en mi casa?

—Sí, señor.

—Pues aquella noche se fué vd. á buscar la hamaca de mi hija, se acosto con ella y la dejó preñada,

—¡Hombre....! yo....

—Sí, señor; vd..... Ella me lo ha dicho; y ha nacido un inglesito tan rubio; ¡qué primor de criatura! Es nuestra felicidad.

Yo quedaba estupefacto y don Enrique me miraba sonrojado.

—¿Y dónde está el niño? preguntó el aleman.

—Pronto le verá vd., que se lo llevó mi hija en brazos para recoger á la lechera y el ternero.

Apareció la zagala con su criatura en brazos arreando á una vaca y á una ternerilla, y en viendo á don Enrique exclamó :

—Ya pareció el perdido; mire vd. á su hijito.

Y dándole un beso, desnudo conforme estaba, y sucio, le puso sobre las rodillas de su padre.

—¿Qué dice vd. de esto, Mr. Berbejo? me preguntó el aleman. ¿Será hijo mio?

Y yo le respondí :

—Me parece de raza germana, por lo menos.

—Quiero creer en la palabra de su madre. No le abandonaré.

Esto no debe sorprender á mis lectores. La mayor parte de los paraguayos que viven en el campo no conocen á sus padres. Yo he visto una matrícula en las fortalezas de Humaitá de cinco mil nuevecientos soldados, y de ellos solamente setenta y tres tenian en el libro de filiacion el nombre de sus padres.

Yo he educado y enseñado filosofía á un muchacho paraguayo de un talento prodigioso, que destiné para que siguiera la carrera diplomática y fuese algun dia útil para la política del Paraguay, y no se le pudo mandar á Lóndres para que concluyese sus estudios porque en el colegio á que se le destinaba exigian la partida de bautismo y la certificacion de legitimidad. Este infeliz muchacho era hijo de una vendedora de pan, y su misma madre no sabia decir quien era su padre.

Ceso en demostraciones de esta clase porque no conviene extenderme mucho en ellas.

CONCLUSION

En las córtas pájinas de este tomo no he podido hacer un juicio estenso acerca del Paraguay; me he tenido que limitar á su vida interna, y aun cuando hayan encontrado mis lectores mucho censurable, es necesario decir que esta República cambió de fisonomía en el periodo de cinco años, y habría prosperado mas si D. Francisco Solano Lopez no hubiese querido continuar la conducta dictatorial de su padre.

Cuando falleció D. Cárlos Antonio Lopez tenia la República un arsenal donde se fabricaban sus buques y vapores; la administracion estaba regularizada; habia mas benignidad en la presidencia; su poder no era tan omnímodo; había escuelas, un seminario, clases de latinidad, escuelas regularmente dotadas; poseia forta-

lezas con cañones del moderno sistema; el ejército era numeroso y bien disciplinado, y solo de este modo ha podido el Paraguay resistir una guerra tan prolongada y sangrienta contra tres aliados poderosos: el Imperio del Brasil, Buenos-Aires y Montevideo. Sucedió al general Lopez lo que yo le habia pronosticado.

—Me ausento del Paraguay, le dije al general.

—¡Qué ingratitud! me respondió. Yo traje á vd al Paraguay. Ha sido vd. un leal amigo de mi padre, y en la aurora de mi mando me abandona vd.

—General, le respondí, cuando reemplazó vd. á su padre crei que haria vd. lo que habia prometido: dar mas ensanche á las ideas; pero veo que es vd. mas opresor que su difunto padre.

—Soy un soldado, me dijo, y tengo que declarar la guerra al Brasil. Es necesario que las Repúblicas vecinas me respeten dando una leccion al imperio.

—General, le respondí, si todas las Repúblicas se uniesen para aquietar el espíritu absorvente del imperio, yo aprobaria la guerra; pero va á suceder lo contrario. Los Estados vecinos han de mirar esta lucha con simpatía, y aunque tiene vd. grandes elementos para resistir, el Brasil quemará el último cartucho, y al cabo destruirá vd. en un periodo breve los bienes recogidos en tantos años de perseverancia. No quiero ser testigo de la ruina total del Paraguay.

—No se vaya vd., me dijo.

—No declare vd. la guerra al Brasil y me quedaré, le respondí.

—No puede ser, Bermejo, me contestó, si he dejado que mi padre firme la paz, es porque yo queria tener la gloria de mostrar á las Repúblicas vecinas que el Paraguay se basta para derribar á ese coloso.

—General, le dije apretándole la mano, no quiero ver derrotado al amigo. Me voy.

Quince dias despues de esta entrevista nos dábamos el último abrazo.

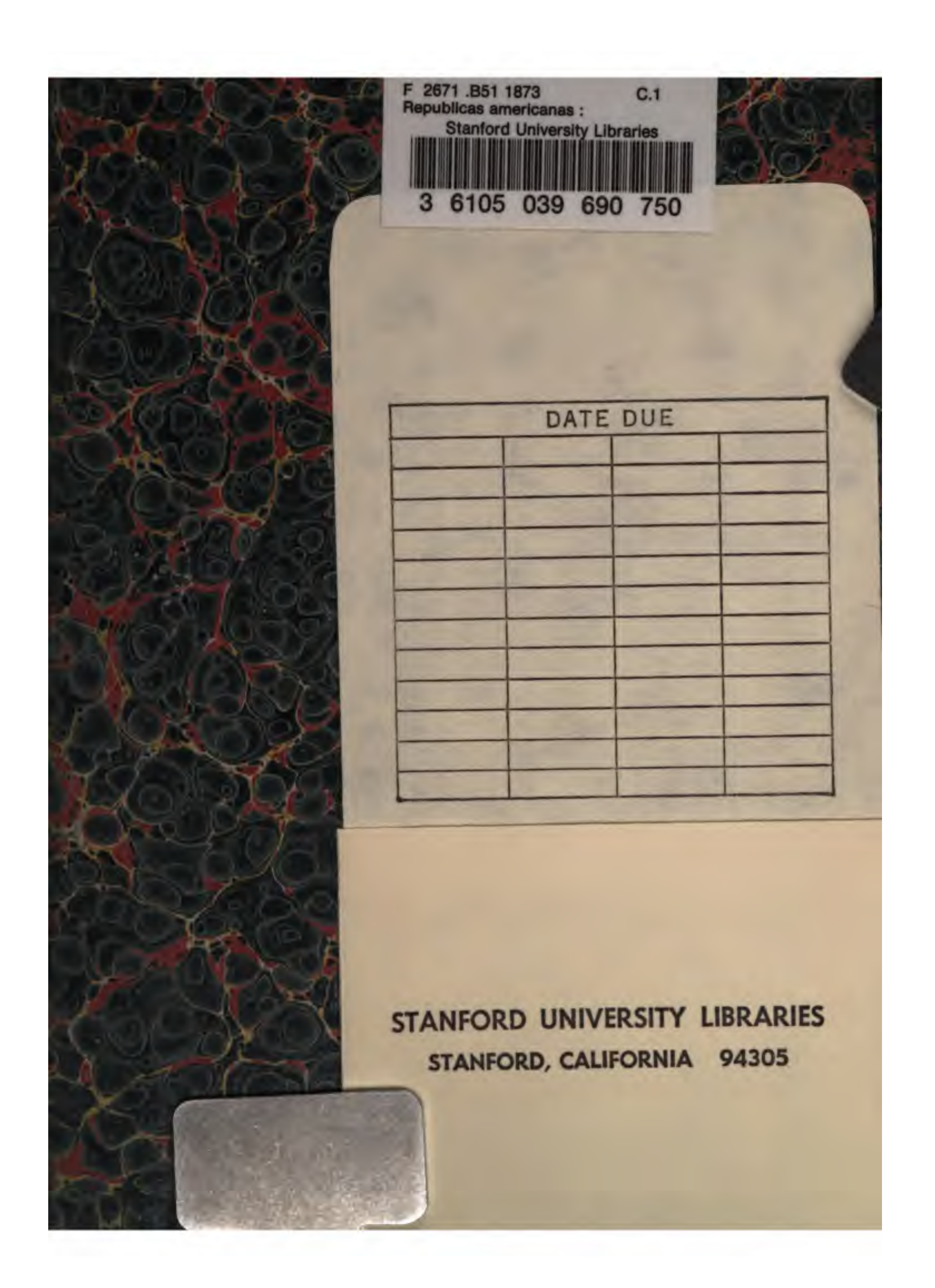
Dos años despues me escribia desde Paris un jóven de la legacion paraguaya discípulo mio:

«Mi querido y respetado maestro: Sus pronósticos «de vd. se han realizado. El general ha dado la últi«ma batalla con los restos de sus leales; ha peleado «frente á frente con sus enemigos; ha caido del ca«ballo atravesado de una lanza. Tres oficiales brasile«ños le levantaron y le dijeron: *Eres nuestro prisione«ro*. El general ha respondido: «*¡Antes la muerte que «prisionero del emperador!* y se ha dado un pistoletazo «en la cabeza. El Paraguay pasará por el bochorno de «soportar un protectorado brasileño parecido al de «Montevideo.—Andrés Maciel.»

Así ha sucedido.

El amor propio del general Lopez provocó una guerra insensata cuando lucian en su patria los primeros albores de su regeneracion política y social.




F 2671 .B51 1873 C.1
Republicas americanas :
Stanford University Libraries
3 6105 039 690 750
DATE DUE
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305

